16

COLECCION FILOSOFICA

MARXISMO E HISTORIA SOCIAL

Eric J. Hobsbawm



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA

Rector de la Universidad Autónoma de Puebla
Lic. Alfonso Vélez Pliego
Secretario General
Dr. Daniel Cazés Menache
Director del Instituto de Ciencias
Dr. José de Jesús Pérez Romero
Coordinador de la escuela de Filosofía y Letras
Dr. Adrián Gimate Welsh
Director del Departamento de Publicaciones
José Ramón Enríquez

Colección *Filosófica*
dirigida por
Oscar del Barco

Primera Edición
Marxismo e historia social
Eric J. Hobsbawm

© *Universidad Autónoma de Puebla*
Calle 4 Sur No. 104
Puebla, Pue., México

Impreso y hecho en México

Eric J. Hobsbawm

Marxismo e historia social

Instituto de Ciencias de la
Universidad Autónoma de Puebla
1983

INDICE

PRESENTACION

Los textos aquí reunidos, creemos, hablan por sí solos. Nos parece oportuno permitir que el lector dialogue libremente con ellos. Quisiéramos, por nuestra parte, emprender un corto viaje por territorios del autor y sus obras. No siempre habremos de recorrer los caminos principales: a veces preferiremos derivar por los senderos secundarios.

Los trabajos de Hobsbawm poseen casi siempre el raro privilegio de trascender los cenáculos especializados para llegar a un amplio sector de lectores interesados, por diversas motivaciones, en los problemas sociopolíticos. ¿Cuáles son las causas de esta "popularidad" del historiador inglés? Podría argumentarse, y a nuestro entender con toda razón, que sus textos muestran una capacidad de comunicación particularmente amplia, que eluden las áridas disertaciones eruditas manteniendo, no obstante, la evidencia del formidable bagaje de conocimientos del autor. Quizás también podría pensarse que la atracción de Hobsbawm radica en la novedad de sus enfoques, en su capacidad para integrar circunstancias aparentemente alejadas en el tiempo y en el espacio; en fin, podríamos señalar la destreza con que articula los análisis de las sincronías con las explicaciones de los movimientos y de las rupturas.

Es cierto, ninguna de las virtudes mencionadas le es ajena y seguramente se podrían apuntar muchas otras. No obstante, nos inclinamos a pensar que la fuerza y la importancia de buena parte de la obra de Hobsbawm radica en la calidad de su temática, cuya virtud mayor es la de estar compenetrada, con saludable frecuencia, con los intereses de las clases subalternas. Tarea comprometida la suya, militante, que muestra el "revés de la trama". Porque oculta por los esplendores de las hazañas

técnicas, mediatizada por el "progreso", por la abundancia, por la hipocrecía, existe otra historia del capitalismo, la de los humillados y ofendidos, la de los hambrientos... la de los rebeldes. Y esa zona de penumbra es la que concita el interés del historiador inglés por bucear en las profundidades del naciente capitalismo moderno, la que despierta su preocupación central por las transformaciones revolucionarias impulsadas por ese joven capitalismo.

Muchos compartimos las inquietudes de Hobsbawm. Las crisis contemporáneas, con toda la fuerza de su dramatismo, nos impulsan a interrogar el pasado tanto como el presente en nuestra necesidad de explicarlas. Los debates actuales requieren el apoyo del conocimiento de ciertos antecedentes, de confirmaciones y desmistificaciones. En los países periféricos, por ejemplo, desde hace ya largo tiempo nos venimos interrogando sobre los caminos del desarrollo independiente, sobre las fórmulas del despegue económico sin tragedias sociales; interrogamos entonces, entre otros recursos, los modelos primigenios de desarrollo, buscando sus lecciones. ¿Cuáles fueron los mecanismos, las condiciones, los obstáculos en los *take-off* de los países centrales del mundo capitalista? ¿Sería posible apelar en la etapa actual de desarrollo del sistema a las prescripciones que formulan los casos exitosos de otros tiempos? En otras ocasiones repensamos las tenues historias de los que "no tienen historia", las de los oprimidos del pasado, buscando descubrir sus respuestas –y sus no respuestas– ante la irrupción del "monstruo" capitalista en sus mundos "arcaicos", distintos; y lo hacemos aquí, en nuestra América, y ahora, ante el espectáculo del triunfo total (¿y final?) del sistema de oprobio, cuando todos los intersticios son colmados por su presencia.

Como tantos otros historiadores de talento, Hobsbawm nos ayuda a transitar esas interrogantes y nos plantea otras nuevas. Artesano laborioso, apasionado por su oficio fecundo, nos muestra con sus obras, con sus meditaciones inteligentes, nuevos caminos a recorrer. Su lectura tiene siempre una asombrosa actualidad.

Quizá dos circunstancias determinantes podrían delinear el perfil intelectual de Eric Hobsbawm: su condición de marxista de relevancia y su consecuencia en el oficio de historiador. Como él mismo lo ha recordado alguna vez al hablar de su militancia comunista, su generación pertenece a una época[1] en la que "las esperanzas y los temores de

1 Eric Hobsbawm nació en Alejandría en 1917 y se educó en Viena, Berlín y Cambridge.

los revolucionarios eran inseparables de los destinos de la revolución rusa",[2] puesto que la inmensa mayoría de los marxistas "eran comunistas: estaban en los partidos comunistas o muy cerca de ellos. Los que no lo estaban, constituían o parecían una minoría insignificante..."[3] Eran los años cargados de fervor de la guerra civil española, los tiempos de la rígida organización "militar" de la Komintern, de los frentes populares y, en fin, la época del fascismo.

Como sabemos, las revelaciones del XX Congreso y el consecuente resquebrajamiento del edificio estalinista marcaron el inicio de una etapa áspera, trasegada por las crisis y los replanteos en el marxismo mundial. Eric Hobsbawm, "observador partícipe" de su tiempo –como él mismo se define–, intelectual lúcido y honesto, parece haber acudido con prontitud al desafío de los nuevos tiempos. Lo vemos, joven aún, encabezar las filas de los que impulsaban el debate revitalizador luego de los tiempos oscuros. Su frecuentación temprana de Gramsci, de Luckas, de Korsch lo confirma. Luego vendrán los fecundos descubrimientos de los textos de Marx sepultados o escamoteados por los "propietarios" de la ortodoxia. Cuando se publique uno de ellos en inglés –las *Formen*– Hobsbawm tendrá oportunidad de demostrar su manera de entender el marxismo al componer para la introducción de dicha publicación un texto memorable.[4]

En 1966, al recordar los tiempos anteriores a la apertura, y refiriéndose al debate en el seno del movimiento marxista, Hobsbawm escribía: "Los comunistas van dándose cuenta cada vez más de que lo que aprendieron a creer y a repetir no era propiamente 'el marxismo', sino el marxismo tal y como lo había desarrollado Lenin y como había quedado congelado, simplificado y a veces distorsionado bajo Stalin en la Unión Soviética. Que 'el marxismo' no es un conjunto de teorías y descubrimientos cerrados, sino un proceso de desarrollo; que el propio pensamiento de Marx, por ejemplo, fue desarrollándose a lo largo de su vida."

Como historiador, Hobsbawm participará desde sus comienzos en el proceso de renovación que en la historiografía se venía produciendo

2 E. Hobsbawm, *Revolucionarios*, Ariel, p. 8.
3 E. Hobsbawm, *ibid.*, p. 163.
4 Nos referimos a la introducción realizada por Hobsbawm a la edición del texto de Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, Ciencia Nueva, Madrid, 1967.

en Inglaterra desde unos años atrás. En efecto, como en otras latitudes, la vieja historia, la de Leopold von Ranke, había comenzado, desde principios de siglo, a ser sacudida de su seguro pedestal, pero será sólo hasta la década de los treinta cuando los efectos renovadores comiencen a gestar lo que con el tiempo se convertiría en una verdadera revolución de la disciplina histórica.

Sin duda es posible afirmar que el pensamiento marxista tuvo un papel preponderante en la renovación mencionada, aun mediante aquellas variantes que Hobsbawm llama "marxismo vulgar". De ese papel impulsor dan buena cuenta los trabajos que marxistas historiadores realizaron sobre el tema de las implicaciones que el protestantismo tuvo en la revolución burguesa de Inglaterra. Quedaba abierto así un campo polémico donde las relaciones entre economía e ideología entraban en juego, poniendo nuevamente en movimiento un tema que había ocupado largamente a Marx y más recientemente a Max Weber, Lucien Fevbre y Werner Sombart, entre otros.

En esta nueva atmósfera creada en la historiografía inglesa una vigorosa personalidad intelectual destaca con nitidez: Maurice Dobb. En efecto, en Cambridge, desde la cátedra y mediante sus notables ensayos, el teórico inglés genera una escuela de gran influencia sobre economistas e historiadores. Su *Studies*[5] publicado en 1946 tiene todas las características de las obras fundadoras: podrá ser revisada y aun superada, pero posee no obstante la cualidad de abrir horizontes hacia problemas y sugerencias inéditos.[6]

Dobb y sus pares intelectuales ensanchan vigorosamente un camino que tímidamente, y con instrumentos y métodos distintos, habían comenzado a construir historiadores de generaciones anteriores. Sidney y Beatrice Webb y G.D.H. Cole, entre varios otros, constituyen un ejemplo de los precursores aludidos. En este mismo sentido viene al caso recordar que ya en 1927 Lipson y Tawney habían comenzado a publicar la *Economic History Review* y que un año más tarde se ponía en marcha la cátedra de Historia Económica en Cambridge.

Hobsbawm trabajó como *fellow* en el King's College de Cambridge entre los años 1949 y 1955 y ya en 1948 había publicado su primer

5 Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

6 Al respecto podemos recordar que el texto de Dobb generó una amplia polémica sobre el tema de la transición del feudalismo al capitalismo, en la que intervinieron entre otros Sweezy, Takahashi, Lefebvre, Hilton, Hill, Vilar, Landes, Boutruche y el mismo Dobb, así también Eric Hobsbawm.

libro, *Labours turning point 1880-1900,* en el cual aportaba elementos acerca de las transformaciones operadas en el interior de la clase obrera británica y de las formas de gestación del "nuevo sindicalismo" en un periodo de transición.

En los años siguientes, Hobsbawm ahondará sus búsquedas en la dirección marcada por su primer trabajo. Investigar "acerca de las clases trabajadoras como tales (no en cuanto organizaciones y movimientos obreros) y acerca de las condiciones económicas y técnicas que favorecieron el desarrollo de los movimientos obreros o bien, en cambio, lo dificultaron", tal es el horizonte de trabajo que Hobsbawm visualiza en esta etapa. Resultado de estos esfuerzos es una serie de ensayos que publicará en *Economic History Review* y que más tarde agrupará (reescribiendo algunos) en el volumen titulado *Labouring men, studies in the history of labour,*[7] mediante los cuales logra iluminar talentosamente algunos espacios oscuros de la historia de la clase trabajadora en los duros tiempos de la Revolución Industrial. Así, por ejemplo, en el polémico artículo titulado *Los destructores de máquinas*, cuestiona las tradicionales concepciones sobre el fenómeno ludista que lo hacían aparecer como un "puro desbordamiento de exitación y euforia", revelando, en cambio, una situación más compleja y matizada. Apoyándose en F.O. Darvall, quien había sostenido que los ludistas "utilizaban los ataques contra la maquinaria, tanto nueva como vieja, como medio para obtener de sus patronos unas concesiones con respecto a salarios y otros asuntos",[8] Hobsbawm demuestra que, efectivamente, la destrucción salvaje de maquinarias era una forma de "negociación colectiva a través del motín" y que, por otra parte, estas acciones no fueron protagonizadas exclusivamente por los trabajadores.

De esta manera los sondeos interesados y agudos del historiador van detectando las hasta ese momento ocultas consecuencias del desarrollo de la Revolución Industrial en las clases subalternas. Hobsbawm, además, establece etapas, trayectos de esta evolución de la condición obera y señala sus características distintivas. Paciente y meticuloso, nos enseña cómo la cuestión del nivel de vida de los trabajadores, en su real dimensión, resulta el elemento básico para explicar sus revueltas, sus manifestaciones, sus proyectos. A partir de este presupuesto, en el artí-

7 E. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera,* Crítica, Barcelona, 1979.

8. F. O. Darvall, *Popular disturbances and public order in Regency England,* Londres, 1934, citado por E. H. en *Trabajadores. . .,* p. 19.

culo titulado *El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1950*, incluido en el libro a que nos referimos, despliega ante nosotros las evidencias y nos demuestra que la opinión que podríamos rotular de clásica –la de Ricardo, Malthus, Marx, etcétera– aparece como la de mayor verosimilitud cuando afirma que los comienzos de la gran industrialización "resultaron catastróficos para los estratos más desfavorecidos" de la clase obrera de Inglaterra y de otros países. El cartismo reflejaría con bastante aproximación el descontento obrero en este periodo sombrío para las clases desposeídas de Inglaterra. A partir de estas demostraciones y evidencias resultó posible cuestionar la opinión de una corriente moderna de interpretación de este periodo –Clapham, Ashton, Hayek– que suponía haber refutado a la antes citada opinión clásica.

Los artículos se suceden. Las fábricas, los fabianos, los sindicatos, la aristocracia obrera, las costumbres... todo un mundo de cuestiones sobre la condición obrera y sus circunstancias en el revolucionado siglo XIX como respuesta al reto lanzado por un espacio nuevo que emerge, inquietante, perturbador. ¿Se ha dicho ya todo? ¿No es posible penetrar profundamente en las "capas geológicas" de ese nuevo espacio y desde allí escrutarlo? ¿No existen acaso perspectivas distintas a las de los seculares "propietarios" de la historia? Georges Lefebvre hablaba, hace ya tiempo, de la necesidad de una "historia desde abajo", especie de revolución copernicana en la consideración del pasado de los que "no tienen historia", de los que no se expresan en las autobiografías, los ensayos o los decretos, de los hombres sin rostro y sin nombre. Más tarde, desde los *Annales*, estudiosos franceses indagarán la vida, las costumbres, las formas de trabajo de las clases populares en el pasado, rescatando el espectáculo de la vida cotidiana, mientras investigadores formados en las disciplinas antropológicas redescubren las explosiones milenaristas medievales.[9] En fin, con dificultades, laboriosamente, se atisbaba lo otro, lo oculto de la sociedad burguesa. Pero en ese camino ¿era acaso posible no encontrarse con Marx?

Hobsbawm, por su parte, escribe *Rebeldes primitivos*,[10] una obra que da cuenta de cómo su autor acepta el reto. ¿Por qué primitivos y por qué rebeldes? Consideremos brevemente estas cuestiones.

9 Sobre estas cuestiones ver el artículo de Hobsbawm incluido en el presente volumen, "Para una historia de las clases subalternas".

10 E. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona. (*Primitive rebels. Studies in archaic forms of social movement in the 19th. and 20th. centuries*, Londres, 1959.)

Los pueblos, las culturas largamente seculares, los complejos tejidos sociales, los espacios geográficos son agredidos por la irrupción de lo externo. El avance del capitalismo industrial por el orbe, pausado unas veces, furioso y arrasador otras, impone con violencia desarticuladora lo ajeno, lo ininteligible. Sobreviven cambios, casi siempre impulsados por los gobiernos locales, por los comerciantes, los especuladores, los ilustrados.[11] Un universo se desploma o está en camino de hacerlo. ¿Cuándo? En algunos lugares, hace ya tiempo –a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en Inglaterra o en Francia. En otros, ahora, en este momento; aquí hablamos de las comunidades campesinas de Asia, Africa y de nuestra América en 1980.

¿Cómo identificar generalizadoramente a los agredidos? En los textos científicos se los denomina asépticamente "pre-industriales". Comúnmente son campesinos. La tierra ha establecido con ellos, por milenios, complejas relaciones de amor y de magia. Otros habitan las ciudades; son los artesanos. Ya casi no se agrupan, como en otros tiempos, en las hermandades o gremios pero –¿debemos decirlo técnicamente?– aún poseen "los medios de producción", las toscas y eficaces herramientas.

Quienes los avasallaron los veían, muchas veces, como "primitivos", "arcaicos", pertenecientes a un mundo que "debía" desaparecer. Con muy otra intención y predisposición Hobsbawm también los denomina "primitivos". El los ha "visto" rebelarse una y mil veces cuando transitaba los archivos o las memorias. Una y mil veces los ha visto fracasar. Hobsbawm dice "rebeldes primitivos" y quiere resaltar la incapacidad de los contestatarios para proponer y concretar una alternativa posible a la nueva sociedad que se les pretende imponer. Son espontáneos, de ahí su incapacidad para la victoria.[12] Pero –he aquí una objeción– ¿sólo eso debemos ver en sus fracasos? El historiador inglés ha hecho notar que las rebeldías han tenido capacidad efectiva de triunfo cuando las masas contestatarias han sido organizadas por ideologías socialistas revolucionarias. Es un hecho. Pero –he aquí una duda– ¿no implicaría esta posición de Hobsbawm una visión teleológica de la revolución social? La pregunta queda planteada; no consideramos que sea ésta la ocasión de encontrar la respuesta.

Los rebeldes resistieron (¿resisten aún?). La ira los hizo terribles a veces; la necesidad los volvió solapados y acechantes en otras ocasiones.

11 George Rudé, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Ariel, Barcelona, 1978.

12 E. Hobsbawm, "Para una historia de las clases subalternas".

Se afirman en el recuerdo de un pasado que ha roto sus vínculos con el presente, un pasado que es el mítico país de la buenaventura, cuyos valores, cuyas pautas perdidas es necesario rescatar, recuperar, para que retorne aquel tiempo donde reinaba la justicia –los reyes justos que castigaban a los malvados, aquella Iglesia protectora, el señor sereno y familiar que hacía el bien, las fiestas, la familia, el pan...– Sublevarse para restaurar: he aquí su fuerza y su consigna.

Porque los rebeldes "saben" que tanta desgracia deberá terminar, que el tiempo de la justicia volverá. Todos deberían saberlo, ¿por qué se empeñan en ignorarlo los opresores? El "milenio" se acerca y cuando las señales aparezcan y sean verificadas todas las fuerzas ancestrales se pondrán en furioso movimiento. Entonces los "arcaicos", los "primitivos" quemarán, arrasarán, borrarán de la faz de la tierra todo lo que es causa de sus desgracias actuales. Destruir para purificar.

En la misma línea de *Rebeldes primitivos* Hobsbawm escribiría años más tarde dos excelentes trabajos: *Bandidos*[13] y *Revolución Industrial y revuelta agraria. El capitán Swing,*[14] este último en colaboración con George Rudé. En el primero de los libros citados el autor se interesa por aquellos delincuentes "a los que la opinión pública *no* considera unos simples criminales", indagando sobre el papel jugado por ciertos personajes puestos fuera de la ley por el orden establecido pero que, sin embargo, tienen plena acogida en la emoción popular, tanto en el campo como en la ciudad. Son un símbolo. Hobsbawm lo ha visto así y ha dicho: "Los bandidos pertenecen a la historia recordada que es distinta de la historia oficial de los libros. Son parte de esa historia que no consiste tanto en un registro de acontecimientos y de los personajes cuanto en los símbolos de los factores –teóricamente determinables pero aún no determinados– que configuran el mundo de los pobres: de los reyes justos y de los hombres que llevan la justicia al pueblo". Sed de justicia y resistencia al poder sublimada en las virtudes de los heroicos vengadores, reparadores de injusticias y restauradores de honras. El bandolero es parte del pueblo: dado que no es considerado un criminal por las gentes humildes, "no tiene dificultades de reintegrarse a su comunidad como un miembro respetado de ésta en cuanto cesa de estar fuera de la ley".[15] No hay dudas, esta simbiosos naturalmente construida

13 E. Hobsbawm, *Bandidos,* Ariel, Barcelona, 1976 (*Bandits.* Londres, 1969).
14 E. Hobsbawm y G. Rudé, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing,* Siglo XXI, 1978, Madrid (*Captain Swing,* Londres, 1969).
15 E. Hobsbawm, *Bandidos,* p. 53.

entre las necesidades y aspiraciones de las clases populares y los bandidos sociales devendrá peligrosamente subversiva para el sistema; por lo tanto, éste generará pronto oportunas formas de defensa, creando inéditas maneras de represión y de castigo. Terriblemente eficaz, el poder parece obturar todos los cauces de su negación disponiendo, legislando. Pero ¿acaso el "viejo topo" revolucionario no sigue su tarea?

Rebeldes primitivos es una obra clave. No cesa de motivar, de sugerir nuevas búsquedas. A su influjo muchos estudiosos de nuestra América han comenzado a producir trabajos comprometidos y de calidad en los que se rescata una cierta clase de conflictos sociales anteriormente sólo recogidos por los informes policiacos. Pero advirtamos que para algunos de los referidos estudiosos no se trata de recorrer las historias nacionales en búsqueda de olvidados rebeldes prepolíticos, con una pura curiosidad antropológica (tampoco es ésta, claro, la intención de Hobsbawm). Existe en aquéllos una muy concreta motivación política que se traduce en la voluntad de aportar argumentos a una polémica enconada y crucial: nos referimos al arduo debate marxista en curso desde hace unos años, en el que prestigiosos conceptos, verdades largamente aceptadas son problematizados y puestos en tela de juicio. La unicidad del sujeto revolucionario es uno de ellos. ¿Es la clase obrera el único eje revolucionario, la portadora absoluta de los instrumentos del cambio o, por el contrario, es necesario pensar en fuerzas policéntricas capaces de plantear históricamente alternativas al sistema? ¿No deberíamos incluir en ellas, entre otros, a los marginados, a los rebeldes espontáneos, por ejemplo?

Pero volvamos una vez más a nuestro camino principal y reencontrémonos con Hobsbawm en los años sesenta. Lo habíamos dejado un tiempo antes empeñado en meterse en la piel de los obreros y de los campesinos del siglo XVIII y del XIX, inquietándose con rebeldes y bandidos. Ahora, y quizás para mejor iluminar las historias de esa humanidad acosada, su discurso tiende a instalarse en otros planos. El sistema capitalista moderno en su globalidad será de nuevo objeto de indagación del historiador inglés. Por qué y de qué manera el occidente europeo generó, entre 1780 y 1850 aproximadamente, sobre las bases de elementos existentes desde siglos anteriores, profundas transformaciones que subvirtieron los órdenes económico, social, político, cultural. Por qué el triunfo del capitalismo burgués y liberal precisamente y no otra arquitectura económico-social. Por qué al nacer el capitalismo industrial surgieron en su seno los elementos que obstaculizarían su camino de expansión. Cuáles fueron los factores que impulsaron, a su vez, la con-

quista de casi todo el mundo. Preguntas, desafíos a su aguda percepción de historiador, que necesariamente lo llevan a mirar la cara oculta de la "edad del progreso", como lo había hecho ya Marx, como lo hiciera no hace mucho su respetado maestro, Maurice Dobb.

En 1962 Hobsbawm publicó *Las revoluciones burguesas.*[16] Era su respuesta a algunas de las interrogantes arriba mencionadas y es, también, un fruto de su madurez intelectual, de sus largas lecturas, de su vastísima cultura.

La problemática del capitalismo le es familiar en muchos aspectos. Uno de éstos en especial había sido trabajado morosamente por él durante tiempo y seguiría siendo materia de su interés en los años sucesivos: la cuestión de los orígenes profundos del desarrollo capitalista. Ya en la primera mitad de la década de los cincuenta había intervenido, recordémoslo, en los memorables debates que sobre el tema de la transición del feudalismo al capitalismo se suscitaron[17] a partir del libro de Dobb por nosotros antes citado. Hobsbawm puso especial atención en la crisis general del siglo XVII, a la que atribuyó valor central en el desarrollo posterior del capitalismo. A partir de esta certeza, el estudioso inglés comenzó a construir un modelo explicativo para dar cuenta de la génesis del capitalismo industrial y de su irrupción revolucionaria, modelo que fue explicitado tanto en artículos o en monografías como en trabajos de temática más abarcadora. Tres de aquellos artículos fueron reunidos en un pequeño volumen editado en nuestra lengua.[18] Hobsbawm afirma: no existían obstáculos serios en el campo de la técnica ni en el de los capitales para que, ya a fines del siglo XVI, se produjera el despegue sostenido. No obstante, es obvio, ese temprano impulso no se produjo y el capitalismo debió esperar casi dos siglos para comenzar a nacer. La historia y sus eternos "porqués" y el historiador impulsado a enfrentarlos. Hobsbawm nos explica: durante el siglo XVI el sistema en general –en el que el capitalismo mercantil era una especie de parásito metido en sus poros– había experimentado un proceso de expansión promisorio, pero esa expansión *necesariamente* debía encontrar obstá-

16 E. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas,* Guadarrama, Madrid, 1964 (con numerosas reediciones). *The Age of Revolution. Europe 1789-1848,* Londres, 1962).

17 Una manifestación interesantísima de los mencionados debates se dio en el simposio organizado por la revista *Science and Society,* y que fuera reflejado entre otros por G. Procacci en *The transition from feudalism to capitalism. A symposium,* Nueva York, 1954.

18 E. Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la revolución industrial,* Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

culos frenadores y, efectivamente, cuando topó con ellos entró en crisis. Se podrían señalar varias causas de esta brusca desaceleración. Por ejemplo, no se habían operado en las estructuras rurales las transformaciones necesarias para romper –válganos el modernismo– los "cuellos de botella" en la producción, los cambios liberadores de energía. Por otra parte, "los hombres de negocios feudales", golpeados irreversiblemente por las crisis mencionadas, se asemejaban –ésta es nuestra imagen– a los grandes dinosaurios antidiluvianos: estaban demasiado adaptados a su ambiente –el sistema feudal– y cuando la mencionada cesura sobrevino no pudieron superarla.

Una vez más, no es la pura curiosidad del coleccionista meticuloso de "hechos" lo que mueve a nuestro autor cuando se sumerge en estas cuestiones. Es el intrincado debate sobre la transición del capitalismo al socialismo lo que está en juego, lo que lo impulsa a la intencionada reflexión histórica. Henos aquí, por otra parte, enfrentados a unos temas recurrentes e inquietantes en el marxismo: la acumulación capitalista, el derrumbe, la revolución...

Precisamente, allá por la mitad del siglo pasado, lúgubres señales parecían anunciar el derrumbe cercano del hasta hacía pocos años pujante capitalismo. El terrible "fantasma del comunismo" lo rondaba y martirizaba sus males en 1848, cuando el huracán revolucionario barría monarquías por doquier en Europa y amenazaba al resto del mundo. Pero las señales se esfumaron y el peligro fantasma "pudo ser exorcizado". La paz política se recobraría mucho antes de lo que hubiera podido pensarse y una estruendosa sinfonía de rieles, locomotoras, carbón e inversiones hizo inaudibles hasta las últimas voces de la crisis. El capitalismo triunfaba –casi todos creyeron que definitivamente.– Ahora cobraba ímpetus de epopeya y los crecimientos habrían de estallar a la manera del "boom" con que los economistas rubios demuestran la fuerza expansiva de su capitalismo. Porque la Europa industrial se expandirá por el resto del mundo, avasallante, liberal, "educadora"; derramará por el orbe sus manufacturas, sus hombres y sus capitales, guiados por una bandera: la inglesa. Hobsbawm ha escrito *La era del capitalismo* para explicar ese periodo ferviente de la historia del hombre.[19] Algunos años antes, en otro libro esclarecedor, había mostrado cómo y por qué aquella bandera inglesa había flameado casi solitaria en los empeños de la industria y el comercio allá en los tiempos "gloriosos" del *free-trade;*

19 E. Hobsbawm, *La era del capitalismo,* Guadarrama, Madrid, 1977 (*The Age of Capital, 1848-1875,* Londres, 1975).

pero también cómo y por qué, en los umbrales del nuevo siglo XX, esa preeminencia comenzaría a caducar, cómo y por qué las técnicas industriales revolucionarias y eficaces en los tiempos del "despegue" económico se tornaron obsoletas y retardatarias, en momentos del avance arrollador de nuevos imperialismos. Estas cuestiones están tratadas en *Industria e imperio,*[20] obra trascendente que a pesar de centrarse casi exclusivamente en la historia de Inglaterra tiene en amplia medida la *respiración universal de los dos trabajos arriba mencionados. En sus* páginas Hobsbawm advirte que los países que hoy tratan de industrializarse difícilmente pueden tomar como modelo el caso británico, pues las cuestiones que esos países deben resolver son profundamente diferentes: si bien hay la posibilidad de aprovechamiento de las experiencias técnicas ya existentes, éstas tienen una complejidad y un costo muy distintos a los que requirió Inglaterra en su primera revolución industrial; además –y esto es quizás uno de los problemas fundamentales– los citados países se tienen que industrializar en "un contexto de fuertes movimientos obreros y ante potencias socialistas mundiales, que hacen de la idea de industrializarse, sin tener en cuenta la seguridad social o el sindicalismo, algo políticamente impensable.[21] Hasta aquí la advertencia de Hobsbawm. Pero ¿no quedarían ciertas dudas por despejar? ¿Acaso no es posible pensar en proyectos de desarrollo no autónomos, con fuerte ingerencia imperialista y por consiguiente vehiculizados mediante eficaces maquinarias represivas que borran las posibilidades políticas y sociales de contestación por parte de las clases explotadas? Pasado y presente de los mecanismos de coacción en este capitalismo de renovadas alternativas de crecimiento.

Hemos hablado, quizás sin muchas concesiones al orden y a la medida, de las obras de Eric Hobsbawm. Es tiempo, nos parece, de platicar de él y de las maneras de concebir la historia.

Alguna vez, meditando sobre historias e historiadores, Marc Bloch habló de sí mismo y dijo que él era un "artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana". No era por cierto el notable medievalista un caso singualr en este sentido, pues muchos historiadores en todas las épocas se han sentido de alguna manera un poco artesanos y, también, como Marc Bloch, han reflexionado sobre su oficio, sus herramientas y sus obras.

20 E. Hobsbawm, *Industria e imperio,* Ariel, Barcelona, 1977 (*Industry and Empire. An Economic History of Britain since 1750,* Londres, 1968).

21 *Ibid.*, pp. 20-21.

Pero de algunos años a esta parte, las apacibles meditaciones de los viejos historiadores –y la imagen de artesano quizás sea la más apropiada para ellos– parecieran no tener ya lugar. Ahora la tarea práctica es demasiado febril, el tiempo es corto y es preciso emprender la exploración de los nuevos territorios recientemente abiertos en el pasado. ¿Qué imagen corresponde para ese nuevo historiador al que las computadoras de "tercera generación" le resultan instrumentos cotidianos y familiares? En los tiempos que corren "a los historiadores los caracteriza el poco interés que tienen en definir su campo de estudio", afirma Hobsbawm, agregando que "la mayoría de ellos no reflexiona mucho en la naturaleza de su profesión".[22] Maticemos un tanto las palabras del historiador inglés –pensemos en varios libros de reciente publicación sobre teoría y métodos de la disciplina histórica– y estaremos dispuestos a suscribir su aserto. El mismo ha preferido, sospechamos, dedicar más tiempo a la paciente investigación que escribir acerca de los avatares del quehacer de la historiografía, de sus métodos, técnicas y teorías. No obstante son varios sus artículos publicados acerca de la temática en cuestión. Oficio y meditación inteligente sobre él mismo. Hobsbawm, historiador de méritos acreditados, no es ajeno al moderno proceso de renovación de la historia: algunos de los ensayos incluidos en el presente volumen lo prueban con largueza.

Pero más allá de las palabras o de los silencios de historiadores sobre su *métier*, es evidente que la disciplina histórica se halla en un proceso de profunda mutación. Quizás podríamos imaginar que ha estallado en múltiples fragmentos aquella historia omnisapiente y tranquilizadora y que, además, cada uno de aquellos fragmentos periódicamente vuelve a estallar, a su vez, en un proceso que podríamos pensar como cariocinético. Por lo demás, los elementos liberados encuentran seguros ámbitos de autonomía y de autodesarrollo. Por lo tanto, resulta cada vez más embarazoso hablar de la historia[23] y entonces hay quienes conciben múltiples disciplinas históricas. Cada una de éstas, con especialidades casi autónomas, invade los espacios de otras ciencias sociales, proveyéndose allí de un arsenal renovado de métodos y de técnicas.

22 E. Hobsbawm, "Historia económica y social", en Paul Barker (compilador), *Las ciencias sociales de hoy*, FCE, México, 1979.

23 Por cierto, palabra bastante ambigua y problemática ésta de "Historia", que desde el viejo Herodoto sirve para designar a la disciplina y a su objeto de estudio a la vez.

Desde luego aquellos estallamientos y estas expansiones produjeron, a su vez, nuevas revulsiones en el interior de la disciplina. Así, la concepción del tiempo histórico ha mutado: la severa idea del tiempo como un transcurrir lineal y en dirección hacia algo, aquel enhebrar los hechos en una cadena causal y finalista, tienen ahora una inquietante vecindad: la idea de los tiempos múltiples, que considera "el 'recitativo' de la coyuntura, del ciclo y hasta del 'interciclo' ",[24] de las duraciones que el historiador desgaja y manipula con intención de conocer mejor su objeto.

Panorama de dispersión, de centrifugación. ¿Es posible entonces concebir todavía a la historia de lo humano como una "globalidad" o, como también acostumbramos decir, una "totalidad"? Las razones "gravemente prácticas", como dice Hobsbawm, hacen pensar en algo así como una imposibilidad manifiesta. En todo caso ¿no sería saludable concebir la "totalidad" como un presupuesto teórico a utilizar en determinadas circunstancias?

Espectáculo de renovación cabal en una disciplina que siendo ella misma diacronía suele quedar fascinada por las estructuras atemporales que son o que parecen serlo. Cambios en una práctica que siendo tan antigua como la civilización occidental misma ha perdido la calma en la búsqueda de su definición; y así, mientras que para algunos está aún en proceso de "construcción", en tanto historia marxista, para otros se trata de una disciplina en camino seguro de de-construcción.

Ahora bien, a partir de las cuestiones sucintamente planteadas en los párrafos anteriores, ¿qué señales de identidad podemos atribuir al historiador marxista Eric Hobsbawm y por ende a sus obras? Nuestra pregunta esconde, es claro, segundas intenciones. Por lo tanto digámoslo ya y descubramos nuestro juego. Queremos saber qué quiere decir *hacer historia marxista.*

Podemos respondernos, esquemáticamente, que hacer historia marxista implica manejar en el conocimiento del pasado un cuerpo teórico, una metodología y un acervo de categorías elaboradas a partir del pensamiento de Marx. Agregar que la historiografía marxista centra su atención en las explicaciones de las transformaciones de los sistemas sociales, tratando de desentrañar los mecanismos de las rupturas revolucionarias; que trabaja con el concepto de modo de producción, concibiendo a las sociedades como articulaciones de diversos

24 Estamos citando a Ferdinand Braudel.

modos de producción; que se esfuerza, además, por analizar las estructuras y las superestructuras y las complicadas relaciones entre ambas, etcétera.

Suponiendo válida nuestra estrecha caracterización ¿podemos afirmar que de esta manera se hace historia marxista? Y si así es, ¿cuáles serían las diferencias significativas en los resultados de una investigación realizada con ese tipo de instrumentos y los de un trabajo llevado a cabo con un aparato conceptual no marxista?

Es un hecho irrefutable que *buenos* historiadores marxistas han realizado estupendos trabajos que superan a los realizados por historiadores de otras corrientes sobre temas similares. *El Mediterráneo* de Braudel ¿no es acaso una obra fundadora por su importancia y cualidades? Ferdinand Braudel no es marxista. ¿No hay acaso pésimos trabajos historiográficos producidos por estudiosos que se asumen como marxistas? Nos parece que es necesario centrar la cuestión sobre otros ejes.

Jean Chesneaux, el notable historiador francés, ha dicho, en un libro sin dudas polémico, que indagar el pasado por mero afán erudito aun "con las herramientas teóricas del marxismo" significa "*sustraer* esas herramientas a su función específica",[25] agregando que Marx no era un "historiador marxista" si tomamos por tal a cierta clase muy particular de historiadores insertos en los medios académicos. "Marx –dice Chesneaux– no consideró jamás el estudio del pasado como una actividad intelectual en sí, que tuviera su fin en sí misma, enraizada en una zona autónoma del conocimiento."[26]

Creemos que Chesneaux está en lo cierto pues nos negamos a concebir al marxismo como una armoniosa constelación conceptual sin conexión viva, dialéctica e histórica con la realidad. Sostenemos que el marxismo, en tanto forma de pensamiento de las clases desposeídas es, *esencialmente,* una crítica y por consiguiente un contumaz de-constructor de la invertida "razón" burguesa. De ahí entonces que concibamos al marxista historiador como una suerte de mandatario –es decir, enviado– de aquellas clases en misión de apropiación y rescate de las zonas del pasado que sirvan a los mandantes en sus combates. Es decir, para quien se asuma marxista, la historia deberá ser antes que una ciencia –en un sentido sí lo es seguramente– una arma de com-

25 J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores,* Siglo XXI, México, 1977, p. 58.
26 *Ibídem*, p. 57.

bate estratégica. Porque el historiador comprometido y marxista recorta interesadamente el pasado, se inquieta por las zonas ocultas del sistema, examina prolijamente las "lacras sociales" –¿los bandidos y los rebeldes de Hobsbawm?–; ilumina, en fin, las sinuosas galerías excavadas desde hace ya tanto tiempo por "el viejo topo"...

En el final de este camino que recorrimos, quizá con algún tropiezo reencontremos a Hobsbawm. ¿Le habremos adjudicado ideas o intenciones que él no estaría dispuesto a reconocer como suyas? No lo descartamos, pero ¿quién no corre este riesgo al intentar una aproximación como la que hemos intentado?

Mientras tanto usted, lector de estas páginas, estará reclamando lo anunciado: que intentaríamos descifrar las señales de identidad de Hobsbawm y de sus obras. Preferimos terminar aquí nuestro discurso pues sentimos que estamos lejos de ser albaceas de *la* verdad. Dejamos al lector en libertad de juicio, con la esperanza de que los elementos aportados a lo largo de esta presentación le sean de utilidad. De todas maneras estamos seguros que en un aspecto acordaremos totalmente: leer a Hobsbawm resulta siempre una experiencia intelectual en alto grado estimulante.

Osvaldo Tamain.

1. DE LA HISTORIA SOCIAL A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD*

Este ensayo no quiere ser una declaración personal de puntos de vista o un medio para expresar las preferencias del autor y sus juicios de valor (excepto cuando así se indica), ni tampoco pretende defender el tipo de historiografía que practica el autor, pues esto es algo que no necesita la historia social en estos tiempos. Con tales aclaraciones obviaré dos malos entendidos, que son frecuentes en las discusiones cargadas de disquisiciones ideológicas–como son siempre las que versan sobre historia social.

El primero, es la inclinación que experimentan los lectores por identificar a los autores con los puntos de vista sobre los que escriben, a menos que se exprese claramente que no hay tal identificación y a veces aun a pesar de esto. El segundo es la confusión que se hace entre las motivaciones ideológicas o políticas de la investigación o de su utilización y su valor científico. Cuando la intención o prejuicio ideológico produce trivialidades o errores, cosa frecuente en las ciencias humanas, fácilmente condenamos la motivación, el método y el resultado. Sin embargo la vida misma sería más sencilla si nuestra concepción de la historia fuera postulada exclusivamente por aquellos con quienes coincidimos en todos los asuntos públicos y aun en los privados. Hoy día la historia social está en boga, y nadie de los que la practican se molestaría de coincidir ideológicamente con sus colegas. Sin embargo más importante que definir las inclinaciones de uno, es tratar de hallar el lugar

* Publicado en la revista *Daedalus. Journal of the American Academy of Arts and Science,* vol. 97, n. 1, invierno de 1971. Traducción de Diego Sandoval Espinosa. Tomado de *Tendencias actuales de la historia social y demográfica,* México, Sepsetentas, 1976, pp. 61-94.

en que se encuentra hoy la historia social tras dos décadas de desarrollo abundante aunque poco sistemático, y descubrir hacia dónde se dirige.

I

El concepto *historia social* ha sido siempre difícil de definir y hasta hace poco no había gran urgencia por hacerlo, principalmente porque había carecido de intereses de índole institucional y profesional, que son los que generalmente insisten en definiciones precisas. Se puede decir que hasta el presente auge del tema –o por lo menos del nombre– se usó en el pasado en tres acepciones, a veces yuxtapuestas. En primer lugar se refería a la historia de las clases pobres o bajas, y más concretamente a la historia de los movimientos de los pobres ("movimientos sociales"). El concepto podía especializarse aún más y hacer referencia a la historia del trabajo y de las organizaciones e ideas socialistas. Por razones obvias se ha conservado fuerte la relación entre la historia social y la historia de las protestas y los movimientos sociales. Varios historiadores sociales se dedicaron a ese tipo de estudios porque eran socialistas o radicales, y como tales se interesaron por temas que representaba para ellos gran relevancia emotiva.[1]

En segundo lugar, el concepto *historia social* era usado para hacer referencia a estudios sobre una multitud de actividades humanas, difíciles de clasificar excepto en términos de "actitudes, costumbres, vida cotidiana". Esto fue quizás –por razones lingüísticas– más una práctica anglosajona, ya que el idioma inglés carece de los términos apropiados para aquello que los alemanes, empeñados en el mismo tipo de estudio, llamaron *Kulther o Sittengeschichte,* aunque muchas veces éstos también escribieron en forma superficial y periodística. Este tipo de historia social no estaba orientado hacia las clases bajas, sino todo lo contrario, aunque los investigadores políticamente más radicalizados tendían a prestarles atención. Formó los fundamentos tácitos de aquello que puede ser llamado "el punto de vista residual de la historia social", expresado por G. M. Trevelyan en su *English Social History* (London, 1944) como la "historia apolítica". Obviamos todo comentario.

La tercera acepción del concepto fue la más común y es la que más nos interesa para nuestros fines: *social* se usaba en combinación con *historia económica.* De hecho pienso que fuera del mundo anglosajón las típicas revistas especializadas antes de la Segunda Guerra Mundial unían

1 Ver los comentarios de A. J. C. Rueter en el *IX Congrés International des Sciences Historiques,* París, 1950, vol. 1, P. 298.

en sus títulos esos dos términos, como por ejemplo: *Vierteljahrschrift fuer Sozial U. Wirtschaftgeschichte, Revue d'Histoire E. S., Annales d'Histoire E. S.* Hay que admitir que la parte económica de esta combinación era, con mucho, la más preponderante. Casi no había historias sociales que se pudieran comparar en importancia a los numerosos volúmenes dedicados a la historia económica de varios países, periodos y temas. De hecho no había muchas historias económicas y sociales antes de 1939, aunque sí algunos autores notables (Pirenne, Mikhail Rostovtzeff, J. W. Thompson, tal vez Dopsch); los estudios monográficos y periódicos escasean aún más. Sin embargo es significativa la práctica de unir lo económico y lo social, ya fuera en las definiciones sobre el campo general de la especialización histórica o en el ámbito más especializado de la historia económica.

Esta circunstancia revelaba el deseo de una aproximación a la historia, diferente a la rankeana. Estos historiadores se interesaron por la evolución de la economía porque ésta arrojaba claridad sobre las estructuras y cambios sociales, y más específicamente, tal como lo confesó Georges Unwin,[2] sobre las relaciones entre clases y grupos sociales.

Esta dimensión social se evidencia hasta en los más cautos y estrechos historiadores de la economía. El mismo J. H. Clapham[3] llamaba a la historia económica la variedad más importante de la historia, ya que era el fundamento de la sociedad. Creo que son dos las razones del predominio de lo económico sobre lo social: una cierta postura de la teoría económica que se rehusaba a aislar lo económico de lo social, institucional, etcétera, tal como ocurrió con los marxistas y la escuela historiográfica alemana; y otra, la simple ventaja que le llevaba la economía a las demás ciencias sociales. Si la historia iba a ser integrada dentro de las ciencias sociales, por fuerza tenía que toparse primero con la economía. Hasta podríamos decir, como Marx, que sea cual fuera la indivisibilidad básica de lo económico y lo social dentro de las sociedades humanas, la base analítica de cualquier investigación histórica que se interese en la evolución de esas sociedades deberán ser el proceso de producción social.

Ninguna de estas tres versiones de lo histórico-social produjo un campo académico especializado en historia social de la década de 1950, aunque durante un tiempo la famosa revista *Annales* de Lucien Febvre y de Marc Bloch eliminó lo "económico" en el subtítulo, preciándose

2 R. H. Tawney *Studies in Economic History,* Londres, 1927, pp. xxiii, 33, 34 y 39.

3 J. H. Clapham, *A Concise Economic of Britain,* University Press, Cambridge, 1949, introducción.

de ser puramente "social". No obstante esto fue un resultado temporal ocasionado por los años de guerra, ya que desde hace veinticinco años el título de esta gran revista ha sido *Annales: économies, sociétés, civilizations,* y éste, junto con la naturaleza del contenido, refleja los fines originales, esencialmente globales y completos de sus fundadores. Tanto el tema mismo de la historia social, como la discusión de sus problemas, se desarrollaron seriamente hasta después de 1950. Fue a finales de esa década que se fundó la primera revista especializada sobre el tema: *Comparative Studies in Society and History* (1958). De ahí que la historia social sea relativamente joven como especialización académica.

¿Cuáles son las causas del acelerado desarrollo y de la creciente emancipación de la historia social en los últimos veinte años? Se puede responder a esto en términos de los cambios técnicos e institucionales que han sufrido las disciplinas académicas de las ciencias sociales: la deliberada especialización de la historia económica como respuesta al rápido desarrollo del análisis y de la teoría económicos, una de cuyas expresiones es la "nueva historia económica"; el auge mundial de la sociología que, a su vez, auspició el desarrollo de actividades históricas, parecidas a las requeridas por los departamentos de economía. Estos factores no pueden ser pasados por alto. Muchos historiadores –entre ellos los marxistas–, que con anterioridad se habían llamado a sí mismos "economistas" debido a que los problemas que les atañían no eran ni siquiera considerados por la historia ortodoxa en general, se encontraron de pronto excluidos de una historia económica que se extrechaba rápidamente. De ahí que aceptaran de buena gana el título de "historiadores sociales", especialmente si no tenían conocimientos profundos en matemáticas. Poco probable hubiera sido que los historiadores económicos de la década de 1950 y principios de la de 1960, recibieran de buen grado a R. H. Tawney entre ellos, de ser éste un joven investigador y no –como era– presidente de la Sociedad de Historia Económica. Aunque no hay que pasarlas por alto, estas redefiniciones académicas y variantes profesionales no explican casi nada.

De mayor trascendencia fue la historización general que sufrieron las ciencias sociales, fenómeno que tuvo durante este periodo y que parece haber sido su más importante desarrollo en esa época. La explicación de este cambio rebasa los límites del presente trabajo; sin embargo no está por demás subrayar la gran significación que tuvieron las luchas en pro de la emancipación política y económica de los países coloniales y semicoloniales. Estas luchas encaminaron a los gobiernos, a las organizaciones internacionales y de investigación y, en consecuencia, a los

científicos sociales, hacia el estudio de problemas esencialmente referidos a transformaciones históricas. Estos problemas habían estado hasta entonces al margen de la ortodoxia académica de las ciencias sociales y fueron una y otra vez descuidados por los historiadores.[4]

De todas formas, los conceptos y problemas de naturaleza histórica (algunos muy burdos como "modernización" o "crecimiento económico") se han infiltrado hasta en lo que ha sido hasta hoy la disciplina más inmune a la historia: la antropología social de Radcliffe Brown. Esta infiltración de lo histórico es quizás más evidente en el campo de la economía, en donde una primera concepción de la economía del desarrollo llena de suposiciones que eran recetas sofisticadas de cocina ("tome las siguientes cantidades de los ingredientes A hasta N, mézclelos y póngalos al fuego y tendrá un *take-off* hacia el desarrollo sostenido") ha sido reemplazada por la creciente conciencia de que hay factores extraeconómicos que también determinan el desarrollo económico. En suma: hoy día es imposible realizar muchas de las actividades del científico social sin manejar la estructura social y sus cambios, o sea, la historia de las sociedades. Paradójicamente, al mismo tiempo que los economistas buscaban tener comprensión de factores sociales (o por lo menos no estrictamente económicos), los historiadores económicos asumían los modelos de los economistas de hacía quince años y se empeñaban en lograr un aspecto de dureza al olvidar todo lo que no fueran ecuaciones y estadísticas.

¿Qué podríamos concluir después de hacer este breve análisis históric de la historia social? Si bien este análisis no nos sirve como una guía adecuada para estudiar la naturaleza y los propósitos de la disciplina en cuestión, sí explica la causa de que temas variados de investigación se hayan medio agrupado bajo ese rubro, y la forma en que otras ciencias sociales hicieron posible la creación de una verdadera teoría académica.

4 Dos citas del mismo documento ("Economic and Social Studies Conference Board", en *Social Aspects of Economic Development*, Estambul, 1964) ilustrarán las motivaciones divergentes que subyacen en estas nuevas inquietudes. El presidente turco del Consejo dice: "Hoy día el mundo se enfrenta a uno de los problemas más importantes, que es el desarrollo económico o el crecimiento en las regiones económicamente atrasadas (...) Los países pobres han hecho un ideal de este asunto del desarrollo. Para ellos, el desarrollo económico está ligado con independencia política y con soberanía". El señor Daniel Lerner, dice: "Detrás de nosotros queda una década cargada de cambios sociales y de desarrollo económico. En esos años se han hecho muchos esfuerzos, dondequiera, para acelerar el desarrollo económico sin producir un caos cultural, para promover la movilidad económica sin subvertir la estabilidad política" (p. xiii, cap. I).

Otra conclusión que se desprende del análisis de la historia social en el pasado, es que sus representantes nunca se llegaron a sentir a gusto con ese concepto. Por ejemplo, los franceses se describen a sí mismos simplemente como historiadores, y a sus fines como historia "global" o "total"; otros se definen como hombres que buscan la integración de las contribuciones de todas las ciencias sociales importantes y no la ejemplificación de una de ellas. Ni Marc Bloch, ni Fernand Braudel, ni Georges Lefebvre pueden ser llamados historiadores sociales, en tanto que asumieron la frase de Fustel de Coulanges: "La historia no es la acumulación de acontecimientos de todo tipo que ocurrieron en el pasado, sino que es la ciencia de las sociedades humanas".

La historia social jamás podrá ser una especialización como la historia económica y otro tipo de historias, ya que su objeto de estudio no puede ser aislado. Para fines analíticos podemos definir ciertas actividades humanas –como la económica– a fin de estudiarlas históricamente. Esto puede parecer artificial e irreal (excepto para fines de definición) pero se puede hacer. En la misma forma, si uno lo quiere hacer, se pueden aislar las ideas escritas de su contexto humano y trazar su filiación de un escritor a otro, tal como lo hacía la vieja historia de las ideas. Sin embargo los aspectos sociales del ser humano no pueden ser separados de otros aspectos suyos, bajo riesgo de caer en tautologías o hispersimplificaciones. No pueden aislarse de las formas en que los hombres se ganan la vida y construyen su medio ambiente material. Tampoco pueden ser aislados de sus ideas, ya que las relaciones entre ellos están expresadas y formuladas en un lenguaje que implica el manejo de conceptos. Bajo su cuenta y riesgo, los historiadores del pensamiento podrán olvidarse de lo económico y los historiadores económicos de Shakespieare, pero poco alcanzará el historiador social que se olvide de alguno de los dos. Una monografía sobre la poesía provenzal difícilmente puede ser historia económica, de igual forma que una sobre inflación en el siglo XVI no será historia intelectual, pero las dos pueden ser estudiadas en tal forma que sean historia social.

II

Dejemos el pasado y consideremos los problemas a los que se enfrenta hoy día el que quiere escribir historia de la sociedad. En primer lugar hay que preguntarse en cuánto se beneficia el historiador de esta especialidad de las otras ciencias sociales.

La experiencia de las dos décadas pasadas sugiere dos respuestas distintas. A partir de 1950 la historia social ha sido fuertemente estimulada, no solamente por la estructura profesional de otras ciencias sociales (como en el caso de determinadas materias requeridas a los estudiantes universitarios) y por sus métodos, sino también por los problemas que se plantea. Justo es decir que el auge reciente de los estudios sobre la Revolución Industrial británica, tanto tiempo olvidada por sus propios estudiosos ya que ponían en duda la validez del concepto "revolución industrial", se debe principalmente a la necesidad de los economistas de descubrir las causas, aspectos y consecuencias de las revoluciones industriales. Recientemente ha habido una convergencia de estudios de diferentes áreas disciplinarias sobre problemas socio-históricos. Ejemplo notable de esto son los estudios de fenómenos milenarios, que provienen del campo antropológico, sociológico, politológico, histórico literario y religioso, aunque no del económico. Igualmente es notorio el cambio, por lo menos temporal, de un cierto campo profesional al histórico, como en el caso de Charles Tilly y Neil Smelser, sociólogos; Eric Wolf, antropólogo, y Everett Hagen y sir John Hicks, economistas.

Tal vez haya que hablar de esta segunda tendencia más como conversión que como convergencia, porque no hay que olvidar que si los científicos sociales no historiadores comienzan a plantearse problemas propiamente históricos, un signo de que carecen de respuestas es que les piden a los historiadores que se los resuelvan, y si se da el caso de que se conviertan en historiadores, se debe a que los miembros de nuestra disciplina –excepción hecha de marxistas y algunos otros no marxizantes– que asumen una problemática similar no han podido dar las respuestas.[5] Aunque muchos estudiosos de otras áreas de las ciencias sociales se han ganado el respeto dentro de nuestro campo de estudio, hay muchos otros que utilizan toscamente algunos conceptos y modelos. Desgraciadamente por cada *Vendée* de Tilly hay una docena o más de obras equivalentes a *Stages* de Rostow. No voy a enumerar los muchos

5 Es muy característica la queja de sir John Hicks: "Mi teoría de la historia se acerca mucho más a aquello que pretendía hacer Marx (. . .) La mayoría de ellos (los que creen que los historiadores pueden valerse de las ideas para ordenar su material, de tal forma que el curso general de la historia pueda acomodarse) usarían las categorías marxistas o alguna versión modificada, ya que casi no hay otras alternativas de que echar mano. Sin embargo no deja de asombrar que a un siglo de *El capital* no haya surgido casi nada más, en todo ese tiempo que ha visto el enorme desarrollo de las ciencias sociales. (*A Theory of Economic History*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pp. 2-3.)

otros que se acercaron a las fuentes históricas sin tener una idea de las dificultades que encontrarían, ni la forma de salvarlas. En suma la situación actual hace que por más que los historiadores quieran aprender de otras disciplinas, más bien éstas deben aprender de aquéllos. La historia de la sociedad no puede ser escrita mediante la aplicación de unos cuantos modelos de las otras disciplinas sino que precisa –como dirían los marxistas– el desarrollo de los esbozos existentes hasta convertirlos en modelos.

Claro está que esto no se aplica con las técnicas y métodos que provienen de otras disciplinas y que son muy usados por los historiadores. Digamos someramente algo a este respecto. Debido a la naturaleza de nuestras fuentes, poco avanzaríamos si no tuviéramos las técnicas para descubrir, agrupar en forma estadística y manejar gran cantidad de información, que además requiere de la ayuda de la división del trabajo de investigación y de los avances tecnológicos, requerimientos que otras ciencias sociales han venido desarrollando desde hace tiempo. En el otro extremo, precisamos de los métodos para la observación y el análisis a fondo de individuos, pequeños grupos y sociedades, y éstos nos son proporcionados por los antropólogos sociales y hasta por los psicoanalistas. Por lo menos estás técnicas pueden servirnos de estímulo para buscar adaptaciones y equivalentes para nuestro campo a fin de responder a problemas otrora insolubles.[6]

Debido a que la sociología y la economía no nos ofrecen modelos o marcos analíticos que nos puedan servir para estudiar las transformaciones históricas y socio-económicas de larga duración, dudo mucho que la historia social y la historia económica se conviertan simplemente en una proyección al pasado de las respectivas teorías de aquellas disciplinas. De hecho, a excepción de aquellas corrientes como la marxista, el grueso de su pensamiento no se ha interesado por esos cambios. Es más, podría decirse que muchos de sus modelos analíticos –como es el caso de la sociología y la antropología social– han sido sistemática y exitosamente desarrollados abstrayéndolos del cambio histórico.

Los padres de la sociología tuvieron un espíritu más historicista que el de la escuela neoclásica de los economistas –aunque quizás no

6 La clasificación que Marc Ferro hizo de los telegramas y resoluciones enviadas a Petrogrado durante las primeras semanas de la revolución de febrero de 1917, es claramente el equivalente de un muestreo retrospectivo de la opinión pública. Es dudoso que esta investigación se hubiera podido hacer sin tener como antecedente los anteriores muestreos de opinión hechos con fines no históricos. (M. Ferro, *La révolution de 1917*, Aubier, París, 1967.)

más que la primera escuela de economistas políticos clásicos–. Con acierto, Stanley Hoffmann ha recalcado las diferencias entre el "modelo" de los economistas y las listas –que quizás sean más que eso– de sociólogos y antropólogos.[7]

Estas disciplinas nos han proporcionado además ciertos puntos de vista, redes de posibles estructuras compuestas de elementos combinables en varias formas, que vagamente recuerdan al anillo de Kekule sobre el autobús, aunque con las desventajas que implica la imposibilidad de verificación. A lo más, algunas redes estructuro-funcionales serán elegantes y útiles en la heurística. Más modestamente, nos pueden proporcionar metáforas, conceptos y términos (como *rol*), y otras ayudas para ordenar nuestro material.

Es más, aparte de las deficiencias de los modelos, puede argüirse que las teorías sociológicas (o de la antropología social) han logrado la exclusión de la historia, o sea, del cambio dirigido.[8] En otras palabras los patrones estructuro-funcionales resaltan lo que las sociedades tienen en común, mientras que lo que nosotros buscamos es precisamente lo que las diferencia. No se trata de la luz que pueden arrojar las tribus amazónicas de Lévi-Strauss sobre cualquier otra sociedad, sino de cómo la humanidad pasó de la edad de piedra al industrialismo y post-industrialismo y qué cambios sufrió la sociedad con este tránsito. O para ilustrarlo en forma diferente: no se trata de observar la eterna necesidad de todas las sociedades humanas por procurarse alimento, sino de ver lo que sucede una vez que esta necesidad ha sido ampliamente satisfecha –desde la revolución neolítica– por sociedades con una mayoría campesina de integrantes y que comienza a ser satisfecha por grupos distintos de los productores agrícolas e inclusive que puede llegar a ser satisfecha en formas no-agrícolas. ¿Cómo y por qué sucede esto? Por más que puedan ser muy útiles, la sociología y la antropología social no nos proporcionan la respuesta.

Dudo de la utilización de las más comunes teorías económicas como marco para el análisis histórico de las sociedades, por lo tanto dudo también de las pretensiones de la nueva historia económica; sin embargo, creo que la economía puede ser de gran valor para el historiador de las sociedades. Esto se debe a que la economía no puede dejar de manejar

7 En la conferencia sobre "Nuevas corrientes en la historia", Princenton N. J., mayo de 1968.

8 Aunque tal vez puedan serlo, yo no considero históricos los mecanismos que pretenden darle una dirección a las sociedades, como la "complejidad creciente".

lo que para la historia es un elemento esencialmente dinámico, que es el "proceso" o "progreso", si hablamos globalmente y en términos de larga duración de la producción social. En tanto haga esto, tendrá –como lo reconoció Marx– un desarrollo histórico dentro de sí. A guisa de ejemplo, el concepto "excedente económico" utilizado tan acertadamente por Paul Baran,[9] claramente es fundamental para cualquier historiador dedicado al estudio del desarrollo de las sociedades, y se me figura no solamente como más objetivo y cuantificable sino también más primario –en términos de análisis– que por ejemplo la dicotomía comunidad-sociedad *(Gemeinschaft-Gesellschaft).* Claro está que Marx sabía que para que los modelos económicos sirvieran al análisis histórico no podían estar separados de la realidad social e institucional o de las organizaciones de parentesco, por no hablar de las estructuras y de las suposiciones específicas a ciertas formaciones socio-económicas o culturales. Sin embargo es un hecho que *El capital* es un trabajo de análisis económico, a pesar de que a Marx se le ha considerado con justicia como uno de los principales fundadores del pensamiento sociológico moderno (directamente y a través de sus seguidores y críticos). No tenemos por qué concordar con sus conclusiones o métodos, pero sería tonto desechar la experiencia de ese pensador que por excelencia ha definido y sugerido la serie de problemas históricos hacia los que se sienten atraídos los estudiosos de las ciencias sociales de hoy día.

III

¿Cómo escribir la historia de la sociedad? Me resulta imposible dar una definición o un modelo de "sociedad" o hacer una lista de lo que queremos saber de su historia, y aunque lo pudiera hacer no sabría qué tan provechoso resultara. Sin embargo creo que será de utilidad hacer unas observaciones para los futuros trabajos.

1. La historia de la sociedad es *historia,* o sea que el tiempo cronológico es una de sus dimensiones. Además de interesarnos en las estructuras, sus mecanismos de continuidad y cambio y sus pautas de transformación, también nos concierne lo que de hecho sucedió. Si olvidamos esto, entonces no seremos genuinos historiadores –como ya lo indicó Fernand Braudel en su artículo "Histoire et Longue Durée"–.[10]

9 P. Baran, *The Political Economy of Growth,* Monthly Review Press, Nueva York, 1957, Cap. 2.

10 Véase la versión inglesa de este importante artículo en *Social Science Information,* 9 de febrero de 1970, pp. 145-174.

La historia *coyuntural* tiene su lugar en nuestra disciplina, aunque su papel principal radica en la ayuda que nos da para valorar las posibilidades del presente y del futuro; la historia *comparada* se ocupa más bien del pasado, sin embargo es la historia de hecho la que debemos explicar. El posible estancamiento o desarrollo del capitalismo en la China imperial nos interesa en tanto que ayuda a explicar el hecho de que este tipo de economía se desarrolló plenamente en una, y solamente en una, región del mundo. Esto puede ser provechosamente comparado con la tendencia de otros sistemas de relaciones sociales –por ejemplo el feudal– a desarrollarse más frecuentemente y en mayor número de regiones. De ahí que la historia de la sociedad sea una colaboración entre los modelos generales de la estructura y del cambio sociales, y el conjunto de fenómenos específicos que de hecho ocurrieron. Esto es válido para cualquier escala geográfica y cronológica que adopten nuestras investigaciones.

2. La historia de la sociedad es, entre otras cosas, la historia de determinadas unidades de personas que viven juntas y que son definibles en términos sociológicos. También es la historia de las sociedades, tanto como de la sociedad humana (diferente de la de los monos o de las hormigas), o de ciertas sociedades y sus posibles relaciones (en términos como sociedad "burguesa" o "pastoral"), o del desarrollo general de toda la humanidad. Esta definición de "sociedad" entraña problemas graves, aun en el caso de suponer que estamos definiendo una realidad objetiva, a menos que rechacemos juicios como "la sociedad japonesa en1930 era distinta a la sociedad inglesa". Aunque eliminemos las confusiones debidas a las diferentes acepciones de "sociedad" siguen presentándose dificultades por dos razones: a) debido a que la dimensión, complejidad y alcance de esas unidades varía según los diferentes periodos históricos o según las diferentes etapas de desarrollo, por ejemplo, y b) porque lo que llamamos sociedad no es más que uno de los varios conjuntos de interrelaciones humanas según los cuales las personas son clasificables o se clasifican a sí mismas muchas veces en forma simultánea y con yuxtaposiciones. En casos extremos como en Nueva Guinea o en tribus amazónicas, se puede dar el raro caso de que estos varios conjuntos definan al mismo grupo de personas. Sin embargo por lo general este grupo no es congruente ni con ciertas unidades sociológicas relevantes, como la comunidad, ni con ciertos otros sistemas más amplios de relación que abarcan a la sociedad y que pueden ser funcionalmente esenciales a ella (como el conjunto de relaciones económicas) o no esenciales (como los de cultura).

"Cristianismo" o "Islam" existen y son reconocidos como autoclasificantes, pero a pesar de que pueden definir una *clase* de sociedades que comparten ciertas características comunes, no son sociedades en los términos en que nosotros usamos la palabra cuando nos referimos a los griegos o a los suecos de hoy día. Por otra parte, aunque en muchos sentidos Detroit y Cuzco forman parte de un solo sistema de interrelaciones funcionales (por ejemplo, son parte de un mismo sistema económico), pocos las considerarían parte de la misma sociedad, en términos sociológicos. De igual forma consideraríamos como una sola las sociedades de los romanos o de los Han y las de los bárbaros, que constituían parte de un sistema más amplio de interrelaciones con los primeros. ¿Cómo podríamos definir estas unidades? Problema difícil de resolver, aunque la mayoría de nosotros lo solucionamos –o lo evadimos– escogiendo criterios externos, como el territorial, el étnico, el político, etcétera. Sin embargo esto no es siempre satisfactorio, ya que el problema rebasa los marcos puramente metodológicos. Uno de los principales focos de atención de la historia de las sociedades modernas es el crecimiento de su escala, de su homogeneidad interna, o por lo menos de la centralización y aglutinación de las relaciones sociales; o sea el cambio de una estructura esencialmente pluralista, a otra esencialmente unitaria. Cuando se estudia esto, se vuelve muy enredado el asunto de las definiciones, como seguramente lo saben los estudiantes que se ocupan del desarrollo de las sociedades nacionales o del nacionalismo.

3. La historia de las sociedades requiere de la utilización, si no de un modelo formal y elaborado de esas estructuras, sí por lo menos de un orden aproximado de prioridades de investigación y una hipótesis de trabajo sobre lo que constituye la relación central o el complejo de ligas de nuestro trabajo –aunque claro está, esto implica la existencia de un modelo. De hecho, todo historiador social mantiene esas prioridades y sustenta esas suposiciones, es por ello que dudo que el historiador del Brasil decimonónico dé prioridad analítica al catolicismo de esa sociedad sobre la esclavitud, o que cualquier historiador del mismo siglo en Bretaña considere tan importante el parentesco como dentro de la Inglaterra anglosajona.

Por acuerdo tácito, los historiadores parecen haber establecido, con ligeras variantes, un modelo de este tipo. Se comienza con el medio ambiente material e histórico y se prosigue con las fuerzas y técnicas de la producción –la demografía va entre las dos–, con la estructura económica (división del trabajo, intercambio, acumulación, distribución del excedente, etcétera) y con las relaciones sociales que ésta implica. A

continuación vienen las instituciones y la imagen de la sociedad y su funcionamiento implicado. Es así como se establece la configuración de la estructura social. Sus características específicas y detalles, en tanto que provienen de otras fuentes, con toda seguridad pueden ser determinadas por medio de un estudio comparado. Se trata, por lo tanto, de trabajar hacia afuera y arriba partiendo del proceso de producción social. Los historiadores intentarán, con toda razón, escoger una relación particular o un complejo de relaciones y considerarla como central y específica a la sociedad (o tipo de sociedad) en cuestión, para después agrupar alrededor de ella el resto de la investigación. Un ejemplo de esto serían las "relaciones de interdependencia", que Bloch menciona en su libro *Feudal Society,* o las que surgen de la producción industrial y ciertamente en su forma capitalista. Una vez establecida la estructura, hay que observarla en su desarrollo histórico, o como dicen los franceses: la "estructura" en la "coyuntura". Estos términos, sin embargo, no deben desplazar a otras formas y patrones del cambio histórico tal vez más relevantes. Una vez más, la inclinación predominante es la de considerar a los movimentos económicos –en su sentido más amplio– como el espinazo de tal análisis. La sociedad está expuesta a un proceso de cambio y transformación histórica, y las tensiones que éste conlleva permiten al historiador sacar a la luz varias cosas: 1) el mecanismo general por medio del cual las estructuras de la sociedad tienden simultáneamente a perder y restablecer sus equilibrios, y 2) los fenómenos que son tradicionalmente de interés para los historiadores sociales, por ejemplo la conciencia colectiva, los movimientos sociales, la dimensión social de los cambios intelectuales y culturales, etcétera.

No estoy resumiendo este plan de trabajo de los historiadores sociales para imponerlo, aunque soy partidario de él, sino todo lo contrario: quiero proponer que todas nuestras suposiciones implícitas las explicitemos, para entonces preguntarnos si este plan es el idóneo para poder formular la naturaleza y estructura de las sociedades y los mecanismos de su transformación o estabilización histórica; si otros planes de trabajos basados en otras interrogantes pueden ser compatibles con este plan o deben tener preferencia y pueden ser simplemente superpuestos, para producir un equivalente histórico de esos cuadros de Picasso que son a la vez cara y perfil.

En suma, por el bienestar de todas las ciencias sociales, nosotros los historiadores sociales que queremos producir modelos válidos de la dinámica socio-histórica, tendremos que unir más nuestra práctica

con la teoría, lo cual implica observar lo que hacemos, generalizarlo y corregirlo a la luz de los problemas que van surgiendo de la práctica.

IV

Por lo tanto quisiera concluir haciendo una revisión de la práctica actual de la historia social en las últimas dos décadas, para poder inferir los problemas y puntos de vista futuros. Este procedimiento tiene dos ventajas: corresponde con las inclinaciones profesionales del historiador y con lo poco que sabemos sobre el avance de las ciencias. ¿Qué problemas y temas han acaparado más la atención en los últimos años? ¿Cuáles son las áreas en desarrollo? ¿Qué están haciendo las gentes importantes? Claro está que las respuestas a estas preguntas no conforman un análisis exhaustivo, pero sin ellas poco avanzaríamos. El consenso de los trabajadores puede estar equivocado o distorsionado por la moda, por el impacto de la política sobre las necesidades administrativas –como seguramente es el caso en el estudio del desorden público. Sin embargo más nos vale no descuidarlo. El desarrollo de la ciencia se ha debido más a una inexplicable convergencia, muchas veces simultánea, sobre los problemas que vale la pena plantear y que, sobre todo, están ya tan maduros como para poder ofrecer soluciones, que al intento de definir *a priori* perspectivas y programas; si así fuera, ya estaríamos curando el cáncer. Veamos lo que ha estado sucediendo.

En los últimos diez o quince años el grueso del trabajo interesante de historia social se ha agrupado alrededor de los siguientes tópicos:

1. Demografía y parentesco.
2. Estudios urbanos (en tanto caen dentro de nuestro campo).
3. Clases y grupos sociales.
4. Historia de las "mentalidades" o de la conciencia colectiva o de la "cultura", en el sentido antropológico.
5. Transformación de las sociedades (por ejemplo, modernización o industrialización).
6. Movimientos sociales y fenómenos de protesta social.

Hay que destacar los primeros dos grupos, ya que se han institucionalizado como campos de estudio independientemente de la importancia de sus temas y hoy día poseen su propia organización, metodología y sistemas de publicaciones. La demografía histórica es un fecundo campo en expansión que se apoya no tanto en un conjunto de problemas, cuanto en la innovación técnica de la investigación (cons-

trucción familiar), lo que la faculta para obtener resultados interesantes de un material considerado hasta ahora como difícil y ya agotado (los registros parroquiales). Estas nuevas fuentes han provocado nuevas preguntas. Los historiadores sociales se interesan en la demografía histórica por la luz que arroja sobre ciertos aspectos y comportamientos de la estructura familiar, sobre las curvas vitales de las personas en diferentes periodos y sobre los cambios inter-generacionales. Estos aspectos son bien importantes, aunque se ven limitados por la naturaleza de las fuentes en mucho mayor grado del que admiten sus entusiastas, aunque de por sí incapaces para ofrecer un marco de análisis sobre "el mundo que hemos perdido". No obstante no discuto la importancia capital de este campo, que ha auspiciado el uso de técnicas estrictamente cuantitativas. Un buen efecto lateral radicó en el interés creciente que despertó por los problemas históricos de la estructura del parentesco, aunque los antropólogos sociales con anterioridad ya se habían inclinado sobre estos temas. Pero dejemos estos tópicos ya suficientemente comentados.

La historia urbana posee también cierta unidad determinada técnicamente. La ciudad específica es por lo general una unidad geográficamente determinada y coherente con su documentación propia. Refleja también lo agudo de los problemas urbanos, que se han convertido en los problemas mayores, o por lo menos más dramáticos, de la planeación social y de la administración en la moderna sociedad de industria. Estas dos influencias tienden a hacer de la historia urbana un gran recipiente con contenido heterogéneo, mal definido e indiscriminado, o sea que abarca todo lo que tenga que ver con la ciudad. Empero es evidente que plantea problemas especialmente relacionados con la historia social, por lo menos en tanto la ciudad no puede ser el marco analítico de la macrohistoria económica (ya que en términos económicos debe ser parte de un sistema mayor), y en cuanto a lo político sólo rara vez la encuentra como una ciudad-estado independiente. Esencialmente se trata de un conglomerado humano que vive en cierta manera, siendo determinada la forma en que lo hace por el proceso característico de urbanización en la sociedad moderna. Los problemas técnicos, sociales y políticos de la ciudad surgen principalmente de la interacción de las masas de seres humanos que viven en proximidad unos de otros. Las ideas acerca de la ciudad son aquellas en las que los hombres han tratado de expresar sus aspiraciones acerca de las comunidades humanas, y en los últimos siglos ha sido la ciudad la que ha sufrido y planteado los problemas de acelerado cambio social, más que cualquier otra institución. Evidentemente

están conscientes de esto los historiadores sociales que se han dedicado a estudiar la problemática urbana.[11] Se podría decir que han estado buscando el concepto de historia urbana como paradigma del cambio social, pero yo lo dudo por el momento, de igual manera que dudo que se hayan producido estudios globales importantes sobre las grandes ciudades de la era industrial. Sin embargo la historia urbana se mantendrá como punto focal de los historiadores de la sociedad en tanto que descubre esos aspectos específicos del cambio social y de la estructura, que tanto importan a los sociólogos y psicólogos sociales.

Los otros focos de atención todavía no han alcanzado la institucionalización, aunque uno o dos de ellos se están acercando. Evidentemente la historia de las clases y grupos sociales se ha desarrollado a partir de la suposición de que no es posible comprender la sociedad sin entender los principales componentes de todas aquellas sociedades que ya no están basadas fundamentalmente en las listas de parentesco. Pocos campos de estudio han visto un progreso tan espectacular. Entre los trabajos más significativos de la historia social no debemos omitir el de Lawrence Stone sobre la aristocracia isabelina, el de E. Ley Roy Ladurie sobre los campesinos de Languedoc, el de Adeline Daumand sobre la burguesía parisina, aunque éstos son algunos entre los muchos estudios hechos.

La ambición de estos estudios ha sido uno de sus rasgos característicos. Hoy día las clases o las relaciones específicas de producción –como la esclavitud– se están sistemáticamente considerando a escala de la sociedad o en comparaciones intersociales o como tipos generales de relación social. También se las está considerando en su profundidad, esto es, en toda la gama de aspectos de su existencia social, relaciones y comportamiento. Esta forma novedosa, aunque apenas iniciada, con excepción de algunos campos de intensa actividad, como los estudios comparativos sobre la esclavitud, ya está arrojando resultados sorprendentes. Empero no hay que pasar por alto ciertas dificultades, como las siguientes:

1. La cantidad y variedad del material para estos estudios es tal que resultan obsoletas las técnicas artesanales preindustriales de los viejos

11 "En términos más amplios de la historia urbana, se presenta la posibilidad de situar el proceso social de urbanización en el centro del estudio del cambio social. Habría que esforzarse por conceptualizar la urbanización en tal forma que represente al cambio social." (Eric Lampard, en Oscar Handlin y John Burchard, *The Historians and the City*, M. I. T. Press, Cambridge, 1963, p. 233.)

historiadores. Requiere trabajo de equipo y la utilización de equipo técnico moderno. Pienso que el trabajo masivo de investigadores individuales será una primera etapa de este tipo de trabajo, pero con el tiempo cederá el paso a dos nuevas formas: primero, a proyectos sistemáticos de cooperación –como el que se plantea sobre la clase trabajadora de Estocolmo del siglo XIX–[12] y a intentos periódicos de síntesis. Esto salta a la vista en el área donde me muevo, que es la de la historia de la clase trabajadora. Tanto la obra de P. Thopson, como la de Jürgen Kuizynski *(Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus)*, aunque son esfuerzos notables presentan sólo un aspecto de la clase trabajadora.

2. El campo de estudio presenta grandes dificultades técnicas, aun en el caso de que exista claridad conceptual, principalmente respecto a la medida del cambio a través del tiempo, por ejemplo el flujo hacia o fuera de un grupo social, o los cambios en la propiedad agraria campesina. A veces tenemos la suerte de inferir estos cambios a partir de otras fuentes y métodos (por ejemplo, del registro genealógico de la aristocracia y de la burguesía terrateniente; de los métodos de la demografía histórica o de la información sobre la que se han basado los valiosos estudios sobre la burocracia china). Pero ¿qué hacer, por ejemplo, frente a las castas hindúes de las que sabemos que han albergado movimientos semejantes, posiblemente inter-generacionales, pero sobre las que aún no podemos hacer ningún juicio cuantitativo?

3. Mucho más graves son los problemas conceptuales, que a veces han rehuido los historiadores, quienes insinúan que hemos sido demasiado lentos para enfrentar los problemas más generales de la estructura y de las relaciones sociales y sus transformaciones. Esto a su vez provoca dificultades técnicas, como la fluctuante especificación de la membrecía de una clase a través del tiempo, que obstaculizan el estudio cuantitativo. Además implica problemas más generales, como la multidimensionalidad de los grupos sociales. Por ejemplo existe la conocida dualidad marxista sobre el término *clase*. Por un lado se trata de un fenómeno que abarca toda la historia postribal (o sea que casi es una construcción analítica para explicar cosas hasta entonces inexplicables); y, por otro, es un producto de la sociedad burguesa moderna (o sea un grupo de personas a las que se ven agrupadas por su propia conciencia de grupo o por la de otro, o por ambas a la vez). A su vez, estos problemas acerca

12 Este trabajo se está haciendo bajo la dirección del profesor Sven Ulric Palme, en la Universidad de Estocolmo.

de la conciencia nos llevan a los del lenguaje de clase, esto es, a las ternilologías siempre cambiantes, a veces yuxtapuestas e irreales de las clasificaciones[13] de hoy día, sobre las que sabemos poquísimo en términos cuantitativos. Con referencia a esto, habría que aprender de los métodos y objetivos de los antropólogos sociales, al aproximarse al estudio cuantitativo sistemático del vocabulario sociopolítico[14] tal como lo hacen L. Girard y un equipo de la Sorbona.

Por otra parte, dentro de la clase hay grados. O para usar las palabras de Theodore Shanin,[15] cuando se refiere al campesino de Marx en el 18 Brumario, se trata de "una clase de bajo 'clasismo', mientras que el proletariado de Marx es una clase de máximo 'clasismo' ". Los problemas de homogeneidad o heterogeneidad de clase se siguen presentando, o sea, las dificultades de su definición, en relación a otros grupos y a sus divisiones y estratificaciones internas. En términos generales, la dificultad estriba en la relación sobre unas clasificaciones que son siempre necesariamente estáticas y una realidad siempre cambiante y multifacética.

4. El considerar la historia social en forma global nos lleva al serio problema que surge del hecho de que el concepto de clase no define a un grupo aislado, sino a un sistema de relaciones tanto verticales como horizontales. De ahí que además de tratarse de una relación de diferencias (o semejanzas) y de distancia, implica también una relación cualitativamente diferente de función social, de explotación, de dominio y sujeción.

Los trabajos sobre las clases deberán incluir al resto de la sociedad de la que forman parte: los dueños de esclavos no podrán ser entendidos sin éstos y sin los sectores no esclavistas de la sociedad. Podríamos decir que para la clase media decimonónica de Europa era esencial la capacidad de ejercer poder sobre la gente (ya fuera a través de la propiedad, de la servidumbre, de la estructura patriarcal, de la familia) y de no ser objetos directos de poder de otros grupos. De ahí que los estudios sobre clases impliquen análisis de la sociedad, como *el de Le Roy*

13 Acerca de las posibles divergencias entre realidad y clasificación ver las discusiones sobre el complejo de las jerarquías sociorracionales de la América Latina colonial. (Magnus Morner, "The History of Race Relations in Latin America", en L. Foner y E. D. Genovese, *Stavery in the New World,* Prentice-Hall, Englewood Cliff, N. J., 1969, p. 221.)

14 Ver A. Prost, "Vocabulaire et typologie des familles politiques", *Cahiers de Lexicologie, n. XIV, 1969.*

15 T. Shanin, "The Peasentry as a Political Factor", Sociological Review, 14:17, 1966.

Ladurie, que se extiende más allá de los límites que pone en el título de su trabajo.

Podría decirse que en últimas fechas el enfoque más directo sobre la historia de la sociedad ha provenido del estudio de las clases en este sentido más amplio.[16] Este tipo de estudios tiene gran porvenir, independientemente de que creamos que esto refleja una percepción correcta de la naturaleza de las sociedades tribales o de que pensemos que se trata simplemente de un reflejo de la historia marxizante.

El reciente interés que ha despertado la historia de las "mentalidades" descubre un punto de vista más directo al de los problemas vitales metodológicos de la historia social. En mucho, este tipo de historia ha manejado lo que es individualmente desarticulado, oscuro y sin documentación, y en muchos casos se ha confundido con un interés por sus movimientos sociales y por fenómenos más generales de comportamiento social. Afortunadamente hoy día esto incluye un interés por los que se ven excluidos de esos movimientos, como por ejemplo el trabajador conservador, el militante o el socialista pasivo.

Esto auspició la creación de un punto de vista dinámico con el cual los historiadores vieron la cultura muy superior a los estudios de la "cultura de la pobreza" emprendidos por los antropólogos, aunque sus métodos y experiencias no dejaron de hacer sentir su influencia. Estos estudios no se han caracterizado por ser una acumulación de ideas y creencias –sin olvidar las valiosas aportaciones de Alphonse Dupront–[17] sino más bien por sus ideas puestas en práctica y, más concretamente, en condiciones de tensión social y crisis como en la obra de Georges Lefebvre *(Grandepeur)*, fuente de inspiración de tantos otros trabajos. Por la naturaleza de las fuentes, el historiador no se ha podido dedicar sólo al estudio y a la exposición de los hechos, sino que desde el principio vio la necesidad de construir modelos o, en otras palabras, compaginar[18] sus datos parciales y dispersos en sistemas coherentes,

16 Desde hace tiempo que las clases han sido una preocupación principal de los historiadores. Ver, por ejemplo, A. J. C. Rueter en el *IX Congrès International des Sciences Historiques,* París, 1950, vol. I, pp. 298-299.

17 A. Dupront, "Problémes et méthodes d'une histoire de la psychologie colective", en *Annales: economies, sociétés, civilizations,* n. 16, enero-febrero de 1961, pp. 3-11.

18 Con la expresión "compaginar" me refiero al establecimiento de relaciones sistemáticas entre partes diferentes, y que a veces supuestamente no tienen nada que ver entre sí, del mismo síndrome. Por ejemplo la creencia que tenía la clásica burguesía liberal decimonónica en la libertad individual y al mismo tiempo en la estructura patriarcal de la familia.

sin los cuales serían poco más que anecdóticos. Estos modelos deberán concebirse de tal forma que sus componentes nos señalen la naturaleza y los límites de la acción colectiva en determinadas situaciones sociales. Fue así como Edward Thompson desarrolló el concepto de "economía moral" para la Inglaterra pre-industrial y también como yo hice el análisis sobre los bandidos sociales.

Estos sistemas de creencias de acciones implican una visión global de la sociedad –ya sea que quieran su permanencia o su transformación– y corresponden además a ciertos aspectos de la realidad que viven, y es debido a estas características que nos acercamos más al meollo del asunto, puesto que los mejores de estos análisis han versado sobre las sociedades tradicionales, aunque su campo se halla limitado al estudiar sociedades en proceso de transformación social. Los modelos provenientes de la historia de la cultura tendrán probablemente un contacto menor con la realidad social cuando se esté ante un periodo caracterizado por cambios constantes y fundamentales y por una complejidad que pone a la sociedad fuera de la comprensión conceptual del individuo. Incluso tal vez ya ni sirvan para dar con los patrones de aspiraciones de la sociedad moderna ("lo que debería ser la sociedad"). El cambio fundamental que acarreó la Revolución Industrial en el ámbito del pensamiento social fue la sustitución de un sistema de creencias apoyado en el *progreso* continuo hacia ciertos fines –que sólo pueden ser considerados como un *proceso*–, por otro basado en el supuesto del orden permanente, que puede ser descrito sólo en términos de algún modelo social concreto, por lo general derivado de un pasado real o imaginario. La historia de las "mentalidades" ha servido para introducir en la historia algo análogo a la antropología social y promete dar muchos más frutos, a pesar de que las culturas del pasado comparaban su sociedad con aquellos modelos específicos y las actuales con lo que se puede llegar a ser.

Enfaticemos la importancia que entrañan los estudios sobre conflictos sociales, desde motines hasta revoluciones. Su importancia es evidente: ciertos fenómenos no pueden ser estudiados sino a la luz de estos momentos de convulsión, ya que en ellos se manifiestan muchos aspectos que por lo general están en estado latente y, para beneficio nuestro, concentran y realzan los problemas, además de que la documentación se multiplica. Baste como ejemplo pensar en lo poco que sabríamos de las ideas que sólo surgen entre las montañas de panfletos, cartas, artículos, discursos, partes policiacos, denuncias y diligencias judiciales que tanto abundan en los periodos revolucionarios. Lo fructífero que puede ser estudiar esto se desprende de la historiografía de

la Revolución Francesa, el periodo breve más intensamente trabajado y que sigue siendo un laboratorio casi perfecto para el historiador.[19]

El peligro de este tipo de estudio radica en que nos puede mover a aislar el fenómeno crítico del contexto más amplio de la sociedad en transformación. Esto puede suceder principalmente cuando se realizan estudios comparativos animados por un prurito de solucionar problemas (provocar o sofocar revoluciones, por ejemplo), cosa que no es muy fructífera dentro de la sociología o la historia social. Digamos que puede ser irrelevante lo que tienen los motines como rasgo común (por ejemplo, violencia), ya que lo "común" puede ser sólo una apariencia que depende del empleo o no de un criterio anacrónico legal, político, etcétera, sobre los fenómenos, error que han comenzado a evitar los historiadores concentrados en el fenómeno de la criminalidad. Tal vez ocurra algo semejante con respecto a las revoluciones, y lo digo no con el afán de desalentar este tipo de estudios, ya que yo mismo los he realizado durante un tiempo considerable, sino porque requieren una precisa definición de lo que perseguimos. Si nuestro interés se inclina por las grandes transformaciones de la sociedad, podremos encontrarnos con la paradójica situación de que el valor de nuestro estudio sobre la revolución masiva estará en relación inversa con el análisis del breve lapso del conflicto. O sea, hay ciertas cosas acerca de la Revolución Rusa o de la historia de la humanidad que sólo pueden desprenderse del estudio intensivo del periodo marzo-noviembre de 1917, pero hay aspectos que no surgirán de un estudio así de concentrado, por más que ese periodo de crisis sea de gran dramatismo y significación.

Por otra parte, las revoluciones y fenómenos semejantes (incluyendo movimientos sociales) por lo general caben en un ámbito más amplio que requiere de una sólida concepción de la dinámica y estructura sociales, y esto es lo que se ha dado en llamar las transformaciones sociales de corta duración, que se extienden por unas cuantas décadas o generaciones. Entiéndase que no nos referimos a trozos cronológicos arrancados de un *continuun* de crecimiento o desarrollo, sino a periodos históricos relativamente breves durante los cuales la sociedad se ve reorientada y transformada, tal como lo indica por ejemplo la revolución industrial. (Claro está que estos periodos pueden incluir grandes revoluciones políticas, pero éstas no pueden delimitarlos cronológicamente.) El amplio uso que se les dé a conceptos como "moderniza-

19 Ojalá pronto la Revolución Rusa pueda ofrecer oportunidades semejantes al siglo XX.

ción" o "industrialización", términos poco finos en sentido histórico, evidencian cierta aprensión por estos fenómenos.

Una empresa tal implica enormes dificultades, y esto explica la carencia de trabajos que conciban las revoluciones industriales decimonónicas como procesos sociales. Hay sin embargo dos o tres excepciones como el trabajo de Rudolf Braun sobre la provincia de Zurich y el de John Foster que versa sobre los albores del siglo XIX.[20] Tal vez estos fenómenos puedan también enfocarse desde la politología, como bien se han percatado los que investigan la historia y prehistoria de la liberación colonial, aunque su énfasis político sea excesivo. Otras experiencias similares se han dado en estudios africanos y ya se inician los hindúes.[21] De ahí que la politología y la sociología política aplicadas a la modernización de las sociedades coloniales aparezcan como buenos instrumentos.

La realidad colonial –me refiero a las colonias *formales,* adquiridas a través de la conquista y directamente administradas– ofrece una serie de ventajas analíticas, como la que consiste en que toda una sociedad o grupo de sociedades se definan claramente por contraste con una fuerza extranjera; además las mutaciones internas y las reacciones a los impactos de esa fuerza pueden observarse y analizarse en su conjunto. Algunas fuerzas que en otras sociedades operan a nivel interno, pueden considerarse como externas en estos casos, lo cual representa una ayuda en términos analíticos. (Claro está que no hay que pasar por alto las deformaciones provocadas por la colonización –como son la mutilación de la economía y de la jerarquía social– pero el interés por la situación colonial no depende del supuesto de que la sociedad colonial es una calca de la no-colonial.)

Otra ventaja sería que el complejo colonial nos permite aproximarnos más a un modelo general del nacionalismo, fenómeno que tanto interés despierta hoy día. Y es la comprensión de este fenómeno la que nos va a permitir entender la estructura social y la dinámica de la era industrial. Con respecto a esto, son interesantes los puntos de vista

20 R. Braun, *Industrialisierung und Volksleben,* Erlenbach-Zurich, Rentsch, 1960; *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet. . . im 19. und 20. Jahrhundert,* Erlenbach-Zurich, Rentsch, 1965. La tesis de J. O. Foster está por ser publicada.

21 Eric Stokes está haciendo esto y aplicando los resultados del trabajo a la historia africana. (E. Stokes, *Tradional Resistance Movements and Afro-Asian Nationalism: the Context of the 1857 Mutiny-Rebellion in India,* en prensa).

que ofrecen Stein Rokkan, Eric Allardt y otros en su proyecto "Centre Formation, Nation-Building and Cultura Diversity".[22]

La *nación* –invención de los últimos doscientos años que ha llegado hoy día a tener una grandísima importancia– hace que surjan interrogantes vitales acerca de la historia de la sociedad: el cambio en la escala de las sociedades, el paso de sistemas sociales pluralistas a sistemas unitarios, donde las ligas indirectas pasan a ser directas (o que varias sociedades se fusionen en un sistema social mayor), los factores determinantes de los límites del sistema social como los político-territoriales, etcétera. ¿En qué medida las necesidades del desarrollo económico condicionan esas fronteras, ya que precisan de un estado territorial de extensión variable según las circunstancias?[23]

¿En qué medida esas necesidades ocasionan el debilitamiento y destrucción de estructuras sociales previas, además de provocar cierta simplificación, estandarización y centralización, o sea ligas directas y exclusivas entre el "centro" y la "periferia", o mejor dicho, entre "arriba" y "abajo"? ¿En qué medida la "nación" es un intento de llenar el vacío provocado por la desarticulación de estructuras sociales y comunitarias anteriores, intento que se traduce en la invención de algo que funcione como una concepción consciente de la comunidad o de la sociedad? (El concepto de estado-nación combina estos dos desarrollos objetivos y subjetivos.)

El ámbito europeo puede también dar pie para responder todas estas preguntas, pero los historiadores de la Europa de los siglos XIX y XX –incluyendo los marxistas– no han sabido abarcarlas, de ahí que los estudios afro-asiáticos sean nuestro mejor punto de partida.

V

Creo que estamos todavía lejos de la historia social que debemos hacer. Marc Bloch, en su obra *La Société Féodale,* ha sondeado genialmente la

22 *Centre Formation, Nation-Building and Cultural Diversity: report on a Symposium Organized by UNESCO,* duplicado, s.f. El simposio tuvo lugar entre el 28 de agosto y el 1 de septiembre de 1968.

23 A pesar de que el capitalismo ha evolucionado como un sistema global de interacciones económicas, de hecho las verdaderas unidades de su desarrollo han sido ciertas unidades territorio-políticas (las economías británica, francesa, alemana, norteamericana) causadas tal vez por contingencia histórica, pero también por el papel que tenía que tomar el Estado para el desarrollo económico, aun en las épocas del más puro liberalismo económico.

naturaleza de la estructura social considerando un cierto tipo de sociedad junto con sus variantes de hecho y sus variantes posibles, a través del método comparativo. Marx esbozó un modelo de la tipología de las transformaciones sociales a largo plazo y de la evolución de las sociedades, modelo lleno de vigor y tan visionario como lo fueron los *Prolegomena* de Ibn Khaldum, cuyo modelo basado en la interpretación de diferentes tipos de sociedad ha beneficiado tanto la prehistoria y las historias antigua y oriental (me refiero a Gordon Childe y a Owen Lattimore). Ultimamente se han desarrollado trabajos sobre ciertos tipos de sociedades –principalmente de las americanas basadas en la esclavitud– y sobre los grandes contingentes de campesinos. Por otra parte, me parecen todavía muy esquemáticos o de plano errados, los intentos por hacer una síntesis popular de la historia social. La historia social se sigue construyendo. En este ensayo traté de presentar algunos de sus problemas, prácticas y posibles campos de investigación. No puedo menos que terminar subrayando el auge que existe en este campo de estudio y que hace que hoy día se sienta uno bien de llamarse historiador social.

2. NOTAS PARA EL ESTUDIO DE LAS CLASES SUBALTERNAS*

Entre las muchas sugerencias estimulantes contenidas en la obra de Antonio Gramsci está la de dedicar más atención que en el pasado al estudio del mundo de las "clases subalternas". En años recientes varios estudiosos que realizan investigaciones en un campo intermedio entre la historia y la sociología, se han interesado cada vez más por este tema. *Tanto por la cantidad de las investigaciones emprendidas como por la* convergencia general de las ideas, hoy puede hablarse al respecto de una corriente en la investigación historiográfica. En este artículo me propongo dedicar mi atención a tal corriente y hacer algunas breves consideraciones sobre sus implicaciones.

En general, el conjunto de las investigaciones a que me refiero ha encarado principalmente dos problemas, que en realidad son sólo dos aspectos de uno mismo: el de los movimientos revolucionarios y obreros típicos de Europa y el de los movimientos de liberación nacional y social en las zonas o en los países subdesarrollados.

Un grupo de tales estudios arranca del análisis de la Revolución Francesa: ellos se inspiran en la obra de Mathiez, y en particular en un

* Este ensayo fue escrito especialmente para la revista marxista italiana *Società* y se publicó en el número 3, mayo-junio de 1960, traducido por Mario Spinella, quien consideró oportuno agregar algunas notas bibliográficas que aquí figuran con la sigla (T.). Por lo general incorporamos los títulos en español de las obras citadas por Hobsbawm y de las que se dispone de traducciones en nuetro idioma (E.) Traducción de J. Aricó.

estudio que es una verdadera obra precursora sobre *El alto costo de la vida y las luchas sociales bajo el terror*;[1] en el análisis de Ernest Labrousse sobre el trasfondo económico de las revoluciones de 1789 y de los años sucesivos en Francia,[2] pero sobre todo en los trabajos de Georges Lefebvre[3] que por primera vez reconoció y formuló este específico problema de investigaciones: "determinar con precisión cuáles pueden ser las necesidades, los intereses, los sentimientos y sobre todo el contenido mental de las clases populares. Y sin embargo en esto reside verdaderamente el problema esencial de la historia social".[4]

Las obras fundamentales de Lefebvre sobre los campesinos del norte durrante la Revolución, sobre el "gran terror" de 1789 y sobre otros temas, constituyen el punto de partida de muchos trabajos sucesivos, en particular del amplio estudio de Albert Soboul sobre los *sansculottes* parisienses en el año II,[5] de los numerosos estudios locales de Richard Cobb[6] y del excelente ensayo de Georges Rudé, *The Crowd in the French Revolution.*[7] Rudé ha extendido el mismo tipo de análisis, en una serie de estudios particulares, a las revueltas de Inglaterra del siglo XVIII. Todos estos estudiosos pueden considerarse discípulos de Lefebvre, y es interesante observar que, si bien las obras mayores de Lefebvre fueron publicadas en 1924 y a comienzos de los años treinta, este grupo de jóvenes investigadores no se formó en torno suyo sino después de la

1 Albert Mathiez, *La vie chere et le mouvement social sous le Terreur,* París, 1927. (T.)

2 C.E. Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenues en France au XVIII siècle,* 2 vols., París, 1933; *La crise de l'economie francaise a la fin de l'Ancien Régime et au debut de la Revolution,* París, 1943. (T.) De ambos libros se ha editado en español una amplia selección. Véase *Fluctuaciones económicas e historia social,* Madrid, Tecnos, 1962. (E.)

3 Georges Lefebvre, *Les paysans du Nord pendant la Revolution Française,* París, 1924. (T.)

4 En italiano en el texto. Hobsbawm cita de G. Lefebvre, A. Soboul, G.E. Rudé, R.C. Cobb, *Sanculotti e contadini nella Rivoluzione francese,* Laterza, Bari, 1958, p. 11. Véase en ese volumen el interesante prefacio de Armando Saitta. (T.)

5 Albert Soboul, *Movimento popolare e rivoluzione borghese. I Sanculotti parigini nell'anno II,* Laterza, Bari, 1959. (T.)

6. R. Cobb y G.E. Rudé, *L'ultimo moto populare della Rivoluzione a Parigi; Le giornate di germinale dell'anno III nella zona di aprovvigionamento di Parigi,* en el volumen citado en la nota 4. (T.)

7 Oxford, 1959. Véase también Georges Rudé, *La composizione della insurrezioni parigine dal 1789 al 1791; Prezzi, salari e moti popolari a Parigi durante la Rivoluzione;* G. Rudé y A. Soboul, *Il "maximum" dei salari parigini e il 9 termidoro,* en el volumen citado en la nota 4. (T.)

segunda guerra mundial, mientras que sus obras fueron recopiladas y reeditadas a partir de 1950. Lo que Lefebvre llama la *perspectiva d'en bas* ha influido también claramente en otros estudios de los movimientos del siglo XIX, cuyo punto de partida es, naturalmente, la Revolución Francesa. Un buen ejemplo de tal género de investigaciones está representado por la reciente recopilación de estudios dirigida por L. Chevalier sobre la epidemia de cólera en 1832. Esta selección comprende ensayos sobre Rusia e Inglaterra, además de Francia, y concentra deliberadamente la atención sobre los efectos del cólera en la mentalidad popular, sobre las reacciones sociales ante la epidemia, los "movimientos por el cólera", y otros argumentos análogos.

El otro grupo fundamental de estudios se constituye claramente a partir de las investigaciones sobre los problemas de las zonas coloniales y semicoloniales; investigaciones realizadas principalmente por antropólogos culturales, pero también por historiadores interesados en el estudio de tales zonas. En este campo los antropólogos han sido más activos, no obstante algunas de sus obras más importantes tienen un ortodoxo carácter histórico, aunque es necesario observar que se trata de obras de historiadores cuya formación y cuyas concepciones marxistas *los impulsan a superar los límites de la historia tradicional* basada en concepciones eurocéntricas. Citemos a título de ejemplo, Shepperson y Price, que en el volumen *Independent African*[8] realizaron un estudio exhaustivo de la sublevación de Niasalandia de 1915, que puede ser considerado el primer trabajo hecho en gran escala acerca de la prehistoria del nacionalismo africano, y el breve artículo de Jean Chesneaux sobre *Les heresies coloniales,*[9] que es producto del interés que este autor siente por la historia moderna de China y Vietnam. Existe además una vasta literatura de carácter antropológico sobre las tensiones políticas dentro de los sistemas tribales, la "destribalización" (por ejemplo para la creación de un proletariado minero en Rodhesia del Norte), la sociología de las nuevas ciudades del Africa Negra, y más en particular sobre los numerosos movimientos sectarios y milenaristas independien-*tes* que constituyen una vivaz característica de la historia contemporánea de los países coloniales. *The Trumpet Shall Sound*[10] de Peter Worsley representa el estudio más sistemático de toda una zona –las islas del Pacífico– desde el punto de vista de esos movimientos milenaristas modernos.

8 Edimburgo, 1945.
9 En *Recherches Internationales,* París, n. 6, 1959.
10 Londres, 1957.

Si la Revolución Francesa y la moderna antropología cultural han dado la mayor contribución a la corriente científica que mencionamos, la presencia de otras investigaciones independientes, aunque menores, demuestra que no nos ocupamos aquí de un fenómeno que pueda ser explicado únicamente en términos de una discusión docta en campos de indagación particularmente especializados. Hubo, en efecto, un significativo renacimiento, reconocido en forma clara en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de 1955, de estudios concernientes a las sectas y a las herejías en la historia de Europa. Tal renacimiento se presenta como algo más que la mera continuación de las tradicionales investigaciones de los medievalistas y de los estudiosos de comienzos de la época moderna. Aparecen evidentes, por el contrario, las preocupaciones políticas actuales, aun en el caso en que tales obras sean menos evidentemente políticas que el volumen de Norman Cohn, *In Search of the Millennium,*[11] que se ocupa exteriormente del quiliasmo medieval, pero tiene como interés primordial la búsqueda de antepasados presuntos de las ideologías revolucionarias modernas, hacia las cuales el autor no oculta su hostilidad. O más todavía: es verdad que la sociología de las religiones es un tema notablemente antiguo –si bien se ha desarrollado muy vivamente en esta posguerra–, pero no es casual que los *Archivos de sociología de las religiones* recientemente fundados no sólo hayan publicado un fascículo especial sobre *Milenarismo y mesianismo* (con ejemplos tomados de Brasil, La Melanesia, Rusia, la Toscana, el Congo, la Reforma en Alemania, el medioevo, etcétera), sino además un fascículo sobre *Religiones et atheismes de la classe ouvrière,* y hayan impreso también el estudio de Soboul sobre los cultos populares durante la Revolución Francesa. Una tercera línea de investigación de contornos hasta ahora menos precisos –en Inglaterra está todavía principalmente en manos de escritores con intereses más literarios que históricos– ha desarrollado recientemente una temática que está explícita o implícita en otras corrientes: el estudio de las clases trabajadoras modernas y especialmente de la "cultura popular". También en este campo el tema de la investigación no es nuevo: el folclor (término nacido en el siglo XIX) es un campo de estudios sólidamente fundado. Es nuevo en cambio el que los investigadores modernos se concentren no tanto sobre los aspectos tradicionales de la vida popular, como sobre los modernos o en vías de transformación, y, en Inglaterra, más sobre la clase obrera que

11 Londres, 1956. (Hay edición en español, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místiciso de la Edad Media,* Barral Editores, Barcelona.

sobre los campesinos. También en este caso el paralelismo con las recientes tendencias de los antropólogos sociales es obvio.

Por eso nos parece evidente que estudiosos provenientes de diversos campos de especialización –que van de la antropología, a través de la historia y la sociología, hasta la literatura– convergen últimamente en el estudio de un grupo específico de problemas: el de las transformaciones sociales en general y de las revolucionarias en particular; el problema de tales transformaciones entre las clases subalternas o –en los países subdesarrollados o coloniales– entre los pueblos subalternos. Uno y otro aspecto son considerados, además, según la sugerencia de Lefebvre, en la *perspective d'en bas*. No se trata de una convergencia inconsciente: los antropólogos y los sociólogos han hecho propias las sugerencias de los historiadores (y viceversa), los historiadores de una época o de una zona han hecho propias las sugerencias de los de otras zonas o épocas. Y éste no es de ningún modo un fenómeno frecuente.[12]

El resultado de este desarrollo ha sido ya extremadamente importante, sobre todo entre los antropólogos sociales. Desde hace largo tiempo los antropólogos sociales de las universidades han conseguido notables éxitos científicos, y su disciplina es quizás aquella que, dentro de las ciencias sociales, después de la economía y tal vez de la lingüística, adquirió el mayor nivel científico. Esto deriva casi de que el objeto de sus indagaciones –normalmente la pequeña tribu primitiva– los obligó a considerar "las sociedades" como un todo y a indagar sus leyes de funcionamiento y de transformación, mientras los historiadores o los sociólogos sufrían (a excepción de los marxistas) la tentación de ocuparse de un aspecto parcial, arbitrariamente elegido, de su materia, o directamente de negar su existencia objetiva. Sin embargo por razones históricas o ideológicas y prácticas, la antropología social tendía en los decenios pasados a desarrollar las teorías propias de un complejo pero estático equilibrio. Las razones históricas[13] eran que muchas investigaciones antropológicas conducidas sobre el terreno tenían por objeto tribus aparentemente estáticas, o, para ser más exactos, que los principales problemas de administración colonial en torno de los cuales estos

12 Permitáseme citar un ejemplo personal. El contenido de *Rebeldes primitivos* fue primero discutido en un seminario compuesto preferentemente por antropólogos. Con base en aquella discusión fue organizado otro seminario, compuesto esta vez por historiadores dedicados al estudio de oriente, aun cuando el tema de mi libro se refería exclusivamente a Europa.

13 Según el análisis de Peter Worsley en el Congreso Mundial de Sociología de Stressa (Italia).

antropólogos eran consultados concernían al modo de gobernar tales tribus. La razón práctica residía en que es más fácil construir una teoría compleja desde el punto de vista estático que del dinámico. Las razones ideológicas por las cuales se prefería desarrollar teorías según las cuales todas las instituciones de una sociedad tienden a perpetuar su sistema social son bastante evidentes.

Pero las tendencias actuales han revolucionado los puntos de vista de los antropólogos. Mientras antes ellos concentraban su atención sobre los pueblos menos afectados por la influencia de la economía moderna y de la sociedad capitalista, o sobre aquellos –como los pieles rojas– que demostraban resistir con más fuerza tales influencias, ahora se dirigen al estudio de los pueblos más profundamente transformados por el imperialismo. No es casual que las zonas mineras de Rhodesia y de la Unión Sudafricana hayan constituido el objeto de las más interesantes investigaciones antropológicas de esta posguerra. Si con anterioridad (según la escuela funcionalista) la atención estaba puesta en mostrar cómo todas las instituciones de una sociedad servían a la finalidad de volverla estable, hasta el punto que resultaba difícil comprender cómo una sociedad podía desarrollarse –tan poderosos eran los mecamismos aptos para corregir cualquier desviación del *statuo quo*–, hoy se advierten las íntimas contradicciones o conflictos que tienden a romper el equilibrio de las sociedades y que constituyen el mecanismo interno de su evolución. Como consecuencia natural, los antropólogos que en el periodo clásico del funcionalismo eran completamente no-historiadores o decididamente antihistoriadores, redescubren hoy la historia.[14] Es verdad, además, que hay una marcada tendencia a incorporar las fuerzas revolucionarias recientemente descubiertas, al viejo análisis del equilibrio estático; estudiosos como Max Gluckman y V. W. Turner[15] sostienen que una sociedad no puede ser tratada como "un modelo estático, un campeón armonioso"; ellos agregan que "un sistema social es un

14 Debido a la ausencia de documentos contemporáneos al pasado de la sociedad sin escritura, se dedujo la imposibilidad de hacer su historia. Los testimonios históricos que aún sobreviven –las tradiciones, los mitos, las líneas genealógicas, etcétera– no podían ser considerados como testimonios históricos, sino *solamente* como cosas que tienen una función actual en la sociedad existente, pues sin duda habrán sido distorsionados y reconstruidos con tal finalidad. Dentro de ciertos límites esto es cierto, pero el problema está en que los "funcionalistas" rechazaban todo intento de interpretar históricamente este material, en verdad difícil debido a que no estaban interesados en la evolución histórica.

15 *Cfr.* M. Gluckman, *Rituals of Rebellion in South-East Africa*, Londres, 1952; W. Turner, *Schism and Continuity in an African Society*, Londres, 1957.

campo de fuerzas en el cual las tendencias centrífugas y las centrípetas se oponen entre sí, y cuya capacidad de mantenerse deriva de los propios conflictos socialmente convertidos"; que los conflictos constituyen "uno de los modos de integración de los grupos" y que la hostilidad entre los grupos "es una forma de equilibrio social".[16] Pero es ya un paso revolucionario el considerar los conflictos sociales inherentes a las sociedades como un *hecho fundamental*; y hay antropólogos –muy alejados del marxismo– que llegan hasta negar que la tendencia a la conservación sea necesariamente la dominante. "Pocas, o ninguna de las sociedades que una investigación sobre el lugar nos permite estudiar –sostiene Leach, quien ha trabajado sobre todo en el sudeste asiático–, muestran una marcada tendencia a la estabilidad (...) Si el ritual es a veces un mecanismo de integración, se podría con la misma frecuencia sostener que es un mecanismo de desintegración".[17]

Me he ocupado en primer lugar de las repercusiones de las nuevas tendencias entre los antropólogos, porque son ellos quienes agitan el problema del conflicto en su forma más genral, es decir en la forma en que existe –al menos en estado embrionario– en toda sociedad humana caracterizada por la existencia de contradicciones internas; lo que quiere decir –como finalmente comienzan a comprender también los antropólogos no marxistas–: en *todas* las sociedades. Está claro que la mayor parte de los estudios sobre las clases subalternas se referirán a aspectos históricos mucho más específicos, y que aun teniendo en cuenta si es necesario las generalizaciones extremas sugeridas por los antropólogos, lo harán en forma mucho más compleja y notablemente modificada; incluso los estudiosos más especializados en las clases subalternas deben recurrir, en alguna medida, a la generalización, aunque pocos de ellos, con excepción de los marxistas, advierten claramente este proceso.

Una simple ojeada al trabajo hasta aquí realizado demuestra que los estudiosos que se interesan por este campo hacen constantemente generalizaciones y comparaciones de manera completamente insólita, al menos entre los historiadores. Los estudiosos de los movimientos milenaristas comparan y oponen entre sí las sectas milenaristas desde el Pacífico a los Estados Unidos, desde la edad de piedra hasta la época actual, desde la comunidad primitiva al capitalismo. Los estudiosos de las sublevaciones ciudadanas acaban por comparar la Europa del siglo

16 Estas posiciones fueron brillantemente discutidas y criticadas por W.F. Wertheim en el Congreso de Stressa, en su ponencia "Society as a Composite of Conflicting Value Systems".

17 Véase Edmund R. Leach, *Political Systems of Highland Burma,* Londres, 1954.

XVIII con Bizancio o la antigua Alepo; con la India de Mogol o con El Cairo, Damasco y Bagdad de la época contemporánea. Si bien se trata de una generalización en un campo mucho más restringido que las adoptadas por los antropólogos o por los sociólogos, también en ella son evidentes los problemas metodológicos inherentes a tal modo de proceder. No me propongo aquí discutir particularmente esos problemas del método –salvo la observación de que estas comparaciones me parecen legítimas en el interior de algunas vastas y comprensivas categorías sociales– sino que nosotros debemos saber con exactitud cuáles son estas categorías y cuál es el objeto de nuestra comparación, si no queremos enterrarnos en el pantano en el que las generalizaciones se diluyen en una chatura sin sentido o las intuiciones nos dejan con las manos vacías.

Se comprende que los historiadores de las clases subalternas no sólo pueden generalizar por medio de la comparación, sino también valerse de generalizaciones del tipo de las de los antropólogos. No obstante, cuando confrontamos los resultados que parecen surgir de los estudios históricos con los de los estudios antropológicos nos encontramos frente a una extraña paradoja. Hemos destacado ya que los antropólogos y los sociólogos son tales en las sociedades, concepto que por mucho tiempo ha sido ignorado por los marxistas; y es significativo, quizás, que varios de los antropólogos arriba mencionados sean marxista, o por lo menos hayan tenido una formación marxista. Por otra parte, para los historiadores de las clases subalternas y de las revoluciones la existencia del conflicto social ha sido siempre obvia: si no existiera la división de clases y la opresión de clases, no existiría tampoco el problema histórico de las clases subalternas. Pero los historiadores debieron afrontar un problema muy diferente en sus estudios: el de la sustancial ineficiencia de las clases subalternas y de sus movimientos durante la mayor parte del proceso histórico. No solamente las clases subalternas son –como dice su mismo nombre– cabalmente "subalternas", sino que sus movimientos estuvieron casi invariablemente destinados al fracaso; su historia –al menos hasta que el movimiento socialista entró a formar parte de ella– es una historia de derrotas casi inevitables o también, con raras excepciones, incapaz de victoria. Por lo tanto si consideramos esta profunda incapacidad de los viejos movimientos de las clases subalternas para quebrar el marco de la sociedad dirigida por las clases dominantes, estamos obligados a examinar con mayor compromiso que el que los marxistas han hecho hasta ahora aquellos aspectos de la teoría sociológica que se refieren a los elementos de cohesión en las sociedades humanas, en cuanto difieren de los elementos de ruptura.

En efecto, mientras los antropólogos estaban errados al considerar las sociedades como formaciones estáticas y armoniosas, y todavía –en la medida en que continúan haciéndolo– están errados cuando consideran todos los conflictos como un "modo de integración de los grupos", ellos tienen toda la razón cuando observan que las fuerzas cohesivas son muy grandes en la sociedad. (Este descubrimiento no es nuevo, Marx y Engels tenían clara conciencia de este hecho, como atestigua su discusión sobre los orígenes del Estado). En el estudio de los movimientos socialistas modernos, y en particular de los comunistas, descuidar este aspecto de la sociología no es decisivo, aunque dificulta nuestra comprensión del fenómeno del "reformismo", porque tales movimientos socialistas modernos, cuando han avanzado, se fundan en una lucha madura, consciente y planificada por sustituir un sistema social por otro. Su extrema conciencia y determinación (sobre las que tan justamente insistió Lenin) preservan a tales movimientos de bastantes peligros que permitieron que muchos otros movimientos de las clases subalternas fueran reabsorbidos automáticamente en el mundo del *statu quo*, y quizás hasta hayan acabado por sostener el *statu quo*. Pero las clases subalternas estudiadas por los historiadores son demasiado raras o, tal vez en ningún caso, conscientes de manera científica de su situación y de sus aspiraciones. Sus movimientos son por excelencia espontáneos. A consecuenica de ello los mecanismos que les impiden realizar sus aspiraciones son de importancia capital.

Este hecho puede ser ilustrado examinando las aspiraciones revolucionarias de las clases subalternas antes de la época capitalista. En primer lugar es claro que la gran mayoría de los movimientos de las clases subalternas tenían un carácter revolucionario muy hipotético, es decir no tendían al derribamiento inmediato y total de la sociedad existente y a su sustitución por otra completamente nueva. Evidentemente, porque todo grupo de hombres sometidos y explotados sueñan un mundo sin sometimientos y sin explotación, hay un elemento revolucionario en todos los movimientos de las clases subalternas, aunque él asuma solamente la forma de la utopía revolucionaria primitiva, representada por el mundo existente, menos su superestructura de latifundistas, comercintes, hombres de leyes, policías, etcétera; en otros términos, menos explotadores y dominadores. Pero en general aquel sueño es poco más que un fondo remoto frente a los deberes prácticos, que consisten en remover las injusticias en el interior del sistema existente. La aspiración revolucionaria es la de una sociedad sin latifundistas y sin hombres de leyes: el objetivo inmediato es impedir a los latifundistas hacer deman-

das demasiado pesadas, a los jueces negociar la justicia con los ricos de manera demasiado descarada. En la práctica, por lo tanto, muchos viejos movimientos de clases subalternas se comportan tácitamente –no podría ser de otro modo– como si la sociedad de las explotadores y de los dominadores fuera permante, y el sólo objetivo a realizar fuera el de hacerla lo más tolerable posible, aunque en teoría tales movimientos puedan aspirar a su total sustitución. Esta situación está a menudo simboliza en la característica transformación del jefe supremo –el rey o el emperador– en una remota "fuente de justicia" que "eliminaría los males del pueblo con sólo conocerlos", y en los mitos recurrentes que expresan tal idea. Harun al Raschid (¿y cuántos otros soberanos?) va de viaje disfrazado para descubrir las injusticias; el emperador envía sus soldados contra el bandido famoso pero no puede derrotarlo y pacta con él, pues éste defiende la justicia un día el zar promulgará un manifiesto escrito en letras de oro, dando al pueblo sus derechos y así sucesivamente.

Esta aceptación del sistema existente es debida en parte a la incapacidad de las clases subalternas, antes del nacimiento del proletariado, para construir una eficaz alternativa social. En los casos más aislados y primitivos es posible prever una comunidad campesina que se limita a romper el yugo de la explotación, matando a los latifundistas y a los policías, atrincherándose contra la contaminación del mundo externo y cultivando el suelo en formas de igualdad y hermandad, de ahí la persistente tendencia de los movimientos presocialistas a buscar su sociedad ideal en alguna edad de oro del pasado, antes de que el yugo de la explotación haya remachado sobre el cuello de los hombres,[18] es decir identificar la revolución con la restauración del "estado de libertad natural" que se considera existió una vez. Más particularmente, de eso deriva la tendencia entre los movimientos campesinos primitivos a destruir las ciudades o los otros productos y símbolos de la evolución social. Pero para aquellos grupos subalternos que están insertos de manera más profunda en la división social del trabajo –que inevitablemente, hasta la época del socialismo, asume la forma de la sociedad clasista– una solución tan simple está fuera de cuestión, como lo demuestra Menenio Agrippa, que persuadió a la plebe de Roma a retirarse con la notable parábola que demostraba la interdependencia entre plebeyos y

18 Véase la crítica de Christopher Hill a las sofisticadas teorías inglesas que oponen la libertad anglosajona al feudalismo normando en el ensayo "The Norman Yoke" del volumen *Puritanism and Revolution*, Londres, 1958.

patricios. Si no es verdad, vale como símbolo. Sin gobernadores y sin comerciantes no hay ciudad; sin ciudad, nada de plebeyos. Antes del nacimiento de los movimientos socialistas es difícil, si no imposible, evitar esta lógica aparente. Hay un solo camino de salida, que toma cuerpo en los recurrentes periodos de revolución social, cuando la sociedad existente está trastornada por tales cataclismos, parece destinada a ser destruida; cuando por un breve espacio de tiempo todo parece posible, aun el ideal, normalmente inalcanzable de una sociedad enteramente nueva y buena. En todas las formas de milenarismo el fin del viejo mundo y el advenimiento de un mundo nuevo son anunciados por presagios, señales y milagros, de los que el más evidente es un periodo de catástrofes. En todas estas formas la exacta naturaleza de la nueva sociedad es, al mismo tiempo característico pero también lógico, dejada en la vaguedad. Todo lo que se sabe es que la fuerza del cambio será irresistible, y según las palabras del profeta bíblico: "Ellos no construirán para que otro habite; ellos no plantarán para que otro coma (...). Ellos no trabajarán en vano, continuando a sufrir (...). El lobo y el cordero comerán juntos y el león comerá la paja como el novillo; y la serpiente se alimentará de polvo. Ellos no serán ofendidos ni destruidos en mis sagradas montañas, dice el Señor".[19]

Los movimientos de las clases subalternas precapitalistas que proporcionan los ejemplos más claros de estos impulsos ocasionales, genuinamente —o más bien exclusivamente— revolucionarios, son los milenaristas, los que han atraído recientemente una grande atención, si bien hoy está claro que ellos no se limitan al área de la tradición judeo-cristiana, que ha proporcionado las clásicas formas ideológicas de tales movimientos. Las sensibles semejanzas entre estos movimientos, cuya área de extensión es vastísima, no son debidos sin embargo solamente a los textos fundamentales (como los libros proféticos de la *Biblia* y el *Apocalipsis*), que han sido la fuente de inspiración de tantos hombres. Se deben más bien al carácter general de la propaganda de los revolucionarios antes del surgimiento del movimiento socialista moderno. Estos movimientos milenaristas no deben ser considerados, sin embargo, del mismo modo que las mucho más vagas aspiraciones a una "edad del oro" a la que nos hemos referido brevemente arriba. El aspecto fundamental del milenio que debe surgir con el derrumbe del viejo mundo es su posibilidad de ser *nuevo*, y no simplemente un retorno al pasado o una mera destrucción de las superestructuras de la corrupción presente.

19 Isaías 65, 22-25.

Los habitantes de las islas del Pacífico esperaban, todavía en los años cuarenta, la llegada de la nave milagrosa que habría de traer todas las maravillas técnicas y de todo género del hombre blanco, pero al servicio de los isleños. La visión del *Apocalipsis* preveía la destrucción de Babilonia y la derrota de los reyes de la tierra, de los comerciantes ("porque ningún hombre deberá comprar más sus mercancías") y de todo "propietario de naves" y "de todas las compañías de naves y de marinos, y de todo tráfico por mar". Pero el resultado de esta destrucción es la nueva Jerusalén, una ciudad que está explícitamente descripta en términos urbanos.

Sin embargo la ideología de los movimientos milenaristas o mesiánicos es menos interesante que su organización, pues lo que los distingue de la mayor parte de los demás movimientos de las clases subalternas precapitalistas, y quizás de todos, es su continuidad y capacidad de crear cuerpos durables, cuadros capaces de transformarse a sí mismos y de reclutamiento, cuadros de hombres con una extraordinaria devoción a su causa. (¿No ha sido la "sangre de los mártires" justamente considerada como fundamento de la Iglesia?) Estas dotes de resistencia de los movimientos milenaristas son demostradas por su capacidad de sobrevivencia a largos periodos de persecución. También son demostrados por la típica dialéctica –sobre la cual insiste mucho Peter Wosley–[20] entre las fases de "activismo" y "pasividad". Originalmente se trata de movimientos para la activa, material, transformación del mundo, aunque no necesariamente de una transformación violenta, como ha sido recientemente demostrado además por los primeros quáqueros.[21] Se destaca poco el que este deseo puede también asumir las formas de una emigración colectiva y de la fundación de una nueva Sion, como entre los mormones o entre algunos movimientos del Brasil.[22] Cuando la esperanza de una revolución general ha sido vencida –como siempre sucede– el movimiento se transforma en una organización quiétista, relativamente pasiva, en el interior del sistema existente. Pero en las zonas marginales del viejo activismo sobrevive, como puede verse claramente en el caso de los Testigos de Jehová, fuera de Norteamérica.

20 En *The Trumpet Shall Sound.*

21 Véase A.H. Cole, "The Quakers and the English Revolution", en *Past and Present,* n. 10, 1956.

22 Véase T.F. O'Dea, *The Mormons,* Chicago, 1957; M.I. Pereira de Queiroz en *Archives de sociologie des religiones,* n. 5, enero-junio de 1958. (En español, véase de esta autora, *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos,* Siglo XXI, México. (E.)

De todos modos la invariable tendencia de los movimientos milenaristas a abandonar el activismo (es decir, un movimiento organizado con vistas a una crisis revolucionaria) por la pasividad (es decir, un movimiento organizado para sobrevivir permanentemente en las épocas no-revolucionarias) es signo también de la fragilidad de ésta, que sin embargo es la más poderosa de las formas de revolucionarismo desarrolladas por las clases subalternas antes del socialismo moderno. Los movimientos milenaristas continúan siendo incapaces de constituir una amenaza permanente para el sistema social existente. Cuanto más están en condiciones de desarrollar ocasionales recrudecimientos de activismo durante un cirto lapso si la situación social en la que están insertos adopta las características de una crisis revolucionaria endémica, como ocurre a veces, y de crear un notable subfondo de tradiciones ideológicas que pueden ser asumidas, en cada momento por similares movimientos posteriores, como las enseñanzas de Joaquín de Fiore emergen periódicamente, con diferentes aspectos, en los siglos sucesivos. Pero como demuestra la historia del cristianismo, una vez entrados en el estadio de la pasividad, o son normalmente reabsorbidos en la tradición no-revolucionaria o alcanzan a sobrevivir sólo aislándose en forma creciente, como sectas autosuficientes, del cuerpo fundamental de las masas. Desde un punto de vista subjetivo pueden permanecer igualmente empeñados en la búsqueda de un "nuevo mundo" como lo estaban antes, pero las perspectivas de éste se hacen cada vez más remotas. Objetivamente pueden, como los modernos descendientes de los anabaptistas del siglo XVI, perder todo contacto con los movimientos orientados a una transformación social radical. Como movimientos de masa, ellos dependen de la existencia de crisis revolucionarias; sólo como sectas pueden sobrevivir largo tiempo a la desaparición de tales periodos de crisis.

Sin embargo para todos estos movimientos la atracción del *statuo quo* es irresistible; éste es muy fuerte, salvo en las raras ocasiones en que la existencia misma de la sociedad parece estar cuestionada; y es necesario vivir en él, aunque se proteste contra él, aun cuando de tanto en tanto se esté a punto de derribarlo. Los movimientos prerrevolucionarios carecen precisamente de todo lo que sólo la edad del capitalismo puede dar a las clases subalternas: el análisis histórico de la sociedad en que viven y de su futura evolución, una eficaz alternativa a la sociedad existente que no está ligada a una regresión económiva y cultural, una estrategia para el derribamiento de la sociedad presente y un consciente y poderoso movimiento capaz de mantener su línea de desarrollo hacia el socialismo aun en los periodos en que la sociedad existente es relativa-

mente estable y la crisis revolucionaria remota. Los movimientos revolucionarios modernos no son en realidad inmunes a la atracción del *statu quo,* como testimonia la evolución de los partidos socialdemócratas de la Europa occidental desde el marxismo a la socialdemocracia. Mas en comparación con la absoluta falta de perspectivas de los movimientos presocialistas, se trata en realidad de fenómenos poderosos y resistentes.

Y no obstante, si es verdad que los movimientos subalternos del mundo precapitalista, por impotentes que a veces hayan aparecido, no son en general, para citar las palabras de Gramsci, otra cosa que un "perpetuo fermento (...) como una masa incapaz de llegar a una expresión centralizada de las propias necesidades y de las propias aspiraciones", constituyen también un poderoso sostén, aunque a menudo de doble sesgo, de los movimientos sociales de la época capitalista. En sí mismos ellos pueden no ser particularmente temibles, ya sea por su intrínseca debilidad como por su tácita aceptación de las condiciones sociales existentes. La sólida agitación anárquica entre los campesinos españoles en los años que van de 1870 a 1936, si bien profunda y conscientemente revolucionaria, nunca constituyó algo que fuera más allá de un mero problema policial para las débiles autoridades españolas. Los regímenes que precedieron a la Revolución Francesa aprendieron a vivir enmedio de una población ciudadana periódicamente en tumulto, ya que tales tumultos no se proponían derribar el sistema social sino que servían únicamente como válvulas de desahogo para la endémica inquietud popular. Por otra parte, si tales movimientos acontecen en un momento en que el régimen o el sistema social está en crisis y, en este contexto adquieren una dirección y una eficacia política, se vuelven realmente poderosos. Cuando en 1936 el gobierno republicano español hizo un llamado al pueblo para su defensa contra la sublevación militar los mismos movimientos que, durante sesenta años, habían dado a las autoridades menos preocupaciones que una sola huelga minera organizada por los socialistas, cumplieron el milagro de derrotar un golpe de estado militar organizado a escala nacional. En 1789-1794 los motines de París que en el marco de la Inglaterra o de la Irlanda del siglo XVIII habrían sido meros incidentes periódicos de la historia política, resultaron decisivos para el desarrollo de una gran revolución.[23]

23 Una observación análoga fue hecha recientemente en la conferencia sobre la época de Carlos V (*Cfr. Charles Quint et son temps,* 1959); la agitación entre las masas era probablemente mayor en los Países Bajos en la primera mitad del siglo XVI que en la segunda mitad, pero se convierte en una fuerza política efectiva sólo en el marco de la situación revolucionaria posterior a 1560.

Lo que en efecto derrotó tales movimientos no era la incapacidad para derribar regímenes que, en la época precapitalista, no disponían de medios de coerción particularmente eficientes –al menos en comparación con los actuales– y no siempre podían movilizar efectivamente estas fuerzas en el momento necesario. Si hubieran sido enlazados de manera suficiente, y hecho estallar en el lugar justo, los movimientos precapitalistas de masas habrían podido muy a menudo derribar los regímenes existentes, aunque raramente habrían podido mantenerse en el poder después de los sucesos iniciales. Su real debilidad reside en su incapacidad para movilizar simultáneamente todas sus fuerzas, de garantizarles una dirección política y de mantener su ímpetu; en otros términos, en la falta de una coherente ideología, estrategia y organización. Guiadas por una efectiva dirección política y obrando en el exacto contexto político, estas fuerzas habrían podido ser ciertamente invencibles.

En este punto el análisis histórico y sociológico de las clases subalternas deja de ser académico y se convierte en un hecho de inmediato y actualísimo interés político. En efecto, los movimientos políticos y sociales de nuestro tiempo son los de los pueblos que viven en los países o en las zonas subdesarrolladas (es decir precapitalistas o muy incompletamente capitalistas). Cuando estos movimientos tuvieron éxito, ocurrió precisamente porque su fuerza fue organizada y guiada de manera efectiva, según la enseñanza del movimiento proletario y de la ideología proletaria. No obstante, si bien tenemos hoy una muy vasta experiencia del encuentro entre movimientos de tipo moderno y de tipo antiguo –como *por ejemplo,* el de los partidos comunistas con los campesinos de las zonas coloniales o semicoloniales– los problemas de tales encuentros han sido rara vez estudiados de manera sistemática, a pesar del hecho de que tales investigaciones son evidentemente de gran importancia política. Las recientes tendencias entre los historiadores sociales y los antropólogos han proporcionado un material más rico que el que se conocía antes para tales estudios. Pero como Gramsci indicaba, dicho material debe ser analizado y utilizado todavía.

3. LA CONCIENCIA DE CLASE EN LA HISTORIA*

El título de esta serie de conferencias está tomado de la conocida pero poco leída obra de Georgy Lukács, *Historia y conciencia de clase*, recopilación de estudios publicada en 1923, muy criticada dentro del movimiento comunista y virtualmente imposible de conseguir treinta o cuarenta años después de su publicación. Hasta hace poco no había versión inglesa de ella, así que en nuestro país sigue siendo todavía apenas algo más que un título. Sin embargo mi tarea en este estudio introductorio es bastante más importante que la de hacer un simple comentario o repetir lo que el autor dijo. Como historiador, quiero reflexionar acerca de la naturaleza y el papel que tiene la conciencia de clase en la historia, suponiendo que todos estamos de acuerdo en una proposición fundamental: que las clases sociales, los conflictos de clase y la conciencia de clase existen y desempeñan un papel en la historia. Podremos estar en desacuerdo acerca de la esencia de ese papel o de su importancia, pero no es necesario un acuerdo general para lo que vamos a argumentar aquí. Mas en atención al tema y al pensador cuyo nombre está tan claramente ligado a él, tal vez sea mejor empezar explicando dónde se relacionan mis propias reflexiones con la interesante argumentación de Lukács (naturalmente derivada de Marx), y dónde no.

* Traducción de Félix Blanco. Tomado de *Aspectos de la historia y la conciencia de clase*, México, UNAM, 1973. (Hay edición en español: *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969.)

Como saben quienes conocen de marxismo, hay cierta ambigüedad en la forma como Marx trata las clases sociales, debido quizá al hecho de que nunca escribió sistemáticamente del asunto. El manuscrito de *El capital* se interrumpe precisamente allí donde debería empezar su exposición metódica, de modo que el capítulo cincuenta y dos del tercer tomo, dedicado a las clases, no puede siquiera ser considerado como esbozo ni fracción trunca. En las demás partes siempre utilizó Marx la palabra "clase" en dos sentidos harto diferentes, según el contexto.

En primer lugar, puede representar a aquellos grandes núcleos de gente que pueden clasificarse con un criterio objetivo –por estar en relación semejante respecto a los medios de producción–, y de un modo más especial las agrupaciones de explotadores y explotados que por razones puramente económicas se hallan en todas las sociedades humanas después de la comunal primitiva y, como diría Marx, hasta el triunfo de la revolución proletaria. En este sentido está empleado "clase" en el celebrado párrafo inicial del *Manifiesto comunista* ("La historia de todas las sociedades existentes hasta ahora es la historia de la lucha de clase"), y para los fines generales de lo que podríamos llamar la macroteoría de Marx.

No pretendo decir que esta simple formulación agota el significado de "clase" en el primer sentido de su empleo por Marx, pero por lo menos servirá para distinguirlo del segundo sentido, que introduce un elemento subjetivo en el concepto de clase: la *conciencia de clase.*

Para los fines del historiador, o sea del que estudia la microhistoria "tal y como sucedió" (y de la actual "tal y como está sucediendo"), distinta de los modelos generales y más bien abstractos de la transformación histórica de las sociedades, la clase y el problema de la conciencia de clase son inseparables. La clase, en su sentido cabal, sólo empieza a existir en el momento histórico en que las clases empiezan a adquirir conciencia de que lo son. No es casualidad que el *locus classicus* del examen por Marx de la conciencia de clase sea un trozo de historia contemporánea, donde maneja años, meses y aun semanas y días, es decir la genial obra *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Naturamente, los dos sentidos de "clase" no están en conflicto. Cada uno de ellos tiene su lugar en el pensamiento de Marx.

Si lo entiendo bien, el tratamiento de Lukács parte de esta dualidad. Distingue entre el hecho objetivo de la clase y las deducciones teóricas que de ahí podrían sacarse y se sacan. Pero establece además otra distinción: entre las ideas *reales* que los hombres se hacen de la clase, y que son la materia del estudio histórico,[1] y lo que él llama conciencia

de clase "atribuida" (*zugerechner*). Consta ésta de "las ideas, los sentimientos, etcétera, que las personas *tendrían* en una situación dada *si fueran capaces de comprender toda* esta situación y los intereses que de ella derivan, tanto por lo que hace a la acción directa como por lo que toca a la estructura de la sociedad que corresponde (correspondería) a esos intereses".[2] Dicho de otro modo, es lo que pensaría, por ejemplo, un burgués, o un proletario, idealmente racional. Es una construcción teórica basada en un modelo de sociedad teórico, y no una generalización empírica acerca de lo que la gente piensa en realidad. Más adelante arguye Lukács que en clases diferentes la "distancia" entre la conciencia de clase real y la atribuida es mayor o menor, y puede ser tan grande que constituya no ya una diferencia de grado sino de género.

De esta distinción Lukács extrae algunas ideas interesantísimas, pero no me ocuparé de ellas aquí. No digo que el historiador, como tal, debe sólo ocuparse de los hechos reales. Si es un marxista o si trata de resolver alguna de las cuestiones verdaderamente importantes relativas a las transformaciones históricas de la sociedad en cualquier modo, debe también tener presente un modelo teórico de las sociedades y transformaciones, y el contraste entre el comportamiento real y el racional no tiene más remedio que interesarle, aunque no sea por otra cosa que su interés en la eficacia histórica de las ideas y las acciones que estudia, porque –por lo menos hasta la era de la sociedad burguesa– no suelen corresponder a las intenciones de los individuos y organizaciones que las emprenden o las sustentan. Por ejemplo es importante obsevar –como lo hacen Lukács y Marx incidentalmente– que la conciencia de clase de los campesinos no suele ser muy efectiva, salvo cuando están organizados y dirigidos por gente no campesina y con ideas no campesinas, así como el porqué de ese hecho. También es importante advertir la divergencia entre la conciencia de clase actual, o sea observable, de los proletarios, que en lo programático es bastante modesta, y ese tipo de conciencia de clase no meramente "atribuible" –en el sentido lukacsiano– a ellos, sino realmente incorporada en la clase obrera a través de los movimientos laborales socialistas de dicha clase.

Pero si bien los historiadores no pueden pasar por alto esas cuestiones, es natural que les interese más, como a profesionales, lo que sucedió realmente (e incluso lo que podría haber sucedido en determinadas

1 *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1923. Todas mis citas se refieren a esta edición original.

2 *Ob. cit.*, p. 62.

circunstancias), que lo que debería haber sucedido. Por eso dejaré a un lado buena parte del estudio de Lukács por considerarlo irrelevante para mi propósito, que es el de historiador modesto.

El primer punto que deseo hacer ver es uno que ya señalaron Marx y Lukács. Puede decirse que siempre ha habido clases en sentido objetivo, desde que se acabó la sociedad basada esencialmente en el parentesco; en cambio la conciencia de clase es un fenómeno de la moderna era industrial. Esto lo saben bien los historiadores, que suelen seguir la transición del concepto preindustrial de "jerarquía" o "condición" al moderno de "clase", de palabras como "el populacho" o "el pobre laborante" al "proletariado" o "la clase trabajadora" (pasando por "las clases trabajadoras" o "laborantes") y la formación, históricamente algo anterior, de expresiones como "clase media" o "burguesía", salidas de las "capas medias de la sociedad". En Europa occidental este cambio se produjo por la primera mitad del siglo XIX, probablemente antes de 1830-1840 ¿Por qué tardó tanto en emerger la conciencia de clase?

Opino que el argumento de Lukács es persuasivo. Señala que, económicamente hablando, todas las sociedades capitalistas tienen mucho menor cohesión como entidad aislada que la economía capitalista. Sus diversas partes son mucho más independientes unas de otras, pero su mutua dependencia económica es mucho menor. Cuanto más pequeño es el papel del intercambio de mercaderías en una economía, más son las partes de la sociedad económicamente autosuficientes (como las partes de su economía rural), o que no tienen función económica particular, como no sea la del consumo parásito (como en la antigüedad clásica), y más distantes, indirectas e "irreales" son las relaciones entre lo que la gente siente realmente como economía, forma de gobierno o sociedad y lo que en realidad constituye el marco económico, político, etcétera, más amplio, dentro del cual operan.[3]

Por el contrario, podríamos añadir, los estratos relativamente pocos y numéricamente pequeños, cuya experiencia real coincide con este marco más amplio, quizá adquieran algo semejante a una conciencia de clase antes que los demás. Así es, por ejemplo, en la nobleza y la infanzonía, poco numerosa, interrelacionada, y que funciona en parte por su relación directa con instituciones que expresan o simbolizan la sociedad en su conjunto, como el rey, la corte, el parlamento, etcétera. Señalaré de paso que algunos historiadores han aprovechado este fenómeno como un argumento contra las interpretaciones marxistas de la clase y las

3 *Ob. cit.*, p. 67.

luchas de clases en la historia. Como es evidente, en el análisis marxista se halla específicamente explicado.

Es decir que en el capitalismo la clase es una realidad histórica inmediata y en cierto modo directamente *sentida*, mientras que en las épocas precapitalistas podría ser una mera idea analítica destinada a interpretar un complejo de hechos de otro modo inexplicable. Naturalmente, no debe confundirse esta distinción con la proposición marxista más familiar, de que en el curso del desarrollo capitalista la estructura de la clase se simplificó y polarizó hasta el punto de que en casos extremos, como en Inglaterra en algunos periodos, uno puede operar en la práctica con un sistema simple de dos clases: "clase media" y "clase trabajadora". Esto puede ser cierto también, pero es parte de otra forma de pensamiento. Digamos de paso que no implica la perfecta homogeneidad de cada clase, ni Marx indicó que la implicara. Para ciertos fines no tenemos por qué preocuparnos de sus heterogeneidades internas, como por ejemplo cuando definimos ciertas relaciones de capital importancia entre clases, como entre patrones y empleados. Para otros fines no podemos prescindir de ellas. Ni Marx ni Engels desdeñaron las complejidades sociales, estratificaciones y demás, de las clases en sus escritos directamente históricos, ni en sus análisis de la política contemporánea. Pero esto es aparte.

Si revisamos la conciencia de los estratos sociales en las épocas precapitalistas encontramos una situación de cierta complejidad. En la cima tenemos grupos, como la alta aristocracia, que se acercan a la conciencia de clase de la escala moderna, o sea en lo que podríamos denominar –mediante un anacronismo– la escala "nacional" (la escala del Estado grande), y aun en algunos respectos la escala internacional. Pero es altamente probable que en tales casos de "conciencia de clase" el criterio de la autodefinición sería principalmente no económico, mientras que en las clases modernas es principalmente económico. Tal vez sea imposible la existencia de un noble sin propiedad de tierra y sin dominio sobre campesinos y abstención de trabajo manual, pero estas características no bastarían para definir satisfactoriamente al noble de una sociedad medieval. Esto requeriría mencionar también el parentesco (la "sangre"), los privilegios y la condición jurídica especiales, la relación propia respecto del soberano y otras más.

En el fondo de la jerarquía social, por otra parte, los criterios de definición son, o demasiado estrechos, o demasiado globales para la conciencia de clase. En cierto sentido podrían ser enteramente localizados, ya que la comunidad aldeana, el distrito, o algunos otros terre-

nos limitados, son de hecho la única sociedad *real* y la única economía que importan, y el resto del mundo sólo hace raras, ocasionales incursiones en ellas. En lo relacionado con las personas que viven en esas circunstancias, el vecino del valle de al lado quizá no sea solamente un forastero o extraño, sino incluso un enemigo, por semejante que sea su situación social. Los programas y las perspectivas políticos son por definición localizados. Una vez me dijo un organizador político que trabajaba con indígenas en América Latina que era inútil explicarles que la tierra es de quien la trabaja. Lo único que entendían era esto: "Ustedes tienen derecho a este trozo de tierra que perteneció a su comunidad en tiempos de sus abuelos y que desde entonces les están usurpando los terratenientes. Ahora pueden ustedes reclamárselo."

Pero en otro sentido, estos criterios pueden ser tan generales y universales que excluyen toda autoclasificación propiamente social. Los campesinos tal vez estén tan convencidos de que todo el mundo, excepto unos cuantos marginados, son ellos que se definen sencillamente como "gente" o (en ruso) "cristianos". (Esto conduce a inconscientes ironías históricas, como la de aquel líder revolucionario, ateo y libertario, que decía en Andalucía a sus camaradas derrotados que "todo cristiano hará bien en irse al monte", o aquel sargento del ejército rojo a quien se oyó durante la última guerra dirigirse a su pelotón llamándoles "verdaderos creyentes".) O quizá se definan a sí mismos sencillamente como "paisanos" o "gente del campo" (*campesinos, contadini, paysans*), por oposición a los de las ciudades. Podría decirse que la conocida afinidad de los campesinos por los movimientos milenarios o mesiánicos refleja esta realidad social. La unidad de su acción organizada es el corazón de la parroquia o el universo. No hay nada entre uno y otro.

Es necesario insistir en que debe evitarse la confusión. Lo que estoy diciendo se refiere a la ausencia de una conciencia específica de clase, que no es lo mismo que ese bajo grado de conciencia de clase que notaron Marx y otros observadores, por ejemplo, en el campesinado en la era capitalista. Marx lo atribuía, por lo menos en el caso de la Francia decimonónica, al hecho de que ser campesino implicaba ser exactamente como otros muchos campesinos, pero sin relaciones económicas mutuas con ellos.[4] Cada hogar campesino económicamente muy aislado de los demás. Esto bien pudiera ser así en las condiciones capitalistas, y podría ayudar a distinguir la clase de los campesinos de la clase de los obreros, puesto que la realidad social básica de la existencia proletaria es la concentración en grupos de cooperación mutua. La argumentación de Marx sugiere, correcta y fructíferamente a mi modo de ver, que hay

grados en la cohesión de clase. Como dijo una vez Theodore Shanin,[5] el campesinado es "una clase poco clasista", y a la inversa podríamos decir que el proletariado industrial es una clase muy "clasista". (No deja de ser la única clase que ha creado movimientos de masa genuinamente políticos, unidos específica y primordialmente por la conciencia de clase, como los "partidos de la clase trabajadora": *Labour parties, partis ouvriers*, etcétera.)

Pero lo que quiero decir de las sociedades precapitalistas no es esto. En tales sociedades podría sugerirse que la conciencia social de las "jerarquías inferiores" o clases subalternas se fragmentará en segmentos locales u otros, aun cuando su realidad social sea de cooperación social, económica y de ayuda mutua, como en el caso de varios tipos de comunidad aldeana. Con frecuencia no habrá "clasismo" alto ni bajo, sino que en el sentido de conciencia no habrá ningún "clasismo" superior a la escala miniatura. Podría sugerirse alternativamente que la unidad sentida por los grupos subalternos será tan global que superará la clase y el Estado. No habrá campesinos, sino "gente" (pueblo) o "paisanos"; no habrá obreros, sino una "gente del común" indeterminada, unos "pobres laborantes", que se distinguen de los ricos únicamente por su pobreza; de los ociosos (ricos o pobres) por la obligación de vivir con el

4 Es famoso el fragmento de ***El dieciocho brumario de Luis Bonaparte***, VII, pero bien vale la pena citarlo una vez más: "Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aisla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos (...) Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase." (En Marx-Engels, ***Obras escogidas***, Ediciones Progreso, Moscú, 1973, t. I, pp. 489-490.)

5 "The Peasentry as a Political Factor", ***Sociol. Rev.***, XIC, 1966, pp. 5-27.

sudor de su frente, y de los poderosos, por el corolario tácito o explícito de su debilidad y desvalimiento.

Entre la cima y el fondo de las jerarquías sociales preindustriales hallamos un conglomerado de grupos locales, seccionales y otros, cada uno de ellos con múltiples horizontes, y demasiado complejos para un análisis rápido o, como es el caso, para algo más que la rarísima acción común a escala "nacional". Dentro de una localidad, como por ejemplo una ciudad-Estado, podrían ciertamente ser analizados en forma provechosa en función de clase y lucha de clases, como han solido hacer los historiadores y contemporáneos desde los días de las antiguas ciudades griegas. De todos modos, es probable que aun aquí se superpongan en la mente humana a las realidades de la estratificación socioeconómica las clasificaciones no económicas –por ejemplo las jurídicas–, que tienen tendencia a prevalecer en tales sociedades. Esto resulta patente allí donde la nueva realidad de una sociedad claramente dividida por lo económico entra en conflicto con los viejos modelos de una sociedad jerárquicamente estratificada, la realidad de la transformación socioeconómica con el ideal de la fijeza socioeconómica. Entonces podemos ver los criterios en conflicto de la conciencia social trabados en batalla; por ejemplo, la conciencia en declinación de las corporaciones o gremios de los artesanos a jornal y la conciencia de clase en crecimiento de los proletarios, especializados o no.

Un interesante tema de investigación, que no puedo estudiar aquí, es el de hasta dónde persiste esa conciencia de la categoría o condición (naturalmente económica también, en tanto el privilegio legal o casi legal implica una ventaja económica), o hasta dónde puede reanimarse con el capitalismo contemporáneo. Luckács ha hecho al respecto unas cuantas observaciones sugestivas, a las cuales remito a ustedes.[6]

¿Podemos decir, pues, que falta en las sociedades precapitalistas la conciencia de clase? No del todo, ya que aun dejando a un lado la historia de comunidades pequeñas y localmente cerradas –como las ciudades-Estado y el caso especial de las clases en el poder– hallamos dos tipos de movimiento social que operan manfiestamente en una escalada mayor que la local y menor que la ecuménica. Se trata en primer lugar de los de la "gente del común" o los "pobres laborantes" frente a "los de arriba" (*cuando Adán labraba y Eva tejía no había nobles*), y en segundo lugar, del fenómeno de las guerras campesinas, a veces reconocidas efectivamente y denominadas así por sus contemporáneos. La

6 *Geschichte und Klassenbewusstsein*, cit., p. 70.

ausencia de conciencia de clase en sentido moderno no implica la ausencia de clases ni de conflicto de clases. Pero es evidente que en la economía actual esto cambia de modo totalmente fundamental.

¿Cómo? Empecemos con una observación de tipo general pero muy importante. La escala de la actual conciencia de clase es mucho mayor que en el pasado, pero es esencialmente "nacional", no global, o sea que opera dentro del marco de los Estados territoriales y que a pesar del notable desarrollo de una sola economía mundial interdependiente han seguido siendo hasta hoy las unidades principales del desarrollo económico. En este sentido, nuestra situación es todavía análoga a la de las sociedades precapitalistas, aunque en un nivel superior. Los aspectos decisivos de la realidad económica podrán ser globales, pero lo *palpable*, la realidad económica tangible, las cosas que directa y claramente afectan a la vida y el modo de vivir de la gente, son las de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etcétera. No es posible que estemos entrando ahora en una época de economía directamente global. Algunos estratos numéricamente pequeños de la población funcionan ya, por cierto de un modo internacional, sometidos a limitaciones lingüísticas como, por ejemplo, los hombres de ciencia y algunos otros tipos de estudiosos, hecho expresado y simbolizado por su rápido movimiento entre los empleos de diferentes partes del mundo.

De todos modos, para la mayoría de las personas no es éste el caso todavía; y ciertamente, en aspectos importantes la creciente gestión de los gobiernos por la economía y por los asuntos sociales ha intensificado el carácter nacional de la ciencia social. Hasta aquí, las clases globales son todavía las mismas construcciones teóricas de los tiempos precapitalistas, salvo en raros momentos de fermento revolucionario global. Las clases reales y efectivas son nacionales. Los lazos de la "solidaridad internacional" entre los obreros franceses y los ingleses, o entre sus movimientos socialistas, son mucho más débiles que los que unen a un obrero británico a otro.

Dentro de los límites, ¿cuál es la conciencia de las diferentes clases? No tengo la intención de examinar la lista de clases y estratos que historiadores y sociólogos convienen o no en reconocer como los principales. En cambo quiero llamar la atención hacia dos aspectos del problema:

El primero es el referido a la relación entre conciencia de clase y realidad socioeconómica. Hay "slogans" y programas "clasistas" que tienen muy pocas probabilidades de realización porque van contra la corriente de la historia, y otros que son más practicables porque van con esa corriente. Los movimientos campesinos y los de la pequeña bur-

guesía clásica de pequeños artesanos, tenderos, contratistas en pequeña escala, etcétera, son de los primeros. Políticamente esos estratos podrán ser muy imponentes por su fuerza numérica o por otras razones, pero históricamente son víctimas infalibles, aunque garanticen la victoria de cualquier causa a la que se adhieran. A lo sumo pueden convertirse parcialmente en poderosos y negativos intereses creados y aun éstos tienen una fuerza bastante limitada en los países donde las fuerzas políticas o económicas dominantes son en extremo dinámicas. La inmensa fuerza política de los granjeros y las pequeñas poblaciones de la América anglosajona, no ha logrado hacer significativamente más lenta la declinación de la clase de los granjeros ni la concentración económica que los populistas combante tan enérgicamente. Los nazis, llevados al poder por la movilización en masa de tales estratos, algunos de los cuales intentaron efectivamente realizar hasta cierto punto su programa, resultaron creadores de un régimen de capitalismo monopolista y estatal, no porque así lo entendieron desde el principio, sino porque el programa del "hombrecito" era sencillamente inoperante. Si se excluyen las perspectivas socialistas de los movimientos de la clase trabajadora, la única alternativa que queda en los Estados industriales occidentales es un régimen de grandes-negocios-con-un-gran-gobierno.

La relación entre los movimientos campesinos y los regímenes que llevaron al poder en el sigo XX es análoga. Esas revoluciones, como ha señalado Eric Wolff, triunfaron principalmente por haber movilizado al campesinado, y sobre todo a su estrato más tradicionalista.[7] Pero el verdadero resultado social de esas transformaciones ha sido muy diferente de aquello que aspiraban los campesinos que lo hicieron posible, aun cuando recibieron la tierra. La historia ha confirmado de sobra la posición de los marxistas frente a los *narodniks:* los sistemas posrevolucionarios no se han edificado sobre los cimientos de las comunidades precapitalistas aldeanas, sino sobre sus ruinas. (No obstante, es justo añadir que confirmaron la posición de los narodniks frente a algunos marxistas en otro punto: los revolucionarios rurales más efectivos no han sido los *Kulaks* protocapitalistas, ni los labradores lugareños proletarizados, sino el campesinado medio.)

Más interesante que esos casos de lo que podríamos llamar conciencia de clase con perspectiva limitada, es la situación de las clases que cambian de relación con la realidad social. El caso de la burguesía es instructivo al mismo tiempo que conocidisímo. Allá por 1860, por

7 "On Peasant Rebellions", *New Society,* 4, 9, 1969.

ejemplo, la conciencia burguesa de clase, incluso en una forma simple, reflejaba (de hecho) y explicaba (en un nivel muy superficial) la realidad de la sociedad burguesa. En 1960 era evidente que ya no había tal, aunque nuestra sociedad todavía pueda llamarse capitalista. Aún podemos leer las opiniones que todo buen padre de familia liberal tenía por la cosa más natural del mundo en la época del asesinato de Lincoln, principalmente en las columnas más importantes del *Daily Telegraph* y en los discursos de unos cuantos diputados conservadores poco notorios, todavía las consideran la cosa más natural del mundo en los buenos hogares suburbanos. Pero es evidente que tales ideas tienen tanto que ver con la realidad de nuestros días como las homilías de William Hennings Bryan acera de la *Biblia.* Por el contrario, es evidente que el programa puro del liberalismo económico decimonónico expuesto, por ejemplo, en la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1944, es tan irrealizable actualmente como las utopías campesinas o pequeñoburguesas. La diferencia está en que la ideología de Goldwater sirvió en su tiempo para transformar la economía mundial, pero ya no sirve para eso, mientras las otras ideas de los "hombrecitos" nunca sirvieron.

En resumen: la evolución del capitalismo ha dejado atrás a su antigua sustentadora, la burguesía. La contradicción entre la naturaleza social de la producción y la naturaleza privada de la apropiación en ese sistema siempre ha existido, pero económicamente fue secundaria hasta cierto punto. La empresa privada competitiva, sin restricciones de compañías familiares manejadas por su propietario y la abstención estatal no eran un mero ideal, ni siquiera una realidad social, sino que en una etapa determinada constituían el patrón más eficaz para el rápido crecimiento de las economías industriales. Hoy la contradicción es impresionante y manifiesta. El capitalismo de vastas corporaciones entrelazadas con vastos Estados sigue siendo un sistema de apropiación privada, y de este hecho se derivan sus problemas fundamentales. No obstante, incluso en sus transacciones comerciales corrientes, halla totalmente fuera de lugar el liberalismo económico decimonónico, e innecesaria la clase que lo representó, la burguesía clásica.

Lo que deseo señalar es esto: algunas formas de conciencia de clase y las ideologías basadas en ellas, están como quien dice a tono con el desarrollo histórico y otras no. Las hay que estuvieron a tono en su tiempo pero dejan de estarlo. ¿Cuáles son hoy las clases ascendentes cuya conciencia e ideología apuntan al futuro? La pregunta es importante no sólo en términos políticos, sino (si hemos de seguir a Marx)

para nuestro entendimiento de la epistemología, por lo menos en las ciencias sociales. Mas no puedo proseguir aquí por ese camino.

El segundo aspecto que quiero examinar concierne a la relación entre conciencia de clase y organización. Empezaré con algunas diferencias históricas de bulto entre conciencia burguesa o de la clase media y conciencia de la clase trabajadora. Los movimientos burgueses se basaban en una fortísima conciencia de clase. De hecho, podemos decir que la lucha de clases se libra o se siente todavía en forma mucho más empeñosa y constante en el lado burgués del frente (donde la amenaza de la revolución es el sentimiento dominante), que en el lado proletario (donde la esperanza, la emoción civilizada es por lo menos tan importante como el odio). No obstante, raramente fueron movimientos de clase *explícitos*.

Los pocos partidos que se autodenominaron en forma específica "de la clase media", o algo semejante, son normalmente grupos de presión para objetivos particulares y por lo general modestos, como el de que no suban las tarifas y los impuestos. Los movimientos burgueses tremolaban banderas liberales, conservadoras o de otras ideologías, pero se declaraban socialmente sin clase, o decían abarcarlas todas, aunque era evidente que no. Por otra parte, los movimientos proletarios se basan en la conciencia y la cohesión de clase explícitas. Al mismo tiempo, los movimientos burgueses estaban organizados de una manera mucho más informal y libre, con frecuencia para fines claramente limitados, y entrañaban mucho menos lealtad y disciplina que los de la clase obrera, aunque en la realidad de los hechos sus perspectivas políticas fueron muy ambiciosas. Al respecto es instructivo el contraste entre la *Anti-Corn Law League,* prototipo –por decirlo así– de los movimientos de clase burgueses, y los *chartists*, prototipo de los proletarios de masas.

Como hemos señalado, la diferencia no está necesariamente en el alcance de los objetivos políticos perseguidos. Unos y otros pueden ser igualmente ambiciosos en cuanto apuntaban a derribar un tipo de sociedad y reemplazarlo por otro. La diferencia podría estar en la naturaleza de la experiencia social de las clases o estratos, su composición y función social. Este punto podría formularse de varios modos. La burguesía o "clase media superior" era, o es, un grupo selecto de cuadros, no porque sus miembros fueran especialmente escogidos por su habilidad o su ánimo emprendedor (como ellos creían), sino porque se compone en lo esencial de gentes que, por lo menos en potencia, ocupan posiciones de mando o influencia, aunque sea local; de gentes que pueden realizar cosas individualmente o en pequeños grupos. (Esto que decimos no

se aplica a la pequeña burguesía o clase media inferior en tanto que grupo.)

La "campaña" característica de los estratos profesionales británicos actuales –contra la ubicación de un aeropuerto, el paso de una supercarretera o alguna otra cosa de la aplanadora administrativa –produce un efecto muy desproporcionado respecto del número de personas que abarca.

Por otra parte, la clase trabajadora, como el campesinado, se compone casi por definición de gente que no puede intervenir en los asuntos sino colectivamente, aunque a diferencia de los campesinos, su experiencia de las cosas laborales les demuestra todos los días que han de obrar sólo colectivamente. Pero aun su labor colectiva requiere, para ser efectiva, estructuracón y dirección. Sin una organización formal para la acción, salvo en algunas cicunstancias en el lugar de trabajo, es improbable que sea efectiva; si no hay quien sea capaz de ejercer la hegemonía (para emplear la frase de Gramsci), seguirán en una condición tan subalterna como la de la gente del común en la época preindustrial. El hecho de que la historia, como dicen los marxistas, ya ha hecho de ellos los sepultureros de una sociedad vieja y los fundadores de una nueva (aunque esto debe ser repensado o por lo menos reformulado), no modifica esta característica de su existencia social aquí y ahora. Es decir: los movimientos burgueses o de clase media pueden operar a la manera de "ejércitos de parada del bien"; los proletarios sólo pueden operar como ejércitos verdaderos, con generales y mandos verdaderos.

La cosa puede presentarse de otro modo. Cada clase tiene dos niveles de aspiración, por lo menos mientras no es políticamente victoriosa: las demandas inmediatas y cotidianas específicas y la demanda más general del género de sociedad que le acomode. (Una vez victoriosa, esta segunda demanda se vuelve conservadora.) Puede, naturalmente, haber conflictos entre estos dos niveles de aspiración, como cuando sectores de la burguesía decimonónica, cuya demanda general era que el gobierno se abstuviera de toda intervención económica, se pusieron a pedir al gobierno ayuda concreta y protección. En el caso de una clase como la de la burguesía, estos dos niveles de aspiración pueden intentarse con tipos de organización sólo relativamente libres o *ad hoc*, pero no sin una ideología general de cohesión, como el liberalismo económico. Incluso los partidos decimonónicos de clase del liberalismo no eran partidos ni movimientos de masas (salvo cuando recurrían a los demás estamentos inferiores), sino coaliciones de notables, de individuos influyentes o pequeños grupos.[8]

Por otra parte, la conciencia de la clase trabajadora en ambos niveles implica una organización formal; y una organización que sea en sí sustentadora de la ideología de clase, que sin ella sería poco más que un complejo de hábitos y prácticas informales. La organización (la "unión" o sindicato, el "partido", el "movimiento") se convierte así en prolongación de la personalidad individual del trabajador, que completa y suplementa. Cuando los militantes de la clase trabajadora o defensores de su partido se encuentran frente a una situación política nueva, se niegan a manifestar su opinión y envían a los periodistas que los visitan a la "unión" (o como se llame la organización), no están renunciando a su propio juicio ante una autoridad superior, sino que se entiende que las palabras de la "unión" son las suyas: son lo que ellos dirían si tuvieran la facultad privada de decirlo.[9]

De cualquier modo, los tipos de conciencia y organización que corresponden a cada uno de los dos niveles son normalmente distintos, aunque a veces se eslabonen o combinen. El nivel inferior está representado por lo que Lenin llamaba (con su sólida visión, aguda y objetiva de las realidades sociales) "conciencia sindical", y el superior era para él la "conciencia socialista" (o quizá, pero con mucho menor frecuencia, alguna otra conciencia que contemple la transformación total de la sociedad). La primera (como el mismo Lenin observó) se engendra de modo más espontáneo, pero también más limitado. Sin la segunda, la conciencia de clase de la clase trabajadora es incompleta, históricamente hablando, y podría ponerse en duda –de modo totalmente equivocado– su misma presencia de clase, como en los Estados Unidos. Sin una u otra, los obreros serían perfectamente desdeñables para fines políticos, y aun "invisibles", como la masa, muy sustancial, de los "trabajadores *tories*" que siempre ha habido en Inglaterra sin afectar sino del

8 Una vez más esto no se refiere a los partidos de la clase media inferior, que tendían y tienden a ser movimientos de masas, pero que reflejan el aislamiento económico y social de los miembros de esos estratos, movimientos de masas de un género particular. La profética visión que tenía Marx de los campesinos franceses en tiempos de Napoleón III hace perfectamente al caso: "No pueden representarse a sí mismos y tienen que ser representados. Su representante debe parecer al mismo tiempo su dueño, una autoridad por encima de ellos."

9 Los casos más sorprendentes de tal identificación se hallan de modo formal en las etapas relativamente tempranas de la organización obrera, antes de que los movimientos obreros se conviertan en parte del sistema político oficial de operación, y en ocasiones o lugares donde el movimiento consiste en una sola organización que representa (literalmente "defiende") a la clase.

modo más pasajero y marginal a la estructura, la política y el programa del partido conservador, que no podría ganar ninguna elección sin ellos.

Una vez más es necesario establecer la distinción entre proletariado y campesinos. Estos últimos, una clase históricamente subalterna, necesitan que hasta la más elemental conciencia de clase y organización en escala nacional (o sea la políticamente eficaz) se les lleve desde fuera, mientras que en la clase obrera tienden a aparecer espontáneamente las formas más elementales de conciencia, acción y organización de clase. La formación de importantes movimientos sindicales es casi universal en las sociedades de capitalismo industrial (si no lo impide la coerción física). La formación de partidos "laboristas" o "socialistas" ha sido tan común en tales sociedades que los raros casos en que no se ha producido (como en los Estados Unidos) suelen tratarse como algo en cierto modo excepcional y que amerita una explicación especial. No sucede otro tanto con los movimientos campesinos autónomos, y menos aún con los llamados "partidos campesinos", cuya estructura es en todo caso bastante diferente de la de los partidos "de trabajadores". Los movimientos proletarios tienen un potencial integrado para la hegemonía que les falta a los movimientos campesinos.

La "conciencia socialista" por la organización es, pues, un complemento esencial de la conciencia de la clase trabajadora. Pero no es automática ni inevitable, y además no es conciencia de clase en el sentido obvio en que lo es la conciencia "sindical" espontánea, ya sea en su forma moderada y reformista, "tradeunionista", o en la forma políticamente menos estable y efectiva, radical y aun revolucionaria. Y en este punto el problema de la conciencia de clase en la historia se vuelve un problema agudo de la política de nuestro siglo. Porque la mediación necesaria de la organización implica una diferencia y, con mayor o menor probabilidad, una divergencia entre "clase" y "organización"; o sea, en el plano político, el "partido".

Cuanto más nos apartamos de las unidades y situaciones sociales elementales en que la clase y la organización se controlan mutuamente —por ejemplo en el caso clásico de la casa del pueblo socialista o comunista de un poblado minero—, y avanzamos por la vasta y compleja zona donde se forman las decisiones más importantes acerca de la sociedad, mayor es la divergencia potencial.

En el caso extremo de lo que suele llamarse "sustitucionismo" en las discusiones de extrema izquierda, el movimiento reemplaza a la clase, el partido al movimiento, el aparato de funcionarios al partido, la dirección (formalmente electa) al aparato y, en ejemplos históricos bien

conocidos, el secretario general impetuoso, u otro dirigente, al comité central. Los problemas a que da lugar esta divergencia –hasta cierto punto inevitable– afectan a toda la idea de la naturaleza del socialismo, aunque podría aducirse que se están presentando también en el sistema actual al ir perdiendo importancia en el capitalismo contemporáneo el antiguo tipo de la burguesía empresarial decimonónica que controlaba importante parte de los medios de producción, ya fuera a nivel *individual*, ya *familiar*.

Hay problemas –parcialmente del aparato administrativo– de planeamiento, decisión política y ejecutiva, etcétera, que toda sociedad contemporánea tiene, en especial el de planeamiento y gestión económica y social en las circunstancias actuales (o sea los problemas de la "burocracia"), y parcialmente de la naturaleza de sociedades y regímenes surgidos de los movimientos obreros y socialistas. No son lo mismo, aunque el empleo impreciso y emocional de vocablos como "burocracia" en las discusiones de extrema izquierda tienden a confundirlos: solamente son congruentes cuando una burocracia formal es "clase" gobernante *ex officio* en sentido técnico, como quizá entre la nobleza erudita imperial china, o bien en la actualidad entre los administradores superiores o más antiguos del capitalismo corporativo, cuyo interés es *de propietario tanto como de administrador a sueldo.*[10]

El problema crucial para los socialistas es que los regímenes socialistas revolucionarios, a diferencia de los burgueses no salen de una clase, sino de la combinación *sui generis* de clase y organización. No es la misma clase trabajadora la que toma el poder y ejerce la hegemonía, sino el *movimiento* o *partido* de la clase trabajadora y (a menos de adoptar el modo de ver anarquista) es difícil imaginar cómo podría ser de otro modo. En esto ha sido perfectamente lógico el desarrollo histó-

10 Un grupo dominante puede estar burocratizado o no, si bien en la historia de Europa raramente lo ha estado; puede operar o por medio de un sistema administrativo burocratizado, como en la Inglaterra del siglo XX, o de uno no burocratizado, como en la Inglaterra del siglo XVIII. Dejando a un lado a los diferentes estados sociales –los partidos que gobiernan no son clases– igual cosa puede suceder en las sociedades socialistas. El PCUS es burocrático y opera por medio de una administración estatal y económica muy burocratizada. La "revolución cultural" maoísta ha intentado, si la entiendo debidamente, acabar con la burocratización del PCCH, pero con bastante seguridad de no equivocarnos podemos decir que el país sigue administrado por medio de un sistema burocrático. Ni siquiera es imposible descubrir ejemplos de un grupo gobernante burocratizado con un sistema administrativo no burocrático, o sea ineficaz, como tal vez en algunos estados eclesiásticos del pasado.

rico de la URSS, aunque no necesariamente inevitable. El "partido" se convirtió en el grupo gobernante efectivo y formal, con el supuesto de que "representaba" a la clase obrera. La subordinación sistemática del Estado al partido es un reflejo de ello. Con el tiempo, cosa perfectamente lógica también, el Partido absorbió y se asimiló los cuadros efectivos de la nueva sociedad a medida que aparecían –sus oficiales, administradores, ejecutivos, científicos, etcétera–, de modo que en determinado momento de la historia soviética el éxito en casi toda carrera importante implicaba la invitación a entrar en él. (Esto no implicaba que aquellos reclutas "funcionales" adquirieran la posibilidad de participar igualmente en la formación de políticas con los miembros antiguos, que eran políticos de carrera, pero en la burguesía había la misma o análoga diferencia entre los que se reconocía por miembros de la clase dominante y aquellos que dentro de ese cuerpo pertenecían al grupo *gobernante.*) El hecho de que la base social original del partido, el pequeño proletariado industrial de la Ruisa zarista, fuera dispersado o aniquilado durante la revolución y la guerra civil, facilitó evidentemente esta evolución del Partido Comunista. Y el hecho de que pasada una generación del nuevo régimen los distintos cuadros de la nueva sociedad fueran reclutados en gran parte entre hombres y mujeres de origen campesino que habían hecho su carrera por entero en él y a través de él, y sólo en una proporción rápidamente decreciente entre los miembros o hijos de familias exburguesas o exaristocráticas, que el régimen trataba, naturalmente, de excluir, aceleró aún más el proceso. De todos modos, puede suponerse que en la "revolución proletaria" estaba implícito un proceso de este género, a menos que se tomaran contramedidas sistemáticas.[11]

El momento en que la "revolución proletaria" triunfa es, pues, el momento crítico. Es en ese momento cuando el supuesto antes razonable de una identidad virtual entre clase y organización abre el camino a la subordinación de la primera a la segunda, cuando el "sustitucionismo" se hace peligroso. Mientras la organización sigue conservando su identidad general *automática* con la clase y niega la posibilidad de otra cosa que no sean las divergencias más temporales y superficiales, el camino está ampliamente abierto a grandes abusos, hasta los del estalinismo. Ciertamente, es difícil de evitar todo grado de abuso, porque lo más

11 No estamos examinando los posibles acontecimientos que tal vez conducirían a grandes números de los cuadros, en determinadas circunstancias históricas, a preferir *no* unirse a la organización formal de "gente de arriba", o sea el partido.

probable es que la organización dé por sentado que sus acciones y opiniones representan *en realidad* las opiniones (o como dice Lukács, la conciencia "atribuida") de la clase, y allí donde las opiniones reales de la clase difieren de ellas, esas divergencias se deben a la ignorancia, la falta de comprensión, la infiltración hostil, etcétera, y no hay que tomarlas en cuenta y aun se debe suprimirlas. Cuanto mayor es la concentración del poder del partido-*cum*-Estado, tanto mayor es la tentación de desdeñar o suprimir; y a la inversa, cuanto menor es la concentración, menor la tentación de corroborar.

De ahí que los problemas de democracia política, de estructuras pluralistas, libertad de expresión, etcétera, se hagan más importantes que antes, pero esto no implica que la solución de tales problemas sea ni tenga que ser como las del liberalismo burgués. Veamos un ejemplo bien claro: si en los sistemas socialistas los sindicatos pierden sus antiguas funciones y las huelgas están fuera de la ley, los obreros habrían perdido un medio esencial de influir en la condición de sus vidas, cualquiera que sea la justificación general y las posibles ganancias generales para ellos, y a menos de que adquieran algún otro medio para tal fin tendrán una pérdida neta. La burguesía clásica podía defender el equivalente de sus intereses de "conciencia sindical" de diversos modos más o menos informales cuando entraban en conflicto con los intereses más vastos de la clase, interpretados por los gobiernos. La clase obrera, aun en sistemas socialistas, sólo puede hacerlo por la organización, o sea mediante un sistema político de organizaciones múltiples *o bien* mediante un solo movimiento que se haga sensible a las opiniones de la base, es decir, mediante la democracia interna efectiva.

Mas, ¿se da este problema exclusivamente en las revoluciones proletarias y los sistemas socialistas? Como ya vimos de paso, problemas semejantes se están planteando en la misma economía capitalista al cambiar de estructura. Cada vez están resultando menos eficaces los mecanismos constitucionales, jurídicos, políticos y de otro tipo que tradicionalmente se pensaba permitía a la gente cierta influencia en la configuración de sus vidas y de su sociedad..., aunque fuera sólo una influencia negativa. Esto no es así solamente en el sentido en que siempre han resultado ineficaces para los "pobres laborantes" de modo nada trivial, sino en el sentido de que cada vez son menos apropiados para la maquinaria actual de la decisión tecnocrática y burocratizada. La "política" se reduce a relaciones públicas y manipulaciones. Decisiones tan vitales como la guerra y la paz no solamente las pasan por alto los órganos oficiales, sino que pueden tomarse (por un puñado de directores, de ban-

cos centrales, por un presidente o un primer ministro con uno o dos consejeros privados, y aun por un entrelazamiento menos identificable de técnicos y funcionarios ejecutivos) en condiciones que ni siquiera están formalmente expuestas al control político.

El mecanismo clásico de la política "real" del siglo XIX cada vez gira más en el vacío: los artículos principales de los periódicos "que pesan" los leen diputados del montón, cuyas opiniones importan poco, o ministros que no importan mucho; y sus respectivos discursos son apenas un poco menos interesantes que sus trámites o diligencias privados con los que en realidad toman las decisiones, suponiendo que puedan ser identificados. Los mismos miembros del *establishment* (o clase dominante) pueden, en tanto que individuos, tener un poco más de influencia que los accionistas en cuyo interés se conducen todavía (por lo menos en la teoría legal) las empresas capitalistas. Los miembros verdaderos de la clase dominante son hoy cada vez menos las personas y más las organizaciones; no son los Krupps ni los Rockefeller, sino la General Motors y la IBM, para no mencionar la organización del gobierno y del sector público, con quienes fácilmente truecan ejecutivos.[12]

Las dimensiones políticas de la conciencia de clase y en especial la relación entre los miembros de la clase y las organizaciones están cambiando por eso rápidamente. Los problemas de las relaciones del proletariado con los estados de la clase obrera, e incluso con las organizaciones de gran escala de su movimiento en el sistema capitalista, son sólo un caso especial dentro de una situación más general que ha transformado los imperativos de la tecnología y la administración pública o corporativa en gran escala. Esta observación no debería servir solamente para marcar puntos en los debates. Nada es más fútil e indignante que oír a las sartenes decir que los cazos manchan, pensando que con eso se resuelven los problemas. Sigue habiendo clases, y siguen teniendo conciencia. Es la expresión práctica de esa conciencia lo que hoy se debate, dados los cambios del contexto histórico. Pero en este punto, el historiador puede quedarse callado, y no sin satisfacción. Su interés profesio-

12 En un nivel inferior parece también que las diferencias entre los sistemas formalmente liberales y democráticos y otros sistemas políticos están reduciéndose mucho. Ni el presidente De Gaulle, cuya constitución lo defendía de una intervención electoral o parlamentaria excesiva, ni el presidente Johnson, que no tenía tanta defensa, fueron afectados mayormente por las presiones que se reconocen en los sistemas liberales. Ambos eran vulnerables solamente a presiones de índole muy distinta, que operaban fuera de esos sistemas.

nal no es el presente ni el futuro, aunque deba arrojar alguna luz sobre ellos, sino el pasado. Lo que puede suceder y lo que podamos o debamos hacer al respecto no puede ser examinado aquí.

4. LA CONTRIBUCION DE KARL MARX A LA HISTORIOGRAFIA*

El siglo XIX, esa época de la civilización burguesa, tiene varios importantes logros intelectuales en su haber, pero la disciplina académica de la historia, que se desarrolló en ese periodo, no es uno de ellos. En efecto, en todo, salvo en las técnicas de investigación, dicho siglo marcó un claro retroceso frente a los ensayos a menudo mal documentados, especulativos y excesivamente generales, en los que aquellos que fueron testigos de la era más profundamente revolucionaria –la época de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa–, trataron de comprender la transformación de las sociedades humanas. La historia académica, inspirada por la enseñanza y el ejemplo de Leopold von Ranke y difundida en revistas especializadas que se desarrollaron en la última parte del siglo, estaba en lo cierto al oponerse a la generalización insuficientemente apoyada en hechos, o respaldada por hechos nada fidedignos. Pero por otra parte, concentró todos sus esfuerzos en la tarea de establecer "los hechos", con lo cual contribuyó poco a la historia, salvo con una serie de criterios empíricos para interpretar cierto tipo de pruebas documentales (por ejemplo, documentos manuscritos de acontecimientos que implican decisiones conscientes de individuos destacados) y con las técnicas auxiliares necesarias para este propósito.

Pocas veces comprendió la historia académica que estos documentos y procedimientos eran aplicables sólo a una serie limitada de fenó-

* Tomado de *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977. Traducción de Enrique Ruiz Capilla.

menos históricos, porque, carente de sentido crítico, consideraba a ciertos fenómenos dignos de un estudio especial y a otros no. Así pues, no se propueso centrarse en la "historia de los hechos" –en efecto, en algunos países adoptó una clara tendencia institucional– pero su metodología se prestaba más fácilmente a la narrativa cronológica. De ningún modo se limitó totalmente a la historia de las guerras, la política y la diplomacia (o de los reyes, batallas y tratados, en la versión simplificada, pero no desusual, enseñada por los profesores), pero indudablemente tendía a suponer que ésta formaba el núcleo central de los hechos *que concernían al historiador. Esto era historia en singular. Otros temas* podían, cuando eran tratados con erudición y método, dar origen a diversas historias, calificadas con epítetos descriptivos (constitucional, económica, eclesiástica, cultural, historia del arte, de la ciencia o de la filatelia, etcétera). Su conexión con el núcleo principal de la historia era oscura o dejada de lado, a excepción de unas pocas y vagas especulaciones acerca del *Zeitgeist* de las que los historiadores profesionales preferían abstenerse.

En el plano filosófico y metodológico, los historiadores académicos tendieron a demostrar una inocencia igualmente notable. Es verdad que los resultados de esta inocencia coincidieron con lo que en las ciencias naturales era una metodología consciente, aunque discutible, a la que a grandes rasgos podemos llamar positivismo, pero es de dudar que muchos historiadores académicos (a excepción de los países latinos) fuesen conscientes de que eran positivistas. En la mayoría de los casos eran simplemente señores que, lo mismo que aceptaban una materia dada (por ejemplo, la historia político-militar-diplomática) y un área geográfica dada (por ejemplo, la Europa occidental y central) como lo más importante, también aceptaban, entre otras *idées recues,* las del pensamiento científico divulgado, por ejemplo la de que las hipótesis surgen automáticamente del estudio de los "hechos"; la de que la explicación consiste en una serie de encadenamientos de causa y efecto; los conceptos de determinismo, evolución, etcétera. Suponían que, lo mismo que la erudición científica podía establecer el texto definitivo y la sucesión de los documentos que ellos publicaban en series elaboradas e inestimables de volúmenes, así también establecería la verdad definitiva de la historia. La *Cambridge Modern History* de lord Acton fue un ejemplo tardío, pero típico, de tales creencias.

Por lo tanto, incluso para el modesto nivel alcanzado por las ciencias humanas y sociales del siglo XIX, la historia fue una disciplina extremadamente, casi se podría decir que deliberadamente, atrasada. Sus

aportaciones a la comprensión de la sociedad humana pasada y presente fueron insignificantes y accidentales. Puesto que la comprensión de la sociedad exige una comprensión de la historia, más pronto o más tarde tenían que ser halladas formas de exploración del pasado humano más fructíferas y que constituyesen una alternativa. El tema de este ensayo es la contribución del marxismo a esta búsqueda.

Cien años después de Ranke, Arnaldo Momigliano resumió los cambios ocurridos en la historiografía en cuatro apartados.[1]

1. La historia política y religiosa había declinado fuertemente, mientras que "las historias nacionales resultan desfasadas". Como contrapartida se había producido un notable giro hacia la historia socioeconómica.

2. Ya no resultaba habitual, ni desde luego fácil, utilizar "ideas" como explicación de la historia.

3. Las interpretaciones predominantes se planteaban ahora "en función de las fuerzas sociales", aunque esto suscitó de forma más aguda que en tiempos de Ranke la cuestión de la relación entre la explotación de los hechos históricos y la explicación de las acciones individuales.

4. Se había vuelto difícil ahora (1954) hablar de progreso e incluso de desarrollo significativo de los hechos en una dirección determinada.

La última de las observaciones de Momigliano –y lo citamos como constatador del estado de la historiografía más que como analizador– probablemente era más apropiada para los años cincuenta que para las décadas anteriores o posteriores, pero las otras tres observaciones representaban claramente viejas y constantes tendencias en el movimiento antirrankeano desarrollado en historia. Ya en 1910 se observó[2] que desde mediados del siglo XIX se había intentado en historia sustituir un sistema idealista por otro materialista, con lo cual se fue a un declinamiento de la historia política y al desarrollo de la historia "económica o sociológica", sin duda bajo el estímulo cada vez más apremiante del "problema social" que "predominó" en la historiografía de la segunda mitad de dicho siglo.[3] Evidentemente, conquistar las fortalezas de las facultades universitarias y las escuelas de archiveros llevó bastante más tiempo de lo que los entusiastas escritores de enciclopedias supusieron. En 1914, las fuerzas atacantes habían ocupado poco más que las defensas exteriores de la "historia económica" y de la sociología orientada

1 "One Hundred Years after Ranke", en *Studies in Historiography,* London, 1966.
2 *Encyclopaedia Britannica,* 11a. edición, artículo "History".
3 *Enciclopedia Italiana*, artículo "Storiografía".

históricamente, y los defensores no se vieron obligados a una retirada total –aunque de ningún modo conservaban sus posiciones– hasta después de la Segunda Guerra Mundial.[4] No obstante, no hay duda del carácter general y del éxito del movimiento antirrankeano.

La primera cuestión que se nos plantea es en qué medida se ha debido a la influencia marxista esta nueva orientación. La segunda cuestión es en qué forma continúa contribuyendo la influencia marxista a dicha orientación.

No puede existir duda alguna de que la influencia del marxismo fue muy considerable desde el principio. Hablando en términos generales, la otra y única escuela o corriente de pensamiento que aspiró a la reconstrucción de la historia y ejerció influencia en el siglo XIX, fue el positivismo (ya se escriba con P minúscula o mayúscula). El positivismo, hijo tardío de la Ilustración del siglo XVIII, habría ganado nuestra admiración en el siglo XIX. Su mayor contribución a la historia fue la introducción de conceptos, métodos y modelos de las ciencias naturales en la investigación de la sociedad, y la aplicación a la historia de tales aportaciones de las ciencias naturales, en la medida en que parecía conveniente. Estos logros no eran despreciables, pero sí limitados, tanto más cuanto que lo más parecido a un modelo de cambio histórico, una teoría de la evolución calcada de la biología o la geología, y que a partir de 1859 obtuvo del darwinismo estímulo y ejemplo, sólo es una guía muy tosca e inadecuada para la historia. Por consiguiente, los historiadores inspirados por Comte o Spencer han sido pocos, y, como es el caso de Buckle o incluso de los más importantes, Taine o Lamprecht, su influencia en la historiografía fue limitada y temporal. La debilidad del positivismo (o Positivismo) fue que, a pesar de la convicción de Comte de que la sociología era la más elevada de las ciencias, tenía poco qué decir acerca de los fenómenos que caracterizan a la sociedad humana, en calidad de diferentes de los que podían derivarse directamente de la influencia de factores no sociales o estar formados según el modelo de las ciencias naturales. La visión que el positivismo tenía del carácter humano de la historia era especulativa, cuando no metafísica.

Por lo tanto, el mayor ímpetu para la transformación de la historia provino de las ciencias sociales orientadas históricamente (por ejemplo, la escuela histórica de economía alemana), pero especialmente de Marx,

4 En efecto, durante varios años después de 1950, organizaron con bastante éxito una contraofensiva, animados por el clima favorable de la guerra fría, pero también, quizás, por la incapacidad, por parte de los innovadores, de consolidar su avance inesperadamente rápido.

cuya influencia se consideró tan grande que se le atribuyó el mérito de logros de los que él no pretendió haber sido el autor. El materialismo histórico fue descrito habitualmente –a veces incluso por marxistas– como "determinismo económico". Además de rechazar esta frase, Marx desde luego habría negado también que él hubiera sido el primero en acentuar la importancia de la base económica del desarrollo histórico, o en describir la historia de la humanidad como la de una sucesión de sistemas socioeconómicos. Desde luego negó poseer la primacía de la introducción de los conceptos de clase y de lucha de clases en la historia, pero fue en vano. En la *Enciclopedia italiana* se afirma que *"Marx ha introdotto nella storiografia il concetto di classe"*.

No es el propósito de este ensayo trazar la contribución específica de la influencia marxista a la transformación de la historiografía moderna. Evidentemente, difirió de un país a otro. Así, en Francia fue relativamente pequeña, al menos hasta después de la Segunda Guerra Mundial, a causa de la penetración notablemente tardía y lenta de las ideas marxistas en todos los campos de la vida intelectual de ese país.[5] Aunque en los años veinte penetraron en cierta medida influencias marxistas en el campo sumamente político de la historiografía de la Revolución Francesa –pero, como lo demuestra la obra de Jaurés y Georges Lefebvre, en combinación con ideas sacadas de las tradiciones nativas de pensamiento–, la mayor reorientación de los historiadores franceses fue dirigida por la escuela de los *Annales*, que desde lugeo no necesitó que Marx atrajese su atención sobre las dimensiones económicas y sociales de la historia (sin embargo, es tan fuerte la identificación popular del interés por tales temas con el marxismo, que no hace mucho[6] el *Times Literary Supplement* ha situado incluso a Fernand Braudel bajo la influencia de Marx). Inversamente, hay países de Asia o Latinoamérica en los que la transformación, cuando no la creación, de la historiografía moderna casi se puede identificar con la penetración del marxismo. En tanto que se acepte que, hablando en términos globales, la influencia marxista fue considerable, no necesitamos proseguir más allá el tema en el presente contexto.

Hemos planteado el tema, no tanto para establecer el hecho de que la influencia marxista ha desempeñado un importante papel en la modernización de la historiografía, como para ilustrar la mayor dificultad en establecer su contribución precisa. Porque, como hemos visto, la

5 *Cfr.* George Lichtheim, *Marxism in Modern France*, 1966.
6 15 de febrero de 1968.

influencia marxista entre los historiadores ha sido identificada con unas pocas ideas relativamente simples, si bien poderosas, que de un modo u otro han sido asociadas con Marx y los movimientos inspirados por su pensamiento, pero que en absoluto son marxistas necesariamente, o que, en la forma en que han influido más, no son necesariamente representativas del pensamiento maduro de Marx. Llamaremos a este tipo de influencia "marxista-vulgar" y el mayor problema de análisis consiste en separar el componente marxista-vulgar del componente marxista en el análisis histórico.

Para dar algunos ejemplos: parece claro que "el marxismo-vulgar" abarcaba en lo sustancial los siguientes elementos:

1. La "interpretación económica de la historia", es decir, la creencia de que "el factor económico es el factor fundamental del que dependen los demás" (para usar la frase de R. Stammler); y más concretamente, del que dependían los fenómenos que hasta entonces se había considerado que no tenían mucha relación con los temas económicos.

2. El modelo de "base y superestructura" (usado más ampliamente para explicar la historia de las ideas). A pesar de las propias advertencias de Marx y Engels, y de las sofisticadas observaciones de algunos marxistas de la primera generación como Labriola, este modelo fue interpretado usualmente como una simple relación de dominio y dependencia entre la "base económica" y la "superestructura"; mediada a lo sumo por

3. "Intereses de clase y lucha de clases". Uno tiene la impresión de que un cierto número de historiadores marxistas-vulgares no leyeron mucho más allá de la primera página del *Manifiesto comunista,* y de la frase de que "la historia (escrita) de todas las sociedades existentes hasta ahora es la historia de la lucha de clases".

4. "Las leyes históricas y la inevitabilidad histórica". Se creyó, correctamente, que Marx insitía en un desarrollo sistemático y nece[illegible]io de la sociedad humana en la historia, del que lo contingente e[illegible] excluido en su mayor parte, en todo caso a nivel de la generali[illegible] sobre movimientos de larga duración. De aquí la constante preocupa[illegible] de los escritores marxistas de historia de la primera generación por [illegible]blemas como el papel del individuo o del accidente en historia. Por [illegible] lado, esto podía ser interpretado, y en gran parte lo fue, como una regularidad rígida e impuesta, por ejemplo en la sucesión de las formaciones socioeconómicas, o incluso como un determinismo mecánico que algunas veces equivalió a sugerir que no existían alternativas de ningún tip[illegible] en la historia.

5. Temas específicos de investigación histórica derivados del interés del propio Marx, por ejemplo por la historia del desarrollo y la industrialización capitalistas, pero a veces derivados también de observaciones más o menos casuales.

6. Temas específicos de investigación derivados no tanto del interés de Marx, como del interés de los movimientos relacionados con su teoría, por las agitaciones de las clases oprimidas (campesinos, obreros), por ejemplo, o por las revoluciones.

7. Diversas observaciones acerca de la naturaleza y los límites de la historiografía, que se derivaban principalmente del 2o. apartado, y servían para explicar los motivos y métodos de historiadores que pretendían no ser otra cosa que perseguidores imparciales de la verdad, y se enorgullecían de establecer simplemente *"wie as eigenthicb gewesen"*.

Resulta evidente en seguida que estos elementos representaban, en el mejor de los casos, una selección de los puntos de vista de Marx sobre la historia, y en el peor de los casos (como ocurre bastante a menudo en Kautsky) una asimilación de los mismos por puntos de vista contemporáneos no marxistas –por ejemplo, evolucionistas y positivistas–. También resulta evidente que algunos apartados no representaban a Marx en absoluto, sino el tipo de preocupaciones que serían desarrollados de forma natural por todo historiador relacionado con los movimientos populares, obreros y revolucionarios, y que también habrían sido desarrollados sin la intervención de Marx, por ejemplo la preocupación por los primeros ejemplos de la lucha social y de la ideología socialista. Así, en el caso de la temprana monografía de Kautsky sobre Thomas Moore, no hay nada específicamente marxista en la elección del tema y su tratamiento es "marxista-vulgar".

Sin embargo esta selección de elementos de, o relacionados con, el marxismo, no fue arbitraria. Los puntos 1, 4 y 7 del breve examen del r xismo vulgar que he hecho arriba, representaban cargas concentradas xplosivo intelectual, encaminadas a hacer estallar partes cruciales de rtificaciones de la historia tradicional, y como tales eran inmensa-nte poderosas. Quizá más poderosas de lo que lo habrían sido versio- menos simplificadas del materialismo histórico, y desde luego lo stante poderosas, en su capacidad de arrojar luz sobre lugares hasta entonces oscuros, como para mantener satisfechos a los historiadores por un tiempo considerable. Es difícil reproducir el asombro sentido a finales del siglo XIX por un especialista de las ciencias sociales inteligente e ilustrado, al encontrarse con las siguientes observaciones marxistas acerca del pasado: "Que la propia Reforma es atribuida a una causa eco-

nómica, que la duración de la Guerra de los treinta años se debió a causas económicas, las Cruzadas al hambre feudal de las tierras, la evolución de la familia a causas económicas, y que la visión de Descartes de los animales como máquinas puede ser relacionada con el desarrollo del sistema manufacturero".[7] Con todo, aquellos de nosotros que recordamos nuestros primeros encuentros con el materialismo histórico aún podemos atestiguar la inmensa fuerza liberadora de tales sencillos descubrimientos. Sin embargo, si de esta forma fue natural, y quizás necesario, para el impacto inicial del marxismo, que éste adoptase una forma simplificada, la presente selección de elementos de Marx también representó una selección histórica. Así, unas pocas observaciones de Marx en *El capital* acerca de la relación entre protestantismo y capitalismo, influyeron enormemente, presumiblemente porque el problema de la base social de la ideología en general, y de la naturaleza de las ortodoxias religiosas en particular, era un tema de un interés inmediato e intenso.[8] Por otra parte, algunas de las obras en las que el propio Marx se acercó más al trabajo propiamente de historiador, por ejemplo el magnífico *Dieciocho Brumario*, no estimularon a los historiadores hasta mucho más tarde; probablemente porque los problemas sobre los que arrojaban más luz, por ejemplo el de la conciencia de clase y el campesinado, parecían de un interés menos inmediato.

La mayor parte de lo que consideramos influencia marxista en historiografía ha sido en realidad marxista-vulgar en el sentido que hemos descrito arriba. Consiste en la acentuación general de los factores económicos y sociales en historia, que ha predominado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en todos los países salvo en una minoría (por ejemplo, hasta hace poco Alemania occidental y los Estados Unidos), y que continúa ganando terreno. Debemos repetir que esta tendencia, aunque en lo fundamental es producto, sin duda, de la influencia marxista, no tiene ninguna conexión especial con el pensamiento de Marx. El mayor impacto que las propias ideas específicas de Marx han tenido en la historia y en las ciencias sociales en general, es casi con certeza el de la teoría de "base y superestructura"; es decir, el de su modelo de una sociedad compuesta de diferentes "niveles" que se influyen mutua-

7 J. Bonar, *Philosophy and Political Economy*, 1893, p. 367.

8 Estas observaciones habrían de dar lugar a una de las primeras penetraciones de lo que indudablemente constituye una influencia marxista en la historiografía ortodoxa, es decir, el famoso tema sobre el que Sombart, Weber, Troeltsch y otros habían de efectuar variaciones. El debate aún está lejos de ser agotado.

mente. La propia jerarquía de los niveles a forma de interacción de Marx (en la medida en que éste la haya proporcionado)[9] no ha sido acogida muy ampliamente como una valiosa contribución, incluso por no marxistas. El modelo específico de desarrollo histórico de Marx –incluyendo el papel de los conflictos de clase, la sucesión de las formaciones socioeconómicas y el mecanismo de transición de una a otra– ha permanecido mucho más discutible, incluso en algunos casos entre marxistas. Sería conveniente que fuese debatido y, en particular, que se le aplicase el criterio usual de verificación histórica. Es indudable que deberían ser abandonadas algunas partes de él, que están basadas en pruebas insuficientes o erróneas; por ejemplo, en el campo del estudio de las sociedades orientales, donde Marx combina una profunda penetración con presupuestos equivocados, como es el caso de la estabilidad interna de algunas de esas sociedades. Sin embargo, la pretensión de este ensayo es que el valor principal de Marx para los historiadores se encuentra hoy en sus afirmaciones sobre historia, en calidad de diferentes de sus afirmaciones sobre la sociedad en general.

La influencia marxista (y marxista-vulgar) que ha sido más efectiva hasta ahora, forma parte de una tendencia general a transformar la historia en una de las ciencias sociales, una tendencia resistida por algunos con más o menos sutileza, pero que, indudablemente, ha sido la tendencia predominante en el siglo XX. La mayor contribución del marxismo, es decir, de los intentos de asimilar el estudio de las ciencias sociales al de las ciencias naturales, o el de las ciencias humanas al de las no humanas. Esto implica el reconocimiento de las sociedades como sistemas de relaciones entre seres humanos, de las cuales son primarias para Marx las relaciones establecidas con el propósito de la producción y la reproducción. También implica el análisis de la estructura y del funcionamiento de estos sistemas como entidades que se mantienen a sí mismas, tanto en sus relaciones con el medio exterior –no humano y humano–, como en sus relaciones internas. El marxismo está lejos de ser la única teoría funcional-estructuralista de la sociedad, aunque tiene bastante derecho a ser la primera de ellas, pero difiere de la mayor parte de las demás por dos razones. En primer lugar, insiste en una jerarquía de los fenómenos sociales (por ejemplo, "base" y "superestructura") y, en segundo lugar, en la existencia de tensiones internas ("contradicciones") dentro de

9 Uno debe estar de acuerdo con L. Althusser en que su tratamiento de los niveles "superestructurales" quedó mucho más incompleto y cuestionable que el de la "base".

toda sociedad, que contrarrestan la tendencia del sistema a mantenerse a sí mismo como una empresa en pleno funcionamiento.[10]

La importancia de estas peculiaridades del marxismo se encuentra en el campo de la historia, porque son ellas las que le permiten explicar a aquél –a diferencia de otros modelos funcional-estructuralistas de la sociedad– por qué y cómo cambian y se transforman las sociedades; en otras palabras, los hechos de la evolución social.[11] La fuerza inmensa de Marx ha estado siempre en su insistencia en la existencia tanto de la estructura social como de su historicidad, o en otras palabras, en su dinámica interna de cambio. Hoy, cuando la existencia de los sistemas sociales es aceptada de ordinario, pero a costa del análisis ahistórico, cuando no antihistórico, de los mismos, el énfasis de Marx en la historia, como una dimensión necesaria, es quizás más esencial que nunca.

Esto implica dos críticas específicas de las teorías que predominan actualmente en las ciencias sociales.

La primera es la crítica del mecanismo que predomina en gran parte de las ciencias sociales, especialmente en los Estados Unidos, y extrae su fuerza tanto de la notable efectividad de los complejos modelos mecanicistas en la fase actual del avance científico, como de la búsqueda de métodos de consecución del cambio social que no impliquen una revolución social. Uno puede añadir quizás que la abundancia de dinero y de ciertas nuevas tecnologías, adecuadas para su empleo en el campo social, que en la actualidad están a disposición de los países industriales más ricos, hace que resulte muy atractivo para dichos países este tipo de "ingeniería social" y las teorías en las que está basado. Tales teorías son en lo esencial ejercicios de "resolución de problemas". Teóricamente, son extraordinariamente primitivas, quizás más toscas que la mayoría de las teorías correspondientes del siglo XIX. De este modo, muchos especialistas de las ciencias sociales, bien conscientemente o bien de *facto*, reducen el proceso de la historia a un único paso de la sociedad "tradicional" a la "moderna" o "industrial" siendo definida la "moderna" en función de los países industriales avanzados, o incluso de los Estados Unidos de mediados del siglo XX, y la sociedad "tradicional" como aquella que carece de "modernidad". A efectos prácticos,

10 Apenas se necesita decir que la "base" no consiste en la tecnología o la economía, sino en "la totalidad de las relaciones de producción", es decir, en la organización social en su sentido más amplio, en tanto que referida a un nivel dado de las fuerzas materiales de producción.

11 Evidentemente, el uso de este término no implica ninguna similitud con el proceso de la evolución biológica.

este grande y único paso puede ser subdividido en dos más pequeños, tales como los de las etapas de crecimiento económico de Rostow. Estos modelos eliminan la mayor parte de la historia para concentrarse en una pequeña parte de ella, aunque hay que reconocer que vitalmente, y simplifican enormemente los mecanismos del cambio histórico incluso en este pequeño espacio de tiempo. Tales modelos afectan a los historiadores sobre todo porque la dimensión y el prestigio de las ciencias sociales que los desarrollan animan a los investigadores de la historia a emprender proyectos que están influidos por dichos modelos. Es bastante evidente, o debería serlo, que éstos no pueden proporcionar ningún modelo de cambio histórico adecuado, pero su presente popularidad hace que resulte importante que los marxistas nos acordemos constantemente de tal evidencia.

La segunda es la crítica de las teorías funcional-estructuralistas que, si bien son mucho más sutiles, desde varios puntos de vista son más estériles incluso, ya que pueden negar totalmente la historicidad, o transformarla en algo distinto. Tales concepciones son más influyentes incluso dentro de la esfera de influencia del marxismo, porque parecen proporcionar un medio de liberarla del evolucionismo característico del siglo XIX, con el que tan a menudo estuvo combinado, aunque a costa de privarla también del concepto de "progreso" que también fue característico del pensamiento del siglo XIX, incluido el de Marx. ¿Pero por qué deberíamos desear hacer esto?[12] Desde luego, el propio Marx no habría deseado hacerlo: ofreció dedicar *El capital* a Darwin, y difícilmete habría estado en desacuerdo con la famosa frase de Engels grabada en su tumba, en la que lo elogiaba por haber descubierto las leyes de la evolución en la historia humana, como había hecho Darwin en la naturaleza orgánica (desde luego, Marx no habría deseado disociar el progreso de la evolución, y en efecto, culpó explícitamente a Darwin por convertir al primero en un subproducto meramente accidental del segundo).[13]

La cuestión fundamental en historia radica en cómo se desarrolló la humanidad desde el más antiguo primate utilizador de utensilios hasta nuestros días. Esto implica el descubrimiento de un mecanismo tanto para la diferenciación de los diversos grupos sociales humanos como para la transformación de un tipo de sociedad en otra, o la imposibili-

12 Existen razones históricas para esta rebelión contra el aspecto "revolucionario" del marxismo, por ejemplo el rechazo –por razones políticas– de las ortodoxias kautskianas, pero no es éste el momento para hablar de ellas.
13 "Marx a Engels", 7-8-1866, *Werke*, t. 31, p. 248.

dad de conseguirlo. En ciertos aspectos, que los marxistas y el sentido común consideran como cruciales, tales como el control del hombre sobre la naturaleza, implica desde luego un cambio o progreso unidireccional, por lo menos en un espacio de tiempo bastante largo. Siempre que no supongamos que los mecanismos de tal desarrollo social son los mismos o similares a los de la evolución biológica, no parece haber ninguna razón de peso para no emplear el término "evolución" para él.

Desde luego, la argumentación es más que terminológica. Encubre dos tipos de discrepancias: acerca del juicio de valor sobre diferentes tipos de sociedades, o en otras palabras, acerca de la posibilidad de clasificarlas en algún tipo de orden jerárquico y acerca de los mecanismos de cambio. Los funcional-estructuralistas han tendido a negarse a clasificar las sociedades en "superiores" o "inferiores", en parte a causa de la grata negativa de los especialistas en antropología social a aceptar la pretensión por parte de las sociedades "civilizadas" de dirigir a las "bárbaras" a causa de su supuesta superioridad en la evolución social, y en parte porque, según el criterio formal de función, no existe, en efecto, tal jerarquía. Los esquimales resuelven los problemas de su existencia como grupo social[14] con tanto éxito, dentro de sus coordenadas, como los habitantes blancos de Alaska; algunos estarían tentados a decir que con más éxito. Bajo ciertas condiciones y bajo ciertos presupuestos, el pensamiento mágico puede ser tan lógico, a su manera, como el pensamiento científico, y tan adecuado como éste para el propósito que persigue. Y así por añadidura. Estas observaciones son válidas, aunque no son muy útiles, en tanto que el historiador, o cualquier otro especialista de las cincias sociales, deseen explicar el contenido específico de un sistema en lugar de su estructura general.[15] Pero en todo caso son inaplicables a la cuestión del cambio evolutivo, cuando no verdaderamente tautológicas. Las sociedades humanas deben ser capaces, si han de persistir, de gobernarse con éxito, y por lo tanto todas las existentes deber ser adecuadas desde el punto de vista funcional; si no, se habrían extinguido, como les ocurrió a los Shakers por falta de un sistema de procreación

14 En el sentido en que Lévi-Strauss habla de los sistemas de parentesco (u otros mecanismos sociales) como de un "conjunto coordinado, cuya función es asegurar la permanencia del grupo social" (Sol Tax, ed., *Anthropology Today*, 1962, p. 343).

15 "Sigue siendo verdad... incluso para una versión debidamente renovada del análisis funcional, que su forma explicativa es más bien limitada; en particular, no proporciona una explicación de por qué un caso concreto *i*, en vez de algún equivalente funcional suyo, ocurre en un sistema *s*." Carl Hempel, en L. Gross, ed., *Symposium on Social Theory*. 1959.

sexual o de reclutamiento del exterior. Comparar las sociedades respecto a su sistema de relaciones internas entre sus miembros es, inevitablemente, comparar igual con igual. Es al compararlas respecto a su capacidad de controlar la naturaleza exterior, cuando las diferencias saltan a la vista.

La segunda discrepancia es más fundamental. La mayor parte de las versiones del análisis funcional-estructuralista son sincrónicas, y cuanto más elaboradas y complejas son, más se reduen a la estática social, en la que, si el tema interesa al pensador, se ha de introducir algún elemento dinamizador.[16] El que esto se pueda hacer satisfactoriamente o no, es una cuestión debatida incluso entre los estructuralistas. Parece ampliamente aceptado que no se puede emplear *el mismo análisis* para explicar a la vez la función y el cambio histórico. La cuestión en este punto no es que sea incorrecto desarrollar modelos de análisis separados para lo estático y lo dinámico, como los esquemas de Marx de reproducción simple y ampliada, sino que la investigación histórica hace deseable para estos modelos diferentes que estén conectados. El proceder más sencillo para el estructuralista es omitir el cambio y dejar la historia para otros, o incluso, como hicieron algunos de los primeros antropólogos sociales británicos, negar virtualmente su relevancia. Sin embargo, puesto que el cambio existe, el estructuralismo debe encontrar las formas de explicarlo.

Mi sugerencia es que estas formas deben, o bien acercar el estructuralismo al marxismo, o bien llevarlo a una negación del cambio evolutivo. Me parece que esto último es lo que hace el enfoque de Lévi-Strauss (y el de Althusser). En ellos, el cambio histórico se convierte simplemente en la permutación y combinación de ciertos "elementos" (análogos, para citar a Lévi-Strauss, a los genes en genética), que, en un plazo lo suficientemente largo, se puede esperar que se combinen en diferentes modelos y que agoten, si son lo suficientemente limitados, las posibles combinaciones.[17] La historia es, como lo fue, el proceso de agotar

16 Como afirma Lévi-Strauss, al escribir sobre los modelos de parestesco, "si ningún factor externo estuviera afectando a este mecanismo, funcionaría indefinidamente, y la estructura social permanecería estática. Sin embargo, no ocurre así; de aquí la necesidad de introducir en el modelo teórico nuevos elementos que expliquen los cambios diacrónicos de la estructura". *Loc. cit.* p. 343.

17 Está claro, sin embargo, que es la naturaleza de este concepto de "combinación" la que fundamenta la afirmación de que el marxismo *no es un historicismo:* ya que el concepto marxista de la historia reposa en el principio de la variación de las formas de esta "combinación". *Cfr. Lire le Capital,* t. II, p. 153 (hay traducción española, México, Siglo XXI.)

todas las variantes en una partida final de ajedrez. ¿Pero en qué orden? Aquí la teoría no nos proporciona ninguna guía.

Sin embargo éste es precisamente el problema específico de la evolución histórica. Es verdad, desde luego, que Marx concibió tal combinación y recombinación de elementos o "formas", como subraya Althusser, y en éste, como en otros aspectos, fue un estructuralista *avant la lettre*; o, para ser más exactos, un pensador del cual un Lévi-Strauss pudo extraer (según su propia admisión) al menos en parte, el término estructuralista.[18] Es importante no olvidar un aspecto del pensamiento de Marx que indudablemente descuidaron las primeras tradiciones del marxismo, con unas pocas excepciones (entre las cuales debemos incluir, curiosamente, algunas de las aportaciones de los marxistas soviéticos en el periodo de Stalin, aunque éstos no fueran totalmente conscientes de las implicaciones de lo que estaban haciendo). Aún es más importante acordarnos de que el análisis de los elementos y de sus posibles combinaciones proporciona (como en genética) un saludable control de las teorías evolucionistas, al establecer lo que es posible e imposible desde el punto de vista teórico. También es posible —aunque esta cuestión debe quedar abierta— que tal análisis podría proporcionar una mayor precisión a la definición de los diversos "niveles" sociales (base y superestructura) y de sus relaciones, como sugiere Althusser.[19] Lo que no hace es explicar por qué la Gran Bretaña del siglo XX es un país muy diferente de la Gran Bretaña del neolítico, o la sucesión de las formaciones socioeconómicas, o el mecanismo de las transiciones de una a otra, o, para el caso, por qué Marx dedicó tanto tiempo de su vida a responder a tales cuestiones.

Si han de ser contestadas tales cuestiones, son necesarias las dos peculiaridades que distinguen al marxismo de otras teorías funcional-estructuralistas: el modelo de *niveles*, de los que el de las relaciones

18 R. Bastide, ed., *Sens et usage du terme structure dans les sciences sociales et humaines*, 1962, p. 143.

19 "Vemos, por lo tanto, que ciertas relaciones de producción suponen como condición de su propia existencia, la existencia de una superestructura jurídico-política e ideológica, y vemos por qué esta *superestructura* es necesariamente *específica* (...) vemos también que algunas otras relaciones de producción no requieren una superestructura política, sino solamente una superestructura ideológica (las sociedades sin clases). Vemos por fin que la naturaleza de las relaciones de producción consideradas, no solamente requiere o no requiere tal o cual forma de superestructura, sino que fija igualmente el *grado de eficacia* delegado a tal o cual nivel de la totalidad social". *Loc. cit.* p. 153.

sociales de producción es el principal, y la existencia de contradicciones internas dentro de los sistemas, de las que el conflicto de clases es meramente un caso particular.

La jerarquía de niveles es necesaria para explicar por qué la historia tiene una *dirección*. Es la creciente emancipación del hombre de la naturaleza, y su creciente capacidad de controlarla, lo que hace a la historia en su totalidad (aunque no cada área y periodo de ella) "orientada e irreversible", para citar a Lévi-Strauss una vez más. Una jerarquía de niveles que no surgiese de la base de las relaciones sociales de producción no tendría necesariamente esta característica. Además, puesto que el proceso y el progreso del control del hombre sobre la naturaleza supone cambios no simplemente en las fuerzas de producción (por ejemplo, nuevas técnicas) sino en las relaciones sociales de producción, implica un cierto orden en la sucesión de los sistemas socioeconómicos (no implica la aceptación como sucesivas cronológicamente de la relación de formaciones dada en el *Prefacio* a la *Crítica de la economía política,* de las que Marx probablemente no creía que se sucediesen en el tiempo, y aun menos implica una teoría de la evolución universal unilineal. Sin embargo, sí que implica el no poder concebir que ciertos fenómenos sociales aparezcan en la historia antes que otros, por ejemplo las economías que poseen la dicotomía campo-ciudad, antes que las que carecen de ella). Y por la misma razón implica que esta sucesión de sistemas no pueda ser ordenada simplemente en una dimensión, tecnológica (tecnologías inferiores precediendo a las superiores) o económica (*Geldwirtschaft* sucediendo a *Naturalwirtschaft*), sino que debe ser ordenada también en función de sus sistemas sociales.[20] Porque es una característica esencial del pensamiento histórico de Marx que no es ni "sociólogo" ni "económico", sino las dos cosas simultáneamente. Las relaciones sociales de producción y reproducción (es decir, la organización social en su sentido más amplio) y las fuerzas materiales de producción no pueden ser separadas.

Dada esta "orientación" del desarrollo histórico, las contradicciones internas de los sistemas socioeconómicos proporcionan el mecanismo para el cambio, que se convierte en desarrollo (sin él, se podría sostener que aquéllas producirían meramente un fluctación cíclica, un proceso sin fin de desestabilización y reestabilización; y, desde luego, los cambios que pudiesen surgir de los contactos y conflictos de diferentes

20 **Desde luego, éstos pueden ser descritos, si nos parece útil, como diferentes combinaciones de un número dado de elementos.**

sociedades). La cuestión acerca de tales contradicciones internas es que no pueden ser definidas simplemente como "disfuncionales", salvo en el supuesto de que la estabilidad y la continuidad sean la norma, y el cambio la excepción; o incluso en el supuesto más ingenuo, frecuente en las ciencias sociales vulgares, de que un sistema específico es el modelo al que aspira todo cambio.[21] Más bien se ha de considerar, como actualmente se reconoce mucho más ampliamente que antes entre los especialistas en antropología social, que es inadecuado un modelo estructural que únicamente pretenda el mantenimiento de un sistema. Es la existencia simultánea de elementos estabilizadores y disolventes lo que tal modelo debe reflejar. Y es en esto en lo que se ha basado el modelo marxista (aunque no las versiones marxistas-vulgares de él).

Tal modelo dual (dialéctico) es difícil de establecer y usar, porque en la práctica es grande la tentación de manejarlo, según el gusto o la ocasión, o bien como un modelo de funcionalismo estable o como un modelo de cambio revolucionario; cuando lo interesante de él es que es las dos cosas. Es igualmente importante constatar que a veces las tensiones internas pueden ser reabsorbidas en un modelo autoestabilizador mediante su ajuste como estabilizadores funcionales y que otras veces no pueden. El conflicto de clase puede ser regulado mediante una especie de válvula de seguridad, como en tantas revueltas de plebeyos urbanos en las ciudades preindustriales, o institucionalizado como "rituales de la rebelión" (para emplear la frase iluminadora de Max Gluckman) o de otras formas; pero a veces no puede serlo. El Estado normalmente legitimará el orden social mediante el control del conflicto de clases dentro de un sistema estable de instituciones y valores, permaneciendo ostensiblemente por encima y fuera de ellos (el rey remoto como "fuente de justicia"), y al hacer esto perpetuará una sociedad que de otra forma se vería desgarrada por sus tensiones internas. En efecto, ésta es la teoría marxista clásica del origen y función del Estado, tal como es expuesta en *El origen de la familia*.[22] Sin embargo hay situaciones en las que pierde esta función y —incluso en las mentes de sus súbditos—

21 Se puede añadir que es de dudar que tales contradicciones puedan ser clasificadas simplemente como "conflictos", aunque en tanto que concentremos nuestra atención en los sistemas sociales como sistemas de relaciones entre personas se puede esperar normalmente que aquéllas tomen la forma de conflictos entre individuos y grupos o, más metafóricamente, entre sistemas de valores, funciones, etcétera.

22 Que el Estado sea o no la única institución que desempeña esta función, ha sido una cuestión que preocupó mucho a marxistas como Gramsci, pero que no nos concierne a nosotros aquí necesariamente.

esta capacidad de legitimar y aparecer meramente como —para usar la frase de Thomas Moore— una "conspiración del rico para su propio beneficio", cuando no lo hace como la causa directa de las miserias del pobre. Esta naturaleza contradictoria del modelo puede ser oscurecida al subrayar la existencia indudable de fenómenos *separados* en la sociedad, que representen la estabilidad regulada y la subversión: grupos sociales que, según se afirma, pueden ser integrados en la sociedad feudal, como el "capital mercantil", y grupos que no pueden serlo, como la "burguesía industrial"; o movimientos sociales que son puramente "reformistas", y los que son conscientemente "revolucionarios". Pero aunque tales separaciones existen, y cuando existen indican un cierto estadio del desarrollo de las contradicciones internas de la sociedad (que para Marx *no* son exclusivamente las del conflicto de clases).[23] Es igualmente significativo que los mismos fenómenos puedan cambiar sus funciones según la situación: movimientos para la restauración del viejo orden regulador de la sociedad de clases, que se convierten (como algunos movimientos campesinos) en revoluciones sociales, partidos conscientemente revolucionarios que son absorbidos en el *statu quo.*[24]

Por difícil que pueda ser, los especialistas de las ciencias sociales de diversas ramas (incluyendo, como podemos observar, ecólogos del reino animal, especialmente investigadores de la dinámica de la población y del comportamiento social animal) han comenzado a considerar la construcción de modelos de equilibrio basados en la tensión o en el conflicto, y con ello han comenzado a acercarse al marxismo y a alejarse de los viejos modelos de sociología que consideraban el problema del orden como lógicamente prioritario al del cambio y subrayaban los elementos integradores y normativos de la vida social. Al mismo tiempo, debemos admitir que el propio modelo de Marx debe hacerse más explícito de lo que lo es en sus escritos, que puede requerir elaboración y desarrollo, y

23 G. Lichtheim (*Marxism*, 1961, p. 152) indica con acierto que el antagonismo de clase sólo desempeña un papel subordinado en el modelo de Marx de la desintegración de la antigua sociedad romana. El punto de vista de que ésta debe haberse debido a "las revueltas de los esclavos" no tiene base alguna en Marx.

24 Como dijo Wersley, resumiendo su obra en estas líneas, "el cambio en un sistema, o bien debe acumularse de cara al cambio estructural del sistema, o ser atacado por alguna especie de mecanismo catártico", "The Analysis of Rebellion and Revolution in Modern British Social Anthropology", *Science and Society*, XXV, I, 1961, p. 37. La ritualización en las relaciones sociales hace sentir como tal una actuación simbólica, libre de tensiones que de otro modo podrían resultar intolerables.

que ciertos vestigios del positivismo del siglo XIX, más evidentes en las formulaciones de Engels que en las del propio pensamiento de Marx, deben ser suprimidos.

Así pues, quedan por resolver todavía los problemas históricos *específicos* de la naturaleza y sucesión de las formaciones socioeconómicas y los mecanismos de su desarrollo interno y de su interacción.

Estos son campos en los que la discusión ha sido intensa desde Marx,[25] y no menos en las pasadas décadas, y donde, en ciertos aspectos, ha sido más notable el avance sobre Marx.[26] Aquí, también, los análisis recientes han confirmado la brillantez y la profundidad del enfoque y la visión generales de Marx, aunque también han llamado la atención sobre las lagunas existentes en el tratamiento de Marx, particularmente de los periodos precapitalistas. Sin embargo estos temas difícilmente pueden ser discutidos ni siquiera en la forma más superficial, si no es desde el punto de vista del conocimiento histórico concreto; es decir, que no pueden ser discutidos en el contexto del presente ensayo. A falta de tal discusión, sólo puedo afirmar mi convicción de que el enfoque de Marx es aún el único que nos permite explicar en toda su amplitud la historia de la humanidad, y constituye el punto de partida más fructífero para el debate moderno.

Nada de esto es especialmente nuevo, aunque algunos de los textos que contienen las reflexiones más maduras de Marx sobre temas históricos no llegaron a estar a nuestra disposición hasta la década de los años cincuenta, especialemente los *Grundrisse* de 1857-1858. Además, la disminución de las ventajas de la aplicación de los modelos marxistas-vulgares ha conducido en las últimas décadas a una sustancial complejidad de la historiografía marxista.[27] En efecto, uno de los rasgos más característicos de la historiografía marxista occidental contemporánea es la crítica de los esquemas mecánicos, simplistas, de tipo determinista económico. Sin embargo, independientemente de que los historiadores

25 *Cfr.* un gran número de investigaciones y discusiones sobre las sociedades orientales, derivadas de un número muy pequeño de páginas de Marx, de las que algunas de las más importantes –las de los *Grundrisse*– no estuvieron a nuestra disposición hasta hace quince años.

26 Por ejemplo, en el campo de la prehistoria, las obras de los últimos años de V. Gordon Childe, quizás el pensamiento histórico de los países de habla inglesa que ha aplicado de forma más original el marxismo pasado.

27 Compárese, por ejemplo, los enfoques de *Capitalism and Slavery*, 1964, del doctor Eric Williams, una obra que abre nuevos caminos, valiosa e iluminadora, y los del profesor Eugéne Genovese, sobre el problema de las sociedades esclavistas americanas y la abolición de la esclavitud.

marxistas hayan avanzado sustancialmente o no más allá de Marx, su contribución adquiere una nueva importancia hoy, a causa de los cambios que se están produciendo en la actualidad en las ciencias sociales. Mientras que la función más importante del materialismo histórico en la primera mitad del siglo después de la muerte de Engels fue acercar la historia a las ciencias sociales, aunque evitando las excesivas simplificaciones del positivismo, hoy se le plantea la rápida historización de las ciencias sociales mismas. Privadas de toda ayuda por parte de la historiografía académica, éstas han comenzado a improvisar más cada vez, aplicando sus propios procedimientos característicos al estudio pasado, con resultados que a menudo son complejos desde el punto de vista técnico, pero que, como se ha indicado, están basados en modelos de cambio históricos más toscos, incluso, en algunos aspectos, que los del siglo XIX.[28] En este campo es grande el valor del materialismo histórico de Marx, aunque es natural que los especialistas de las ciencias sociales orientados históricamente puedan sentir menos necesidad de la insistencia de Marx en la importancia de los elementos económicos y sociales en historia, que la que sintieron los historiadores de principio del siglo XX; e inversamente, es posible que se encuentren más estimulados por aspectos de la teoría de Marx que no produjeron un gran impacto en los historiadores de las generaciones inmediatamente posteriores a Marx.

Que esto explique o no la indudable importancia en la actualidad de las ideas marxistas en la discusión de ciertos campos de las ciencias sociales orientadas históricamente, es otra cuestión.[29] La extraordinaria importancia de los historiadores marxistas en la actualidad, o de los historiadores formados en la escuela marxista, se debe sin duda, en gran parte, a la radicalización de los intelectuales y los estudiantes en la pasada década, al impacto de las revoluciones del Tercer Mundo, la desintegración de las ortodoxias marxistas opuestas al trabjo científico original, y también a un factor tan simple como la sucesión de las generaciones. Porque los marxistas que llegaron a publicar libros ampliamente leídos y a ocupar puestos elevados de la vida académica en la década de los cincuenta, a menudo no eran otra cosa que los estudiantes radicali-

28 Esto es particularmente evidente en campos como la teoría del crecimiento económico aplicada a sociedades específicas, y las teorías de la "modernización" en la ciencia política y en sociología.

29 La discusión del impacto político del desarrollo capitalista en las sociedades preindustriales y, más en general, de la "prehistoria" de los movimientos y revoluciones sociales modernos, es un buen ejemplo.

zados de los años treinta o cuarenta, que alcanzaron la cúspide normal de sus carreras. Sin embargo, puesto que celebramos el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Marx y el centenario de *El capital*, no podemos dejar de observar –con satisfacción, si somos marxistas– la coincidencia de una importante influencia del marxismo en el campo de la historiografía, y de un importante número de historiadores inspirados por Marx o que demuestran en sus obras los efectos de su formación en escuelas marxistas.

5. LA DIFUSION DEL MARXISMO (1890-1905)*

I

Para los fines de la presente relación, el marxismo se define en su sentido más amplio, hasta incluir los escritos de Marx y de Engels y de los que se declaran, bajo cualquier título, sus seguidores, y también los partidos y las organizaciones de la Segunda Internacional con sus seguidores. El término sólo excluye, por lo tanto, a los antisocialistas declarados, a la derecha del movimiento socialista y obrero, y a los antimarxistas declarados, dentro del movimiento socialista, como los fabianos ingleses y los anárquicos. El término no excluye a los "revisionistas", que se siguieron considerando como parte de los movimientos socialdemocráti-

* Este artículo se presentó como relación introductoria a la discusión sobre el tema "La difusión del marxismo entre el final del siglo XIX y principio del siglo XX (1890-1905)", desarrollada en la IX Conferencia de Linz organizada por la *Internationale Tagung der Historiker der Arbeiterbewegung.* Se le hicieron algunas correcciones ligeras en puntos específicos, pero el texto quedó sin cambio en el resto. Por lo que se refiere a las correcciones estoy en deuda con los participantes en la discusión y con las relaciones escritas de Lars Björlin, Claus Bryld, Niels Finn Christiansen, Bo Gustafson ("La difusión del marxismo en Dinamarca y en Suecia"), Narihiko Ito ("El movimiento obrero japonés y el marxismo entre el final del siglo XIX y el principio del siglo XX"), Fr. de Jong Edz ("El marxismo holandés 1894-1905") y con la relación de J. M. Welcher ("Marx, el 'marxismo' y el movimiento obrero holandés, 1879-1894"), N. Copoiu ("La penetración de las ideas del socialismo científico en Rumania") y de otros. Georges Haupt y Ernesto Ragionieri corrigieron algunos errores. Sin embargo estos amigos y colegas no son responsables de los errores que puedan haber quedado, y mucho menos del punto de vista personal manifestado por el autor. Tomado de *Studi Storici,* año XV, 1974, n. 2. Traducción de Alfonso García.

cos –los bernsteinianos, por ejemplo–, ni investiga con demasiada profundidad las credenciales ideológicas de los que se definen como marxistas. De estos últimos se hablará sólo al final de esta relación. En suma, para nuestros objetivos, la definición de "marxismo" coincide casi perfectamente con la de "socialdemocracia". Esto significa que el presente análisis no se interesa mucho por la evolución o por la cristalización de la teoría marxista (o de las teorías marxistas) y mucho menos por la distinción entre interpretaciones "correctas" o "incorrectas" del pensamiento de Marx. Se ocupa, en cambio, del influjo de las ideas de cualquier género derivadas de Marx y de Engels, en primer lugar sobre los movimientos socialdemocráticos guiados por personajes que se consideraban marxistas y sobre los movimientos inspirados en las ideas de Marx. Se interesa, además, aunque sólo en forma marginal, de la mayor atención prestada a las ideas de Marx y de Engels fuera de los movimientos obreros y socialistas, y, en primer lugar, entre los intelectuales burgueses.

Esta definición de nuestro tema es realista, en cuanto que la formación de los partidos socialdemocráticos en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado tomó ordinariamente la forma de una separación explícita, o de hecho, de los anárquicos respecto a los socialistas (como en Holanda o en Italia) que tuvo lugar entre 1893 y 1896 aún dentro de la Segunda Internacional. Por otra parte, la línea divisoria entre el marxismo y las demás tradiciones revolucionarias (radical-democráticas y socialistas) no es de ninguna manera clara (véase el ejemplo de Francia), y el desarrollo de una tendencia francamente reformista y no revolucionaria ("revisionismo"), dentro del marxismo, hacia el final del siglo crea serias dificultades. ¿Esta dificultad, no formal sino de hecho, se presentó entre el revisionismo bernsteiniano, que siguió nominalmente en el campo marxista, y el fabianismo inglés que inspiró una gran parte del pensamiento de Bernstein, a pesar de haber roto toda relación con el marxismo mucho antes de 1890? Muy poco realmente. Sin embargo desde el punto de vista de un estudio sobre la difusión del marxismo, el hecho de que el "fabianismo" alemán declarara que provenía –en el aspecto crítico– de Marx, en tanto que el fabianismo inglés no lo hacía, es significativo, y por este motivo el primero pertenece a nuestro tema y el segundo no. Tal vez no sea inútil afirmar que el "marxismo" mismo fue producto de los años noventa. El término apareció, por lo menos en los títulos de los artículos de los periódicos, sólo hacia la mitad de esta década.[1] No podemos atribuirle su popularidad únicamente a la "crisis del marxismo" del final de la década de los noventa, sino es evidente que las discusiones

sostenidas en este periodo, dentro y fuera de la socialdemocracia, incrementaron extraordinariamente el uso del término. En otras palabras, el término "marxismo" adquiere un uso corriente sólo en el momento en que las diversas tendencias y escuelas marxistas empiezan a discutir su naturaleza exacta. Por este motivo se puede justificar una definición libre y pluralista del marxismo, por lo menos para el periodo 1890-1905.

II

En términos de clase, la difusión del marxismo dependió del atractivo que el movimiento socialista ejerció en los dos grupos socialistas entre los que era más probable que encontrara apoyo: el proletariado (trabajadores manuales) y los intelectuales. En términos políticos, dependió de la fuerza de las ideologías alternativas capaces de despertar el interés de los potenciales sostenedores de izquierda –el anarquismo o los movimientos nacionales, por ejemplo– en la medida en que estos últimos se iban considerando incompatibles con aquél. En términos numéricos su difusión dependió, en una medida considerable, de la validez de las instituciones de la democracia burguesa, que permitían la libre circulación de la literatura socialista, la actividad de las organizaciones obreras y, sobre todo, elecciones abiertas al sufragio de la clase obrera. En realidad si la línea divisoria entre socialistas y anárquicos no se estableció tanto de acuerdo con las respectivas actitudes frente al "Estado" sino más bien de acuerdo con su actitud frente a las elecciones, la difusión del marxismo llegó a depender en cierta medida del éxito en la lucha por la reforma electoral, que desempeñó un papel decisivo en la formación o en la cohesión de partidos como el belga, el sueco y el austriaco. Los pasos determinantes en la liberalización del sistema político, ya sea que proviniesen de una concepción desde lo alto o de una conquista a través de una lucha desde la base, condujeron por lo tanto, de ordinario, a progresos decisivos en la fuerza pública de los movimientos socialistas, por ejemplo, después de la abrogación de la ley antisocialista en Alemania. Por el contrario no existieron, en general, relaciones estrechas entre la fuerza de las actividades no electorales de los movimientos obreros (sobre todo las *trade unions* y sus luchas) y el influjo marxista, aun

1 El término aparece una vez en la ***Bibliographie der Deutschen Zeitschriftenliteratur*** **entre 1893 y 1895, tres veces en 1897 y 1898, y dieciséis veces en 1899, año en que culmina el periodo que nos hemos propuesto analizar.**

cuando sí las hubo entre las actividades electorales y el influjo marxista. Estas afirmaciones no se refieren a países en que eran ilegales todas las actividades políticas y todas las organizaciones obreras –en Europa, sobre todo en la Rusia zarista–. Esta significativa tendencia "electoralista", tanto de nuestros datos como de la estrategia de muchos partidos socialistas, presenta problemas que el análisis histórico debe todavía investigar.

Desde el punto de vista cuantitativo, las estadísticas disponibles sobre la actividad política legal, como la inscripción en un partido, el número y la circulación de la prensa, la representación electoral, etcétera, nos sirven en parte como guía, a pesar de que estas estadísticas no son confiables, para nuestro periodo y no se pueden verificar en forma conveniente.[2] Desde el punto de vista cualitativo, no proporcionan ayuda alguna. La fuerza considerablemente mayor del radicalismo del movimiento noruego respecto al suizo o del radicalismo del movimiento austriaco respecto al del alemán, sólo pueden documentarse, en efecto, recurriendo a fuentes completamente diversas, por ejemplo las que revelan que las manifestaciones del primero de mayo despertaban en los austriacos un entusiasmo mucho mayor que en los alemanes.

A pesar de que algunos movimientos socialistas encontraron una respuesta significativa en algunos sectores de los campesinos y de los trabajadores de la tierra (en Bulgaria, en Italia y en Francia. . .), la base de masa de los partidos era predominantemente proletaria. Sobre todo en las organizaciones de partido, incluyendo a los funcionarios medios e inferiores. El porcentaje de proletarios inscritos en la SPD oscilaba entre el 77.4% y el 94% .[3] Entre 1890 y 1902, el POF francés (guesdistas) contaba entre sus inscritos aproximadamente un 50% de proletarios y un porcentaje de trabajadores de las industrias artesanales que bajó del 24% al 12% .[4]

En 1906, según Michels, de los 33 686 miembros del Partido Socialista Italiano, el 72% estaba constituido por proletariado urbano y rural, aunque otra evaluación para 1904 indica un porcentaje mucho más

2 Las cifras de la inscripción al partido son deficientes, defectuosas y no confiables. Sobre la confiabilidad de las estadísticas electorales, véase la discusión de la *Neue Zeit* a propósito de R. Michels, "Zur einer internationalen Wahlstatistik der sozialistischen Parteien" (*Die Neue Zeit*, XXII, 1903-1904, pp. 496 y ss.). Las modificaciones a las leyes electorales introducen nuevas complicaciones.

3 Michels, "Die deutsche Sozialdemokratie in internationalen Verbande. Eine kritische Untersuchung", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, XXIII, 1907; G. Haupt, *La seconda Internazionale*, Florencia, 1973.

4 J. Willard, *Les guesdistes*, París, 1964, pp. 334 y 570.

bajo.[5] El 53% de los simpatizantes socialistas en Argentina (1910) estaba constituido por trabajadores manuales.[6] Y así sucesivamente.

Por otra parte, obviamente se presentaban enormes variaciones en la fuerza de atracción que los diversos partidos socialistas ejercían sobre los intelectuales de su país. Esta fuerza de atracción era extremadamente débil en movimientos altamente proletarios como los de la Gran Bretaña, de Bélgica y de Alemania, en que, según las divergentes observaciones hechas por un socialista americano mientras visitaba otros países, los trabajadores manuales dominaban aún en los congresos del movimiento.[7] En efecto, un 65.43% de la fracción parlamentaria de la SPD estaba formada por obreros, contra menos del 17% de *Akademiker*.[8] La presencia de un pequeño número de intelectuales en las posiciones dirigentes, o por lo menos eminentes, de un partido o de un grupo de intelectuales que se identificaban con el partido, no indica de ninguna manera la fuerza de atracción de ese partido sobre la masa de este estrato. En Alemania esta fuerza era sin lugar a dudas escasa; en tanto que en Francia, entre 1889 y 1909, se hicieron treinta y un disertaciones académicas sobre el socialismo, sobre la socialdemocracia y sobre Marx. En Alemania durante el mismo periodo una "fábrica" académica mucho más amplia no logró producir más de once trabajos sobre estos temas.[9]

Por el contrario en algunos países, especialmente en Rusia y en Italia, el socialismo en general (lo que significa el marxismo en particular) ejercía una atracción extraordinariamente fuerte sobre los intelectuales y sobre los estudiantes y, como señala un contemporáneo, "tal vez en ningún otro país hay tantos socialistas entre los científicos, los estudiosos y los escritores eminentes".[10] Ante la carencia de ulteriores investigaciones no siempre es fácil descubrir con qué fuerza el socialismo hizo presa a los intelectuales de otros países, aun cuando en algunos influyó obviamente más en estos ambientes que en otros.

5 *Cfr.* Michels, "Zur einer internationalen Wahlstatistik der socialistischen Parteien", en *Die Neue Zeit*, XXII, 1903-1904, n. 2; del mismo autor, "Die deutsche Sozialdemokratie", ya citado; J. Longuet, "Le mouvement socialiste international", en Compére, Morel, *Encyclopedie socialiste.*
6 D. Canton, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina,* Buenos Aires, 1973.
7 R. Hunter, *Socialists at Work,* Nueva York, 1908.
8 *Cfr. Die Nueu Zeit,* XXIV, 1905-1906, p. 863.
9 *Cfr. Catalogue des thèses et ècrits academiques* (Ministère de l'Instruction Publique, París) y *Jahresverzeichnis der deutschen Hochschulschriften.*
10 *Cfr.* Hunter, *ob. cit.*, p. 32.

Evidentemente el influjo del marxismo no dependía simplemente de la atracción que los movimientos obreros y socialistas ejercían sobre los intelectuales. Ese influjo era fuerte en el movimiento alemán que, como hemos visto, tenía un carácter acentuadamente proletario. Además, por lo menos en los países occidentales y liberales, los intelectuales atraídos por el socialismo no se veían seducidos en forma particular por los aspectos revolucionarios del marxismo, o por el marxismo en sí. La Ecole Normale Supérieur de Paris, que se ubicaba claramente a la izquierda de la política francesa y que alimentó un considerable grupo de intelectuales socialistas hacia el final de los años noventa, no era de ninguna manera receptiva respecto al guesdismo. Sus socialistas más eminentes eran allemanistas o simpatizantes con el sincretismo de Jaurés, entre republicanismo, reformismo y algo de lucha de clase.[11] En Alemania, las lamentaciones de los compañeros obreristas hacia los intelectuales no se referían únicamente al hecho de que estos consideraban necesario ocupar posiciones dirigentes, sino también al hecho de que tendían a ser revisionistas; y sobre este último punto, Kautsky concordaba con ellos.[12] Y tenía razón: entre los *Akademiker,* el revisionismo resultaba desproporcionadamente fuerte.

Esto no era suficientemente fácil de comprender. El *Akademiker* típico era por su origen miembro de la burguesía, o por lo menos pertenecía a la clase media profesional en virtud de su diploma y no tenía ningún motivo personal para ser revolucionario. Era, en efecto, mucho más probable que fuera o pudiera convertirse en un miembro altamente respetado de la sociedad burguesa. En Francia, Paul Louis sostiene más bien que si los intelectuales eran socialistas revolucionarios, se debía en primer lugar a que algunos de ellos se veían obligados a reconocer que los años de trabajo excesivo y titánico de la escuela y de la universidad no les proporcionaba siempre la posición de prestigio y de influjo en la sociedad burguesa a la que según ellos tenían derecho en virtud de sus sacrificios juveniles.[13] El intelectual desilusionado, más que el intelectual en sí –pensaba–, era el revolucionario potencial e infiel. La situación era completamente diversa en los países atrasados y revolucionarios, en que los intelectuales se transformaban más fácilmente en revoluciona-

11 *Cfr.* R. J. Smith, "L'atmosphère politique a l'Ecole Normale Supérieure (fin du XIX siècle)", *Revue d'histoire moderne et contemporaine,* XX, abril-junio de 1973.

12 K. Kautsky, "Akademiker und Proletarier", *Die Neue Zeit,* XIX, 1900-1901, n. 2.

13 P. Louis, "Les intellectuels et le socialisme", *La vie socialiste,* I, 1905.

rios o simpatizaban con la revolución, puesto que el capitalismo y la burguesía liberal se manifestaban incapaces de proporcionar medios suficientes para resolver los problemas de su país porque el sistema social y político de éste corría peligro de derrumbarse, y porque los excesos de miseria y de descontento no podían descuidarse ni minimizarse. Sin embargo también en estos países la existencia de una "sociedad civil" que funcionaba con un modelo burgués-liberal mitigó su radicalismo. El marxismo tuvo un enorme influjo tanto en Italia como en Rusia, pero en Italia decayó la moda entre los intelectuales o empezó a disminuir la pasión revolucionaria, sobre todo a partir del final de los años noventa.

En Europa occidental el predominio de ideologías alternativas limitó aún más, o llegó a bloquear completamente, la expansión potencial del marxismo. En los países clásicos del liberalismo burgués la competencia principal provino de las diferentes formas de radicalismo republicano y democrático, o (como en Francia) de ideologías revolucionarias premarxistas derivadas del ala izquierda del jacobinismo. En Gran Bretaña la masa del movimiento obrero era liberal-sindical, y también lo era el típico intelectual burgués de izquierda, con excepción de algunos grupos de origen pequeño-burgués o provenientes de la clase de los obreros especializados, quienes recientemente habían logrado escalar la dignidad de las profesiones liberales, como los fabianos.[14] El análisis fundamental del imperialismo, que en el continente llevaron a cabo Hilferding y Luxemburgo, en Inglaterra fue obra de un liberal: J. A. Hobson. En algunos países, en su mayoría latinos, las ideologías anarcosindicalistas limitaron o más bien impidieron una considerable difusión del marxismo, y contribuyeron a canalizar todo lo que quedaba de éste en corrientes moderadas y reformistas; éste fue el caso, en particular, de la península ibérica. No hay razón para poner en discusión la opinión corriente de que esto se debió a la lentitud con que se desarrolló una industria moderna en gran escala, aunque el movimiento anárquico, una vez constituido, tuvo una importancia histórica independiente totalmente propia. Su influjo se prolongó a través del tiempo y, tal vez, se vio reforzada también por el creciente reformismo de los movimientos socialdemocráticos que impulsaron los revolucionarios hacia los anarcosindicalistas: después de 1917, cuando el marxismo se identificó con la revolución en acto, el movimiento anárquico decayó rapidamente en todas partes, excepto en España.

14 E. J. Hobsbawm, *Studi di storia del movimento operaio*, Turín, 1972.

En Europa central y oriental el antagonista más significativo del marxismo fue la ideología nacional, por lo menos en los países en que la liberación y la independencia nacional representaron los problemas políticos más importantes. En estos países el espíritu nacionalista, aun cuando en un principio se alió o más bien comprendió en sí mismo a los movimientos marxistas, demostró frecuentemente ser un poderosísimo competidor. Tanto en Polonia como en Armenia, las organizaciones marxistas internacionalistas demostraron ser mucho más débiles que las nacional-socialistas, a pesar de haber nacido antes. En Checoslovaquia, al principio, fue mucho más amplia la atracción del socialismo entre la población alemana que entre la checa –en 1895 el partido recibió el 48% de los votos entre la primera y únicamente el 30% entre la segunda–;[15] aun en este caso, como lo demostró la secesión de 1898 de los "socialistas checos", gran parte de su ascendiente tuvo un carácter más nacionalista que socialista. No tenemos necesidad de discutir la conocida cuestión de las secciones nacionales de los partidos socialistas que, sin pretender romper todos los nexos orgánicos con los demás movimientos socialistas de su Estado o de la Internacional, siguieron organizándose separadamente. En Irlanda los primeros líderes obreros como Michael Davitt, y los últimos líderes marxistas como James Connolly, no permitieron nunca que se desarrollase un conflicto entre el movimiento nacional y el socialismo, aunque en realidad, a pesar de su prestigio, no lograron someter el movimiento nacional a la guía del movimiento de la clase obrera; al contrario, éste se convirtió en un apéndice del movimiento de liberación nacional. No hay que sorprenderse de que la cuestión nacional ocupara tanto espacio en la discusión marxista, particularmente después de 1905. Si el movimiento marxista pudo encontrar una solución satisfactoria y el interrogarse cuál fue, son custiones sobre las que no se ha cerrado todavía la discusión. Una cosa sí se puede decir con cierta certeza: en el periodo que hemos tomado para analizar, el movimiento marxista no encontró en la práctica una solución satisfactoria al problema nacional.

Finalmente, es obvio que el incremento de los movimientos socialistas, cualquiera que haya sido su contenido marxista, dependió de las características particulares del desarrollo del capitalismo mundial en nuestro periodo, así como de la situación económica y política específica de los diversos países. Resulta casi superfluo recordar que el socialis-

15 *Cfr.* Z. Solle, "Die tschechische Sozialdemokratie Zwischen Mationalismus und Internationalismus", *Archiv für Sozialgeschichte,* IX, 1969, p. 169.

mo se convierte en un movimiento internacional y, en muchos países, en un movimiento de masa, al final del periodo conocido por los economistas como el de la Gran Depresión (1873-1896 aproximadamente). Por el contrario, la "crisis del marxismo" se debió en gran medida al convencimiento de que parecía que había terminado este periodo de crisis en el desarrollo capitalista, por lo menos dentro de los países industrializados y con un alto desarrollo capitalista, y de que por lo tanto no parecía ya inminente ni probable a corto plazo un derrumbe del sistema capitalista. Una vez que se constituyeron sobre fundamentos sólidos, los movimientos socialistas siguieron creciendo aunque bajo una nueva coyuntura del capitalismo mundial, atenuando rápidamente o abandonando su carácter revolucionario en los países desarrollados. No nos interesa aquí la relación entre las fluctuaciones económicas de corto plazo y el avance de los movimientos, ni pretendemos estudiar detalladamente sus relaciones con el desarrollo de las situaciones políticas de los distintos países. Se puede, de cualquier modo, señalar que durante el periodo que nos hemos propuesto analizar, la persecución física efectiva de los movimientos obreros y socialistas no parece haber perjudicado, salvo provisional o localmente, su progreso. Del mismo modo que las leyes antisocialistas de Bismarck no bloquearon el avance de la SPD, así tampoco las prohibiciones y persecusiones ocurridas en Italia durante los años noventa detuvieron el progreso de los socialistas italianos. Este hecho puede encontrarse más fácilmente en países en que la actividad socialista y obrera era, en cierta medida, legal, a pesar de haberse producido aun en países en que esa actividad era completamente ilegal y estaba prohibida.

III

Examinaremos ahora brevemente el desarrollo geográfico del marxismo en nuestro periodo.

Desde este punto de vista, en 1905 el marxismo era todavía un fenómeno casi exclusivamente europeo o un fenómeno de países colonizados por los europeos, excepción hecha de la Transcaucásica y de un pequeño puesto avanzado en Japón. En la misma América, el influjo del socialismo fue excepcionalmente fuerte entre las comunidades de inmigrantes. Por ejemplo en los Estados Unidos: a principio de los años noventa los diarios de izquierda en lengua extranjera, sobre todo alemana, dieron la impresión de haber superado en número a los diarios en lengua

inglesa.[16] En Argentina una investigación un poco más tarde (1910) revela que los seguidores de los socialistas eran, en su mayoría, inmigrantes recién llegados: de los no socialistas, el 65% se declararon argentinos, el 4% extranjeros y el 31% no dieron explicaciones, [illegible]o de los socialistas sólo el 20% se declararon argentinos, el 10% extranjeros y el 70% no dieron información.[17] En Australia, donde el influjo marxista era despreciable, un número enorme de activistas obreros y líderes habían nacido en el extranjero, sobre todo en Gran Bretaña. No obstante tanto en los Estados Unidos como en Argentina existían poderosos movimientos socialistas, y un poderoso movimiento obrero en Australasia: con toda probabilidad, antes de 1905, eran más importantes que los movimientos correspondientes de Gran Bretaña y de España. Además, después de 1900 la difusión de las ideas socialistas (y marxistas) fuera de Europa dejó de ser despreciable.

Se pudieron encontrar tres centros principales de influencia ideológica. El primero se hallaba en los países de Europa central y occidental, que constituían el principal baluarte de los movimientos obreros y socialistas. El movimiento alemán se irradiaba en ultramar hasta las vastas comunidades de inmigrantes alemanes y, naturalmente, influía ampliamente en Europa. El movimiento de la Italia septentrional se irradiaba hasta América, el inglés hasta los Estados Unidos y por todo el imperio británico. Parece un hecho bastante curioso que no haya habido ninguna irradiación de parte del socialismo francés, probablemente porque no hubo ninguna emigración francesa masiva, salvo en dirección del Africa del Norte, o tal vez porque en ningunas zonas predominó el influjo cultural francés en las clases cultas, por ejemplo en oriente, desarrollaron con extremada lentitud movimientos sociales de cierta envergadura. Sin embargo vale la pena señalar que a) Francia no era un centro importante del marxismo, y las tradiciones socialistas y revolucionarias específicamente francesas adquirían cada vez más un carácter nacional y no internacional; b) los campos en los que el influjo francés podía dejarse sentir mejor (el anarco-sindicalismo, el sindicalismo revolucionario) se encontraban fuera o, cuando mucho, en el límite del marxismo (Sorel, por ejemplo).

Es significativo que, a diferencia del anarquismo y del sindicalismo franceses, el socialismo francés no se irradió de ninguna manera en el exterior, ni siquiera en la vecina España.

16 P. Argyriades, *Almanach de la question sociale et de la libre pensée*, 1892-1895.
17 Canton, *ob. cit.*, pp. 85 y ss.

El segundo centro se encontraba en Rusia, país que desde la época de los *narodniki* había exportado ideas e influjo revolucionario no sólo entre las nacionalidades no rusas del imperio zarista (en la Transcaucasia, por ejemplo), sino también en los Balcanes. La avanzada del marxismo en los Balcanes (Rumania, Bulgaria, Servia) se debió en gran medida al influjo ruso. Y el fenómeno no se limitó a Europa; se encuentran huellas de éste en Bengala, entre los terroristas, después de 1905.[18]

El tercer centro, bastante sorprendente, estaba constituido por los Estados Unidos, por los cuales o a través de los cuales las ideas de la organización obrera y del socialismo atravesaron el Pacífico. La vida y las obras de Sen Katayama, que fue él mismo un emigrante que regresó a su propio país, llamaron la atención sobre el papel de los Estados Unidos en los orígenes del movimiento japonés.[19] Casi todos los setenta obreros que fundaron en 1897 la asociación para el desarrollo de los sindicatos habían realizado actividades dentro del movimiento obrero estadounidense antes de su regreso al Japón en 1897. Está probada su vinculación en lo que respecta a Nueva Zelandia.[20] La opinión corriente, acerca de que los océanos unen los continentes en lugar de separarlos no deben perderla de vista los historiadores del movimiento obrero.

El centro principal del movimiento socialista se encontraba en los países desarrollados de la Europa septentrional, occidental y central. En todos estos países, excepto quizás los Países Bajos, las organizaciones marxistas socialistas se habían fundado en los años ochenta, si no es que antes,[21] y en su mayor parte los movimientos obreros de masa o los partidos socialistas existían o nacieron en los años noventa. Es necesario, sin embargo, dar las siguientes explicaciones de carácter general:

18 Rowlatt, *Sedition Committee 1918*, Report, Calcuta, 1918, pp. 96-97.

19 Sen Katayama, *The Japanese Labour Movement*, Chicago, 1918, pp. 38 y 47.

20 *Tom Barker and the IWW*, bajo el cuidado e introducción de E. C. Fry (Australian Society for the Study of Labour History, Camberra, 1965): "Hemos estudiado, *Salario, precio y ganancia, trabajo asalariado y capital;* teníamos a Dietzen (*sic*), teníamos a Ernest Untermann y a la *Esposa* de Bebel, y virtualmente toda la gama de la literatura socialista de la época, más que nada impresa por la C. H. Kerr Company (. . .) Suena extraño que muy pocas cosas provenían de la Gran Bretaña. El influjo de los Estados Unidos era entonces mucho más evidente en Nueva Zelandia, probablemente porque estaban más cerca uno del otro. Leíamos *The Appeal to Reason*, un diario más bien reformista, de cuatro páginas, proveniente de Kansas; y algunas veces me parecía el *Call* de Nueva York". Esto sucedía alrededor de 1909.

21 Según Andréas (B. Andréas, *Le manifeste communiste de Marx et Engels*, Historie et Bibliographie 1848-1918, Milán, 1963) entre 1880 y 1888 se publicaron cinco ediciones del *Manifiesto comunista* en alemán, nueve en

1) En Gran Bretaña las organizaciones marxistas siguieron siendo insignificantes y ningún tipo de partido socialista adquirió importancia hasta 1905. Las tentativas de fundar uno, entre 1892 y 1893, fracasaron. La masa del movimiento obrero siguió siendo arrastrada por el liberalismo radical.

2) En Escandinavia se produjo cierto progreso, pero a juzgar por la fecha y la frecuencia de las ediciones del *Manifiesto*[22] y de *El capital*,[23] el movimiento más antiguo (el danés), siguió demostrando un interés mucho mayor por el marxismo que los demás.

3) En Holanda el partido socialista debía seguir siendo considerablemente menos importante que en los países vecinos o en Escandinavia, tal vez a causa de la persistencia de bloques confesionales en política, y el marxismo llegó insólitamente tarde, presumiblemente a causa de la fuerza anterior de las tendencias anárquicas.

4) En Bélgica, en Alemania y en Austria se desarrolló un único partido poderoso de la clase obrera con una única ideología socialista, a pesar de que el partido belga, semejante al futuro partido laborista inglés por el hecho de ser una fusión de diversos tipos de organización obrera y de grupos socialistas sobre la base de la conciencia de clase, tal vez sólo fue "marxista" en cuanto el marxismo era la versión hegemónica, en ese entonces, del socialismo mucho menos específico que sostenía. Pero, ¿un pensador como Vandervelde habría permitido que lo definieran como marxista por esta hegemonía? En Alemania el dominio aparentemente total del marxismo en la SPD no debe inducirnos a menospreciar la supervivencia de tendencias no marxistas en el partido. Es significativo que las obras de Lassalle, entre 1894 y 1895, se hallan prestado con mucho más frecuencia, en el Volksverein Krefeld, que las de Marx, para no hablar de Engels o de Kautsky.[24] Sólo en Austria el partido socialista puede definirse como marxista sin ambages, a pesar de la persistencia de ciertas tendencias pangermanistas anticuadas.

francés, cinco en inglés, dos en danés, en suizo, en noruego y en checo. El catálogo de Brinkmann no registra ninguna traducción de Marx y de Engels en holandés antes de 1899, no obstante Domela Nieuwenhuis había publicado algunas en 1881, y según parece el *Socialismo utópico y socialismo científico* de Engels se tradujo en 1886. Sin embargo no aparece ninguna traducción del *Manifiesto comunista* antes de 1892.

22 Andréas, *ob. cit.*

23 *Cfr. Marxistische Blätter*, Sonderheft, n. 2, 1967; *Karl Marx. Das Kapital 1867-1967* (Frankfurt).

24 H. J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Socialdemokratie.* Zur Ideologie der Partei vor dem ersten Weltkrieg, Hannover, 1967.

5) La historia del socialismo francés, que contenía un fuerte elemento marxista (el POF) y fuertes elementos no marxistas que ni siquiera nominalmente estaban unificados en un partido único, es demasiado compleja para un rápido estudio como éste; sin embargo es bastante conocida. La historia de la SFIO unificada (1905) pertenece a un periodo posterior.

6) El movimiento socialista suizo, que había desempeñado un papel significativo en los años anteriores, perdió relativamente importancia en el campo internacional durante la época de la Segunda Internacional, aún cuando en 1905 seguía ocupando el séptimo lugar en cuestión de votos.[25]

El otro gran centro del marxismo —aunque no de partidos socialistas de masa, por razones obvias— era la Rusia zarista, como lo muestra el siguiente cuadro, basado en la citada obra de Andréas a propósito de las ediciones del *Manifiesto:*

Ediciones alemanas y rusas del *Manifiesto*

	alemán	ruso	otras lenguas del imperio zarista, excepto el polaco
1848-1869	12	1	0
1870-1879	4	0	0
1880-1889	5	11	0
1890-1899	13	20	5
1900-1904	7	8	3
1905-1906	3	17	10

En cuanto al resto de Europa, dentro del área mediterránea, sólo en Italia el socialismo y el marxismo se convirtieron en fenómenos de masa. En la península ibérica, el socialismo fue insignificante desde un punto de vista electoral y conservó ideológicamente un lugar secundario respecto al movimiento anárquico, al anarco-sindicalismo o al radicalismo republicano. En Grecia el socialismo quedó como un fenómeno de escasa importancia, a pesar de haber despertado cierto interés entre los intelectuales y haber recibido cierto apoyo público. En el imperio

25 *L'organisation socialiste et ouvrière en Europe, Amérique et Asie,* par le Secretarie Socialiste International, Bruselas, 1904, pp. 502 y ss.

de Augsburgo, el movimiento socialista tendió a dividirse siguiendo las líneas nacionales, aunque varios partidos que se definían como socialistas en realidad eran, más que otra cosa, factores de la independencia nacional (en Bohemia y en la Polonia austriaca, por ejemplo). Sólo en Checoslovaquia el socialismo conquistó un séquito de masa entre los trabajadores, pero siempre en competencia con otros partidos checos. El partido húngaro sufrió por la secesión de diversos grupos de base principalmente campesina y sólo se fundamentó en la clase obrera relativamente escasa –o más bien en la aristocracia obrera– y en los intelectuales.

Entre la población de Europa sud-oriental, tanto dentro como fuera del imperio de Augsburgo, el socialismo despertó cierto interés intelectual fluctuante en Rumania (entre 1891 y 1893 se hicieron cuatro ediciones del *Manifiesto*, pero nada más),[26] aunque con un escaso apoyo de masa. En el nuevo siglo penetró con evidencia entre los eslavos, después de haberse adormecido el interés anterior, aunque se puede decir que sólo en Bulgaria el socialismo y el marxismo echaron raíces en la masa hacia 1905 (señalamos entre paréntesis que Bulgaria contó con una traducción propia de *El capital*, aun antes de Checoslovaquia, más de veinte años antes que los servios y más de cuarenta años antes que los eslovenos). También el acentuado influjo socialista en el comienzo del IMRO macedonio se debió a los contactos con Bulgaria. Antes de 1905 el socialismo no había penetrado, por motivos prácticos, entre las poblaciones islámicas del imperio turco. Queda Polonia, dividida entre Alemania, el imperio de Augsburgo y la Rusia zarista, y con una vasta emigración. El prestigio de que gozaron los socialistas originarios de Polonia en la historia internacional del marxismo –casi todos asociados originalmente con el SDKPL y no con el PPS– hace difícil juzgar la penetración del socialismo y del marxismo en ese país. Entre los emigrantes polacos el socialismo no era fuerte: entre los mineros polacos de la Ruhr ni siquiera el PPS logró imponerse en alguna forma.[27]

Se puede concluir este examen geográfico con una breve nota sobre el socialismo y el marxismo entre las poblaciones minoritarias y los emigrantes. En general parece que el socialismo encontró simpatías superiores al promedio entre las que se podrían definir como minorías "perma-

26 N. Copoiu dice implícitamente que hubo una decadencia en la actividad literaria de los socialistas después de la notoria explosión de los años ochenta. El semanario *Munca* dejó de publicarse en 1894 (sumario citado pp. 8-9).

27 *Cfr.* H. U. Wehler, "Die Polen in Ruhrgebeit bis 1918", en *Krisenherde des Kaiserreichs 1871-1914*, Gotinga, 1970.

nentes", como los hebreos, los armenios en Turquía, pero no necesariamente entre las que podrían definirse como minorías "irredentas: los rumanos en Hungría o los italianos en Austria. Las comunidades de emigración masiva tendían a reflejar los lazos políticos de la madrepatria, aunque se podría estudiar la hipótesis de que los grupos más pequeños de emigrantes ya no eran propensos a abrazar soluciones e ideologías radicales.

La situación se puede resumir de la manera siguiente:

1) Principalmente en la Europa central, septentrional y occidental existían partidos socialistas de masa de la clase obrera, pero es discutible hasta qué grado su socialismo era marxista.

2) Una verdadera penetración del marxismo y un dominio del marxismo sobre los movimientos socialistas y obreros se limitaba probablemente, como diría Haupt,[28] a la Europa central y meridional; podríamos añadir la Europa oriental, donde no existía ningún movimiento de masa de ese tipo.

3) En los países industrializados la base de los movimientos socialistas era proletaria y, sin embargo, eran mucho más numerosos los intelectuales de la clase media en los cargos máximos de los partidos socialistas, en el norte de los Alpes y en el occidente del imperio de Augsburgo, la adhesión al socialismo entre los intelectuales era probablemente excepcional y era muy rara una adhesión masiva al marxismo.

4) En los países con predominio agrario la organización socialista se basó inicialmente más en los intelectuales que en los obreros, aunque *comenzó a penetrar entre las masas. Las regiones más desarrolladas del* imperio de Augsburgo (Austria, Checoslovaquia) y de Italia septentrional constituyen una zona de transición.

IV

No hay que hablar mucho sobre la cronología de la difusión del marxismo. Fue diferente de país a país. Por diversos motivos locales, algunos entraron en su principal periodo de crecimiento más tarde que otros; por ejemplo los Balcanes, Suiza y los Estados Unidos, después de 1900. Casi todos los países compartieron, sin embargo, la experiencia común al principio y al final del periodo que nos hemos propuesto examinar.

28 Haupt, *ob. cit.*, p. 108-109.

En muchas zonas, el final de los años ochenta y el principio de los noventa constituyeron un periodo de rápido y a menudo sorprendente progreso, marcado por la casi simultánea fundación o unificación de las organizaciones socialdemocráticas. Además casi en todas partes la revolución rusa de 1905 estimuló la actividad socialista obrera, o por lo menos coincidió con ella. Puede haber países con un ritmo casi ininterrumpido de crecimiento durante todo el periodo, pero tal vez se trate de un caso excepcional. Un modelo que es común a todos los países de la Europa occidental (Gran Bretaña, Alemania, Francia) muestra un cierto estancamiento o hasta una decadencia después del primer avance rápido y antes de su recuperación. Por ejemplo, en Alemania, el número de los diarios de la SPD permaneció estacionario o hasta descendió entre 1894 y 1899.[29] En Francia, el número de organizaciones y de localidades representadas en el congreso del POF disminuyó en 1893 y en 1894, y antes de 1896 no superó la cifra de 1892.[30] En lo que tienen de confiables, los cálculos globales del voto socialista para todo el periodo muestran un comportamiento análogo.[31] Sin embargo estos cálculos están tan distorsionados por los votos de la SPD, que no se puede confiar mucho en ellos. De cualquier modo, casi en todas partes el ascenso se vio interrumpido por reflujos.

¿Hasta qué punto la difusión del marxismo corresponde a estas tendencias y fluctuaciones? Los datos de Andréas sobre el *Manifiesto* revelan esa correspondencia. A pesar de que la media anual de las ediciones en todas las lenguas subió lentamente hasta 1905 –desde poco menos de siete entre 1890 y 1894, hasta poco menos de ocho entre 1895-1899 y entre 1900 y 1904– hubo cimas en 1890, en 1892-1894, en 1904 (debidas totalmente a las numerosas ediciones en la Rusia zarista) y en 1902-1904, antes de la explosión de los años revolucionarios. Con excepción de 1899, este comportamiento corresponde con suficiente precisión al diagrama del voto internacional socialista. El número de las ediciones del *Manifiesto* no refleja, sin embargo, únicamente el incremento electoral de los partidos socialdemocráticos (marxistas), sino que está condicionado fuertemente por las ediciones de los países en que los partidos socialistas eran ilegales o no tenían un peso electoral de relieve.

29 L. Kantorowicz, *Die sozialdemokratische Presse Deutschlands*, Tubinga, 1922
30 J. Willard, *ob, cit.*, p. 114.
31 *L'organisation socialiste.*

El cuadro siguiente compara la publicación de las obras de Marx y de Engels, y otras publicaciones teóricas marxistas para tres países: Alemania, Francia e Italia.

En estos tres países encontramos dos periodos culminantes en la publicación de textos marxistas: alrededor de la mitad de los años noventa y al principio del nuevo siglo. Estos periodos no coinciden necesariamente con los movimientos de mayor expansión en la organización, en la adhesión al partido o en el apoyo electoral a los respectivos partidos socialistas. Y no hay que sorprenderse de esto, ya que, como

OBRAS MARXISTAS EN ALEMANIA, FRANCIA E ITALIA (1890-1905)[32]

	Alemania		Francia			Italia	
	(Manifiesto)	M y E	otros	Total	M y E	Otros	Total
1890	1	0	0	0	0	1	1
1891	1	3	1	4	2	1	3
1892	1	3	0	3	5	0	5
1893	0	3	1	4	7	3	10
1894	4	1	1	2	5	4	9
1895	3	5	4	9	10	7	17
1896	1	2	3	5	9	2	11
1897	0	2	3	5	1	1	2
1898	1	0	0	0	0	1	1
1899	1	2	1	3	4	7	11
1900	0	3	4	7	–	–	–
1901	1	5	1	7	2	2	4
1902	2	4	2	6	4	5	9
1903	3	5	0	5	4	4	8
1904	1	0	0	0	0	1	1

32 Fuentes: Andréas, *ob. cit.*; J. Willard, *ob. cit.*; Michels, "Die italienische Literatur über den Marxismus", *Archiv für Socialwissenschaft und Sozialpolitik*, n. XXV, 1907. En el caso de Francia se han omitido las numerosas obras de Lafargue (aparte de su compendio de Marx). Para Italia, habría que añadir los *Escritos* de Marx, Engels y Lassalle editados en opúsculos separados bajo el cuidado de Ciccotti (1899-1903). En la voz "otros" están comprendidas las obras de escritores como Kautsky, Deville, Bebel, etcétera. En *Marx ed Engels in lingua italiana 1848-1960,* bajo el cuidado de G. M. Bravo, Milán, 1960, se puede encontrar una lista completa de las traducciones italianas de Marx y de Engels.

veremos, era escaso el interés por el marxismo entre los miembros de los partidos socialistas. La publicación de estos textos representa una acción simbólica, desarrollada por los partidos, que no difiere de la agitación de la bandera roja –y en cuanto tal puede coincidir con periodos de gran actividad del partido– o representa el interés específico de los intelectuales por el marxismo, o discusiones teóricas particularmente acoloradas.

V

¿Hasta qué punto puede ser distinto el interés de las masas y el de los intelectuales por el marxismo? Afortunadamente gracias a Steinberg y a otras fuentes conocemos bastante sobre la SPD como para afirmar con cierta seguridad que los activistas obreros no leían mucho y no se interesaban gran cosa en la teoría marxista. En los años noventa, el tiraje medio del *Manifiesto,* en Alemania, fue de 2 000 ó 3 000 copias (congresos de 1895, 1898, 1901, 1903, 1904) y entre 1895 y 1905 no está documentada la publicación de más de 16 000 copias, o sea un poco más del 0.5% del electorado de 1903. Entre 1901 y 1902 un colaborador de la *Neue Zeit* se lamentaba de que ni siquiera un libro publicado por Dietz en los últimos años se hubiera pagado solo.[33] En realidad, parece que hubo una caída sustancial en el interés por la teoría entre los obreros, a juzgar por los libros pedidos en préstamo a la biblioteca circulante de los trabajadores de la madera de Berlín, entre 1891 y 1911.[34] El porcentaje de libros de "ciencias sociales" descendió desde 1892 hasta 1896; subió desde 1897 hasta 1899, y se derrumbó dramáticamente a partir de 1900. En 1891-1892, pertenecía a este género de libros, en promedio, el 23.5% de las obras prestadas, pero en 1904-1906 este promedio bajó hasta el 3.2%. Aunque si añadimos los libros de "historia", como obras de tema en gran parte político, es significativo el descenso desde el 30.5% en 1891-1892 a algo así como el 23% ó 25% en los años 1893-1899 (el 19.8% en 1897) e impresionante el derrumbe del 14.9% de 1901 al 8.6% de 1909-1911.

En cuanto al tipo de teoría que le interesaba a los obreros socialdemócratas, parece más que evidente que en Alemania, y sin duda en

33 M. Impertro, "Akademiker und Proletarier", *Die Neue Zeit,* n. XX, 1901-1902.
34 Steingberg, *ob. cit.,* p. 133.

otras partes, no era de ninguna manera la de Marx y Engels la que estaba de moda en ese entonces, mezcla de materialismo científico y evolucionista (con un fuerte elemento de libre pensamiento antirreligioso), que contenía una fuerte dosis de utopismo y un cierto interés por la historia de las luchas populares. En las bibliotecas socialistas el libro más difundido era el anticlerical *Pfaffenspiegel* de Corvin, más popular aun que la única obra socialdemocrática que realmente penetró entre las masas: *Die Frau und der Sozialismus,* de Bebel.[35] La razón por la que esta obra agradaba tanto residía en su carácter utópico, como lo confirma la popularidad de *Looking Backward* de Eduard Bellamy. Esto no quiere decir que los trabajadores de la SPD no absorbieran las ideas marxistas, aun cuando sus intereses y sus actitudes intelectuales debían haberle facilitado más al marxismo socialdemocrático su desarrollo en sentido evolucionista-positivista. Está el hecho de que su interés por las obras de Marx, de Engels y también de Kautsky, era escaso. Es cierto que la situación, en clases obreras entre las que el analfabetismo era mayor y las tradiciones culturales menores, ya no era favorable a pesar de que las organizaciones socialistas que no querían o no podían convertirse en partidos de masa podían insistir para lograr un interés más intenso por la lectura marxista entre sus miembros, o tal vez también lograrlo: las quince ediciones inglesas del *Manifiesto* publicadas entre 1890 y 1905 (comparadas con las veinte ediciones alemanas) no reflejan el carácter de masa de los movimientos socialistas británicos y americanos, sino la insistencia en dicho estudio por parte de organizaciones como la Social Democratic Federation y el Socialist Labor Party.

Por otra parte no es tan fácil descubrir quién leía realmente la literatura marxista, puesto que también existían dificultades para trazar la línea divisoria entre los lectores de dentro y fuera del movimiento socialista. Parece que en los países occidentales se desarrolló a principio de los años noventa, un interés sustancial por el marxismo entre los intelectuales, para alcanzar su punto culminante hacia la mitad de la década: un reflejo, indudablemente, del rápido ascenso de los movimientos obreros y de la fundación de los partidos socialistas. Este interés empezó a declinar tal vez hacia el final de los años noventa, a pesar del reavivamiento momentáneo al calor del "debate sobre el revisionismo", y resurgió sólo hasta después de 1905. Lo poco que sabemos del movimento

35 La fuerza del elemento evolucionista-darwiniano del marxismo popular de este periodo se pone en evidencia con las relaciones presentadas en la IX Conferencia de Linz sobre Holanda y Escandinavia.

socialista entre los estudiantes parece confirmar esta tesis. Los estudiantes no parecen haber desempeñado un papel importante en la SPD a pesar de que atrajeron la atención hacia la mitad de los años noventa.[36] En 1901 volvió a aflorar el tema del *Akademiker*, en relación con el revisionismo.[37] En este momento el revisionista *Sozialistische Monashefte* publicó un suplemento (Der sozialistische Student). En Francia, los estudiantes socialistas –un escuálido grupito de no más de treinta en París y de seis a veinte en las grandes ciudades provinciales– parecen haber ejercido una insólita actividad hacia la mitad de los años noventa.[38] En 1898 se dividieron y la mayoría siguió a los no marxistas. En Bélgica se publicó, desde 1890 hasta 1902, un órgano bimestral de los estudiantes socialistas.[39] En Gran Bretaña se puede encontrar, entre 1895 y 1897, un grupito, condenado a una corta existencia, de estudiantes fabianos de Oxford. En los países situados entre el oriente y el occidente, Austria e Italia, la mitad de los años noventa marca, según parece, una vez más la penetración del influjo marxista-socialista, por lo menos en Italia,[40] aunque en este país el influjo socialista entre los intelectuales, incluyendo a los académicos, fue más amplio.

No es improbable que los años noventa marquen también el punto culminante del influjo marxista en los países orientales, ya que en la misma Rusia algunos personajes que en esa década se habían definido como marxistas (Berdjaev y los "marxistas legales", por ejemplo), tomaron enseguida la dirección opuesta. También se puede suponer que el renacimiento de la tendencia populista (con la fundación del partido socialrevolucionario) alejó cierto número de intelectuales que en los años noventa hubieran podido ser atraídos por el marxismo. No obstante, por razones comprensibles, el influjo del marxismo siguió siendo más poderoso y tal vez menos fluctuante, a pesar de que se agudizaron las divisiones internas.

El siguiente cuadro muestra la evolución general del interés de los intelectuales por el socialismo y por el marxismo.

36 *Die Neue Zeit*, n. XIII, 1894-1895.

37 *Die Neue Zeit*, n. XIX, 1900-1901, pp. 89 y ss, y n. XX, 1901-1902, pp. 221 y ss.; *cfr.*, también, R. Calwer, "Die Akademiker in der Sozialdemokratie", *Sozialistische Monatshefte*, 5 de mayo de 1901.

38 J. Willard, *ob. cit.*, p. 104.

39 E. Vandervelde, J. Destrée, *Le socialisme en Belgique*, París, 1905, p. 481.

40 Michels, "Historisch-kritische Einführung in die Geschichte des Marxismus in Italien", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, n. XXIV, 1097, pp. 235 y ss.

PUBLICACIONES SOBRE EL MARXISMO Y SOBRE EL SOCIALISMO (1889-1904)

	Italia[41]	Gran Bretaña[42]	Generales[43] socialismo	reseñas	Francia[44] marxistas
	Marxistas				
1890	2	6	16	5	0
1891	4	9	16	1	4
1892	0	11	18	6	3
1893	9	4	15	5	4
1894	14	12	28	3	2
1895	20	6	21	7	9
1896	16	5	19	11	5
1897	16	5	11	6	5
1898	12	5	14	7	0
1899	23	3	13	6	3
1900	11	5	7	9	7
1901	12	7	6	12	7
1902	14	4	8	5	6
1903	10	4	8	5	5
1904	5	4	7	8	–

VI

No obstante que en lo que hemos citado antes se reflejan los interes de los antisocialistas y de los socialistas, el modo en que reaccionó la opinión belga a la difusión del marxismo y del movimiento obrero no se puede

41 Fuentes: Michels, "Die italienische Literatur", pp. 526-541. Libros y artículos sobre la teoría del valor, sobre el capital, la concentración, las crisis, la depauperización y el materialismo, mas *no* textos de Marx, Engels y de los principales teóricos extranjeros.

42 Este índice comprende las obras sobre el socialismo enumeradas en los *Fabian Tracts, What to Read* y *More Books to Read,* además de las obras enumeradas como publicadas en Inglaterra bajo la voz "Socialism, General and Miscellaneous", en el *Subject Index to the British Museum Library,* 1880-1900 y 1901-1905. Las dos enumeraciones coinciden.

43 *Subject Index,* "socialismo" comprende las obras en todos los idiomas bajo la voz "Socialism, General and Miscellaneous"; "reseña", las enumeradas bajo "History of Socialism" y reseñas del movimiento socialista.

44 J. Willard, *ob. cit.,* bibliografía.

evaluar claramente con estos medios. ¿Existe algún modo de hacerlo? El problema espera solución, mientras tanto se puede plantear alguna hipótesis preliminar. En Alemania, el antimarxismo tomó cuerpo desde los años setenta en adelante, como reacción obvia a la fuerza de la SPD y se vieron envueltos implícita o explícitamente en el problema socialdemocrático muchas escuelas académicas: los Kathedersozialisten, el grupo Schäffle que se expresó a través de la *Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft,* los liberales más clásicos del tipo de Lujo Brentano, y, un poco más tarde, el grupo del *Archiv für Sozialwiswenschaft und Sozialpolitik* (Marx Weber . . .). La polémica con los socialistas de la cátedra es implícita en gran parte (el *Schmoller's Jahrbuch* casi no contiene artículos sobre Marx hasta 1898-1899, y contiene sólo cinco durante los años noventa); es más explícita en la *Zeitschrift* de Schäffle, que reaccionó al nacimiento de la SPD después de los años noventa con una salva de artículos sobre el socialismo, sobre la socialdemocracia y sobre Marx –siete entre 1890 y 1894–, después de esto deja totalmente de hablar del tema, aun antes de la muerte de Schäffle. Son más interesantes los *Jahrbucher,* menos apasionadamente comprometidos, de Conrad, y el círculo del *Archiv,* al que estaba ligado Weber. Los *Jahrbucher* mantienen un promedio bastante estable de artículos (tres o cuatro cada cinco años entre 1890 y 1909), pero si se incluyen las recensiones sólo se alcanza una, nivel de alto interés después de 1895, con un máximo (diez entre artículos y recensiones) entre 1901 y 1904. El *Archiv* empieza a demostrar un interés efectivo y cada vez mayor por el marxismo sólo

DISERTACIONES ALEMANAS SOBRE EL SOCIALISMO Y SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO (1890-1912)[45]

Años	Total	Media anual
1890-1895	16	2.6
1896-1900	14	2.8
1900-1905	36	6.0
1905-1909	51	10.2
1909-1912	79	19.7

45 Fuente: *Jahresverzeichnis der deutschen Hochschulschriften*

con el nuevo siglo (un artículo en los años noventa, cuatro en 1900 y 1904, quince entre 1905 y 1908).

Es posible que esta tendencia, a pesar de afectar sólo una minoría de los académicos alemanes, refleje un interés más vasto de los intelectuales por el movimiento obrero. Esto parece comprobarse por el número de las disertaciones académicas sobre temas como el socialismo, Marx y, en una medida predominante, las cuestiones obreras. Véase el cuadro que sigue.

Se puede afirmar con seguridad que en este período la inmensa mayoría de las tesis doctorales alemanas era defendida por no-socialistas, sino más bien por antisocialistas. Estas observaciones las presentamos únicamente como hipótesis para ulteriores investigaciones.

VII

Las cuestiones concernientes a la naturaleza del marxismo (o del "marxismo vulgar") que se hicieron comunes en este periodo sólo corresponden efectivamente a la presente relación, en cuanto se refieren a su expansión cualitativa, que es el tema del que nos ocupamos. Pero, naturalmente, cantidad y cualidad no pueden separarse del todo. Podemos estar de acuerdo con Lichtheim, cuando dice que los años noventa fueron "de muchas maneras (. . .) el 'momento clásico' de la historia del socialismo marxista considerado como una doctrina",[46] o sea el periodo en que todavía no habían surgido divergencias en su interior. Estas últimas surgieron hacia el final de los años noventa, no sólo bajo la forma del debate como el revisionismo sino bajo otras formas de lo que Masaryk definió como "la crisis del marxismo". Ahora bien, mientras algunos de los que participaron en estos debates y en estas discusiones se siguieron considerando a sí mismos marxistas, a secas, otros en cambio estuvieron a punto de abandonar a Marx (a pesar de que, como Bernstein, duraron en hacerlo explícitamente) y otros, finalmente, dejaron totalmente de ser marxistas o se separaron completamente de los partidos socialdemócratas. Al mismo tiempo, gente que al principio de los años noventa hubiera podido sentirse atraída por el marxismo, se dirigió o volvió a las ideologías alternativas de la izquierda, como el sindicalismo revolucionario. ¿Cómo se pueden explicar estas diversas tendencias?

46 G. Lichtheim, *Il marxismo*, Boloña, 1971, p. 375.

Próximos a concluir ya nuestra exposición, este problema nos regresa a las condiciones socioeconómicas, políticas e ideológicas de la difusión del marxismo. A esta altura podemos hacer dos observaciones: 1) en países en que el capitalismo era sólido o se estaba expandiendo con éxito seguro, la socialdemocracia no era revolucionaria, ya fuera oficialmente marxista o no; 2) también dentro de estos países la socialdemocracia era sólo fuertemente marxista en aquellos lugares en que los sectores de la burguesía liberal no habían logrado en el pasado ponerse a la cabeza de un movimiento radical-democrático de la pequeña burguesía, arrastrando tras de sí, en un frente común de lucha contra la aristocracia, importantes sectores de obreros políticamente conscientes. Esta hubiera podido retirarse, como en Alemania, de la lucha efectiva por una revolución burguesa o, como sucedió tal vez en Bélgica, no considerar necesario movilizar el proletariado. En aquellos lugares en que la tradición y la práctica de semejante "alianza popular contra el privilegio" y por la "reforma" eran fuertes, las posibilidades de penetración marxista eran débiles. Inglaterra constituye el ejemplo más claro pero no el único. En esos países, las organizaciones siguieron siendo, en los casos extremos, sectas al margen del movimiento obrero (como la SDF y el SLP en los Estados Unidos); los partidos socialistas de masa absorbieron elementos de ideas marxistas, pero –como el partido socialista americano o, un poco más tarde, el partido laborista inglés– no eran de ninguna manera oficialmente marxistas. En los casos menos extremos, como en Francia, se formaron partidos socialistas de carácter compuesto, en los que el marxismo luchaba y se mezclaba con las ideologías no marxistas de izquierda, incluyendo entre ellas el socialismo no marxista. El reformismo no tuvo necesidad de modificar una teoría marxista revolucionaria por medio de un "revisionismo" abierto o velado.

El revisionismo parece haber sido más fuerte en países como Alemania, en que, como lo ha señalado justamente Lichtheim, "promovió", en realidad, "la alianza política del movimiento obrero organizado y del liberalismo que los fabianos lograron conquistar en Inglaterra y que en Alemania estaba destinada a no llevarse a cabo".[47] Y la base ideológica de esta alianza se encontraba *dentro* de la socialdemocracia, porque el ala reformadora de la burguesía liberal no poseía una base política independiente suficientemente poderosa para negociar la alianza. Los revisionistas siguieron siendo en gran parte marxistas y permanecieron en el interior de la socialdemocracia porque no tenían a donde ir. La única

[47] *G. Lichtheim, ob. cit.*

ideología alternativa de reforma social (el "socialismo de Estado" bismarckiano o el "socialismo de cátedra", por ejemplo) no era liberal ni democrática, y mucho menos socialista.

En el extremo opuesto se encontraban los países en que el reformismo parecía despreciable o imposible, la revolución no sólo deseable sino realizable o hasta inminente, y las fuerzas débiles de la burguesía liberal, en tanto que su ideología parecía incapaz de resolver alguna cosa, ni siquiera suficientemente fuerte para conservar la confianza en ella misma y mucho menos para establecer su hegemonía sobre un movimiento de masas. En esos países –ejemplo obvio, Rusia– el marxismo no tenía competidores liberales o radical-democráticos. Podía atraer durante cierto tiempo no sólo a los revolucionarios socialistas, sino a todos los intelectuales que se daban cuenta de la crisis de la propia sociedad y no consideraban realizable ninguna otra solución alternativa. Dos factores coincidían: el vigoroso llamado de la teoría revolucionaria a los intelectuales en las zonas atrasadas, por ejemplo en Italia meridional,[48] y la eficacia del marxismo semejante, desde este punto de vista, a lo que había sido, una o dos generaciones antes, el saint-simonismo, en cuanto ideología alternativa y justificación de la industrialización por el liberalismo económico y, aparentemente, más adecuado a una situación de atraso económico. Los "marxistas legales" rusos de los años noventa hubieran sido burgueses liberales o hasta conservadores en cualquier país de occidente. Abandonaron el marxismo en la primera década del nuevo siglo, cuando pareció que el desarrollo capitalista en Rusia daba un dinamismo suficiente para progresar de la manera más ortodoxamente burguesa. El marxismo, basándose en un movimiento proletario en ascenso, seguía expandiéndose (ayudado por la política más flexible de la clase dirigente italiana) hacia los intelectuales de los estratos medios, a pesar de la política inflexible de la autocracia rusa. En estos países, al margen del desarrollo capitalista, encontramos, por lo tanto, no sólo revisores del marxismo sino una nueva clase de exmarxistas, como Struve, Bulgakov, Berdjaev.

Se podrían analizar también casos particulares o intermedios como el del "austro-marxismo" de Viena, pero el espacio no permite hacer una exposición demasiado extensa. Por otra parte no se puede dejar de decir alguna palabra sobre el reto que le presentaban al marxismo los

48 La Italia meridional, y sobre todo Nápoles, se convierten en un hormiguero extraordinario de intelectuales o, en otras palabras de revolucionarios, por ejemplo los dos Labriola, Croce, Ciccotti, Enrico Leone, más tarde Bordiga y, entre los anarquista, Malatesta y Merlino.

que se proclamaban todavía más revolucionarios. En años anteriores la burguesía consideró ordinariamente que el marxismo era una forma de subversión menos peligrosa –por ser menos terrorista– que la anarquía o que los últimos avances del populismo. Y existen pruebas, tanto en la Inglaterra de los años ochenta como en la Rusia de los años noventa, de que si no se lo alentó por lo menos se lo toleró, como antídoto de escuelas más sedientas de sangre.[49] Esto, evidentemente, estaba equivocado en lo que concernía al marxismo ruso, pero la disposición esencialmente gradualista, reformista y, en realidad, electoralista y parlamentaria de los partidos socialdemocráticos de masa, tendió sin duda cada vez más, a partir de 1900, a llevar los revolucionarios al extremo revolucionario-sindicalista del marxismo, si no es que más allá, como parece demostrarlo el caso de Ervin Szabo y de sus seguidores en Hungría (muchos de estos ultraizquierdistas encontraron la forma de volver al marxismo a través del ejemplo de la revolución rusa y de las enseñanzas de Lenin). Podemos observar, por lo tanto, aun después de 1900, cierto viraje, aunque en parte temporal, del marxismo hacia la izquierda. Queda todavía por investigar qué tan significativo era el fenómeno desde el punto de vista numérico.

En el periodo que nos hemos propuesto examinar distinguimos dos fases del desenvolvimiento del marxismo, separadas desde el final de la "gran depresión". La primera es testigo de una expansión de insólitas dimensiones; la segunda no tanto de una decadencia del imperio –ya que el crecimiento del apoyo de las masas superó en gran medida la pérdida de unos cuantos individuos de izquierda y de derecha–, sino de la integración de la socialdemocracia en la sociedad y en la ideología burguesas. Si el marxismo hubiera sido básicamente un movimiento de los países de capitalismo avanzado, esta tendencia hubiera podido ser irreversible. Pero no fue así. El marxismo se había convertido en la ideología del movimiento proletario ruso y de la revolución rusa, y a través de esa revolución le da nueva vida al marxismo occidental. Sucedió de este modo no sólo porque Rusia era revolucionaria, sino también porque los marxistas del imperio zarista, desde hacía mucho tiempo, eran capaces de hacer una gran contribución independiente al pensamiento y a la acción marxistas. Desde hacía tiempo se reconocían y se respetaban sus capacidades, aun en Alemania, como lo atestigua la colección de la *Neue Zeit.*

49 Eric J. Hobsbawn, *Studi di storia del movimento operaio,* p. 281; S. H. Baron, *Plekhanov, the Father of Russian Marxism,* Londres, 1963.

Los pensadores revolucionarios de los países subdesarrollados rara vez surgen a la sombra de los pensadores de los más prestigiados movimientos de los países avanzados, antes de haber realizado revoluciones victoriosas, y algunas veces ni siquiera entonces; o bien, hasta ese momento, no se reconoce su originalidad. El caso ruso es absolutamente excepcional y exige ulteriores investigaciones.

Queda una última cuestión. ¿Por qué los movimientos socialdemocráticos de la Segunda Internacional cayeron en tan gran medida bajo la hegemonía marxista? Como hemos visto, la componente marxista efectiva fue limitada en el más amplio y más positivo de éstos, por lo menos al occidente de la línea Helsinki-Viena-Roma. Hubieran podido muy bien desarrollarse partidos socialistas de masa menos ostensiblemente "marxistas". La explicación más obvia de que esto se debió en gran parte, o sobre todo, al prestigio del partido alemán (que era el de Marx y de Engels, el más vasto de todos y el que obtuvo los éxitos más evidentes), es inadecuada, por más concesiones que podamos hacer a la fuerza del modelo alemán y al radio de influencia alemana. No se explica, por ejemplo, ni la penetración del marxismo en Rusia o en Italia, ni el movimiento guesdista en Francia ni, en realidad, mucho de todas las demás penetraciones marxistas ocurridas antes de que terminaran los años ochenta. Podemos suponer que la superioridad del análisis marxista de la explotación y, sobre todo, de la lucha de clase respecto a la de sus competidores, le confirió un poder insólito de penetración. Los mismos rivales le reconocieron esta superioridad. Karejev, que lo criticó desde un punto de vista populista, rechazaba la concepción materialista de la historia, pero aceptaba la teoría del valor, ya que la consideraba igualmente esencial para el socialismo.[50] Los mismos anarquistas postbakunianos reconocían en Marx al gran teórico de la lucha de clase del proletariado, como diche Michels a propósito de Italia:

> Lo que en Italia siguió existiendo de las formas socialistas anteriores fue *absorbido* poco a poco por el marxismo. El viejo mazzinianismo, el malonismo así como la fuerza que estaba más cerca de éste, el bakunismo, pero que desde el punto de vista científico era infinitamente menos capaz de resistencia y de profundidad.[51]

50 Kelles Krausz, en *Revue Socialiste*, 1900, pp. 695 y ss.
51 Michels, *Historisch-kritische Einführung*, p. 254.

Si queremos comprender la difusión del marxismo y no sólo su adopción formal por parte de organismos, lo que verdaderamente penetró en los movimientos de la clase obrera, debemos mirar no sólo las obras de Marx y de los ideólogos y líderes marxistas, sino la realidad concreta de la vida y de las luchas de los trabajadores y las lecciones que éstos aprendieron de aquellas. Todavía se necesita una gran cantidad de investigaciones para poder comprender a fondo este aspecto de la penetración del marxismo en los años que van de 1890 a 1905.

6. MARXISMO, NACIONALISMO E INDEPENDENTISMO*

El nacionalismo ha sido un fenómeno de difícil comprensión para políticos y teóricos no nacionalistas desde el momento de su aparición, no sólo porque es un hecho a la vez vigoroso y desprovisto de una teoría racional sino también porque su forma y funciones han variado repetidamente a lo largo del tiempo. Como la nube con la que Hamlet se mofaba de Polonio, el nacionalismo puede ser interpretado de acuerdo con el gusto de cada uno como un camello, una comadreja o una ballena, por más que no se parezca a ninguno de ellos. Aunque tal vez el error consista en aplicar criterios zoológicos en lugar del análisis meteorológico: en el momento presente –y continuando con la metáfora– atravesamos un cierto tipo de cambio climático que afecta visiblemente esta modalidad de fenómeno meteorológico.

A diferencia de Tom Nairn, cuyo reciente libro origina estas reflexiones, vamos a comenzar por situar este cambio.[1] La esencia política del moderno nacionalismo es su demanda de "autodeterminación", esto es, el deseo de constituir algo así como un Estado-nación tal como hoy se entiende: una unidad territorial soberana e idealmente homogénea, habitada por ciudadanos miembros de esa nación y definida de acuerdo

* Publicado en *New Left Review*, n. 105, 1977. Traduccion de E. Blanco Medio y J. Díaz Malledo. Tomado de *Zona abierta*, n. 19, 1979.

1 Tom Nairn, *The break-up of Britain*, NLB, Londres, 1977. A menos que se especifique otra cosa, todas las referencias de página, en el texto del artículo y en las notas, se refieren al mencionado libro.

a diversos criterios convencionales (étnicos, lingüísticos, históricos, etcétera). Por otro lado, normalmente se considera que los modernos Estados territoriales constituyen tal tipo de nación, al menos en principio, mientras que aquellos ciudadanos que no son fácilmente encajables en ese marco se les tiende a clasificar como minorías o como otras "naciones" que deberían lógicamente tener su propio Estado. En realidad se ha alcanzado un punto en el que los términos "Estado" y "nación" son hoy por hoy intercambiables (expresión Naciones Unidas, por ejemplo). En todo caso, cualquiera que sea nuestra definición de pueblos, naciones, nacionalidades, etcétera, es claro que esta identificación es históricamente reciente, especialmente en la forma normalizada que se ha puesto de moda y que desorienta a los observadores incautos, incluyendo a Nairn.[2] En efecto, en primer lugar los modernos Estados territoriales de la categoría que hasta ahora se ha venido considerando como normal, pretendieran o no ser nacionales, fueron bastante poco habituales hasta bien entrado el siglo XIX; en segundo lugar, las enormes dificultades y horrores (incluyendo el separatismo, la división territorial, las expulsiones en masa y los genocidios) a los que ha conducido el intento de dividir Europa en Estados-nación homogéneos, en el presente siglo, demuestran su carácter de novedad histórica.

El Estado-nación en el siglo XIX

No obstante, en el siglo XIX podían existir, y de hecho existieron, razones para un cierto tipo de "Estado-nación"; lo cual tiene poco que ver, sin embargo, con el nacionalismo en el sentido actual, excepto en cuanto significa igualmente una forma de aglutinante emocional o religión cívica (patriotismo) para mantener unidos a los ciudadanos de tales Estados, divididos en clase social y en otros términos. Dichos Estados-nación fueron los principales elementos que intervinieron en la construcción del capitalismo mundial durante un amplio periodo de su desarrollo y, esta intervención, de la sociedad burguesa en el mundo desarrollado; así lo reconoció Marx al describir esta sociedad en el *Manifiesto comunista* como una unidad global al mismo tiempo que una "interdependencia de naciones". Estas representaban un elemento crucial: permitían la creación de las condiciones internas (por ejemplo un "merca-

2 Inglaterra es tan nación como Escocia, por más que Nairn piense que no es aún "una nación como las demás" (p. 301), es decir, poseedora de una ideología nacionalista y de un partido nacionalista del tipo del que ahora disponen los escoceses.

do nacional") que junto con las condiciones externas hacían posible el desarrollo de la "economía nacional" a través de la organización y la acción del Estado. Probablemente, como han señalado algunos neomarxistas (Perry Anderson e Inmmanuel Wallerstein), la existencia de un entramado internacional de Estados separados fue esencial para el crecimiento global del capitalismo. El capitalismo mundial consistía primordialmente en un conjunto de flujos económicos entre tales economías nacionales desarrolladas. Marx, aunque en otros aspectos no fuera un nacionalista, aceptó el papel histórico de un cierto número de esas economías nacionales basadas en el Estado-nación, creencia por otra parte generalizada en el siglo XIX.

La razón de ser de tal tipo de Estados-nación no era nacionalista en el sentido actual, en tanto no se planteaba –sin más– un mundo de Estados-nación al margen de su tamaño y recursos, sino que hacía sólo referencia a Estados "viables" de dimensiones medias o grandes, lo que en consecuencia excluía, primero, un amplio número de grupos "nacionales" de la condición de Estados y, segundo, hacía caso omiso, de hecho, de la homogeneidad nacional de la mayor parte de los Estados-nación a tener en cuenta. La formulación clásica de este programa fue el esquema de la "Europa de las naciones", elaborado en 1858 por Mazzini, quien como Cavour, y dicho sea de paso, tuvo dificultades para encajar en su esquema a uno de los pocos e innegables movimientos nacionales de masas de su tiempo, el de los irlandeses. Mazzini concebía una Europa compuesta de once Estados o federaciones, todos los cuales (con la significativa aunque única excepción de Italia) eran plurinacionales, no sólo en términos actuales sino también en los esencialmente decimonónicos términos wilsonianos del periodo posterior a los tratados de paz de 1918.[3]

La esencia de los movimientos nacionalistas en esta etapa –y las pruebas al respecto son contundentes– no era tanto la independencia estatal en sí como la construcción de Estados "viables", es decir "unificación" más que "separatismo", aunque esto quedara en parte oculto por el hecho de que la mayor parte de los movimientos nacionales tendiera a romper uno o más de los obsoletos imperios de Austria, Turquía y Rusia que aún sobrevivían. No sólo tendían a la unificación los movi-

3 Incluso en el supuesto –ya dudoso en nuestro tiempo– de que los italianos formaran una única nación homogénea, la delegación de poderes posterior a 1945 ha reconocido acertadamente la necesidad de un estatuto especial para Sicilia, Cerdeña, el binacional o trinacional Tirol del Sur y el Valle de Aosta.

mientos políticos alemán e italiano, sino igualmente los llevados a cabo por los polacos, rumanos, yugoslavos (Estado de cuya composición final no existía precedente histórico), búlgaros (con Macedonia), en forma muy especial los griegos; incluso los checos, a través de sus aspiraciones históricamente nuevas en la unidad con los eslovacos. Por el contrario, movimientos políticos que aspirasen a la independencia real como pequeños Estado-nación fueron notablemente raros, cualquiera que sea la forma en que se defina el concepto de nación y considerando la independencia como hecho distinto a la consecución de uno u otro grado de autonomía o algún modo de reconocimiento singular dentro de Estados más amplios. Nairn yerra enteramente al considerar a los escoceses del siglo XIX como una sorprendente anomalía ("la falta de sentido de nación del país en el siglo XIX, su casi total ausencia del amplio y variado escenario del nacionalismo europeo", p. 144): los escoceses constituían claramente una nación y lo sabían, pero a diferencia de otras pequeñas naciones europeas no necesitaban pedir lo que ya disfrutaban o, más bien, lo que ya disfrutaba su clase dominante. Es completamente anacrónico esperar que hubieran solicitado un Estado independiente en esa época.

Por la razón antes apuntada, el prejuicio contra la pulverización de los Estados (es decir, contra las mininaciones y los miniestados) estaba profundamente enraizado, incluso entre los nacionalistas, al menos en Europa. Los minúsculos principados germánicos o las repúblicas centroamericanas eran considerados risibles, el término "balcanización" era algo casi injurioso. Después de 1918 los austriacos no creían en la viabilidad de su pequeño Estado, aunque ésta se haya demostrado posible a partir de 1945; Danzig era considerado un engendro, a diferencia de lo que hoy ocurre con Singapur. La principal significación del reconocimiento internacional otorgado a la mayor parte de los miniestados que sobrevivían del periodo preburgués, estaba relacionada con motivos filatélicos y de domiciliación de empresas; y a decir verdad, de acuerdo con las pautas de entonces, dichos Estados constituían, con mucho, curiosidades toleradas.

Los nacionalismos separatistas del presente

La situación actual es radicalmente diferente. En primer lugar, el movimiento nacionalista característico de nuestro tiempo es separatista, orientándose hacia la desmembración de los Estados existentes, incluyendo –el hecho es nuevo– los "Estados-nación" más antiguos, tales

como Gran Bretaña, Francia, España e incluso (el caso del separatismo del Jura es significativo) Suiza.[4] Es perfectamente posible encontrar explicaciones *ad hoc* para cada uno de esos casos de escisión, como Nairn hace para el caso del posible desmembramiento de Gran Bretaña; pero estas explicaciones, como Nairn concede, serán irrelevantes en tanto que las *características generales* del fenómeno no sean conocidas ni explicadas. El problema como tal no es sólo sus circunstancias específicas y sus implicaciones políticas concretas. En segundo lugar, ha habido una completa transformación del concepto de Estado viable, como lo revela el hecho de que la mayoría de los miembros de las Naciones Unidas pronto estará formada probablemente por algo así como un conjunto de réplicas republicanas de entidades del tipo de los Sajonia-Coburgo-Gotha y Schwarzburg-Sonderhausen de finales del siglo XIX. Ello se debe principalmente, en primer lugar, al proceso de descolonización, que dejó la mitad del globo llena de territorios de reducido tamaño, o de amplios territorios con escasa población, que no podían ser o no fueron agrupados en unidades políticas más amplias o en federaciones. Es igualmente debido, en segundo lugar, a una situación internacional que, con algunas excepciones, protege incluso a los miniestados más débiles; una vez que se ratifica su estatuto de independencia, la posibilidad de conquista por parte de Estados de mayores dimensiones queda prácticamente descartada, aunque sólo sea por el temor de provocar una guerra entre las superpotencias. La situación internacional protege asimismo, aunque en un grado menor, a los Estados grandes contra la desintegración, dado que muy pocos de entre los nuevos Estados desean estimular el tipo de movimiento político que a la postre podría amenazar su propia y frágil unidad.[5]

4 Las excepciones principales de esta tendencia en Europa, la RFA e Italia, parecen haber evitado hasta el presente las tendencias separatistas –Baviera, Sicilia y Cerdeña, por ejemplo– adoptando, o viéndose forzadas a adoptar después de la guerra, un amplio sistema de delegación de poderes, como parte de la reacción contra el fascismo, que pretendió llevar las tendencias decimonónicas de unificación nacional a su aplicación más extremada.

5 Paradójicamente, esto se traduce en que movimientos separatistas con auténtico apoyo de masas, por motivos "nacionales" o étnicos, corren hoy el riesgo de ser desalentados por el grueso de los demás Estados. Véase la actitud de la mayor parte de los gobiernos africanos con respecto a las secesiones de Biafra y Katanga. La forma mas segura de conseguir apoyo para la independencia es constituir una dependencia de una potencia colonial en liquidación, es decir figurar ya en el mapa como un territorio claramente delimitado: el equivalente actual de ser una "nación histórica".

Sin embargo esta especie de balcanización universal (o más bien esta transformación de la ONU en algo parecido a las últimas fases del Sacro Imperio Romano-Germánico) refleja igualmente un cambio en el capitalismo mundial, que hasta el presente no ha sido tenido en cuenta por los marxistas en la discusión del nacionalismo: específicamente, el relativo declinar del Estado-nación de dimensiones medias o grandes, y de la economía nacional como principal componente de la economía mundial. Aparte del hecho de que, en la era de las superpotencias nucleares, la circunstancia de contar incluso con un alto potencial de producción, población y recursos no es ya suficiente para alcanzar el estatus militar que, tiempo atrás, fue el criterio de una "gran potencia";[6] el surgimiento de las compañías multinacionales y de la gestión económica de ámbito internacional ha transformado la división internacional del trabajo y sus mecanismos, alterando a la vez el criterio de "viabilidad económica" de un Estado. Este se entiende, en la actualidad, no ya como el de una economía suficientemente amplia para proporcionar un adecuado "mercado nacional" y tan variada que pueda producir una parte sustancial del necesario conjunto de bienes (desde alimentos hasta equipo de capital), sino en términos de una posición estratégica en algún lugar del complejo circuito de una economía mundial integrada, que pueda ser explotada para asegurar una adecuada renta nacional. Mientras la dimensión fue un elemento esencial en el criterio antiguo, parece ampliamente irrelevante por lo que respecta al nuevo; algo parecido a lo que ocurría en la etapa preindustrial del desarrollo capitalista, cuando Génova o Hamburgo no veían razón para estimar su viabilidad como Estados, con arreglo en los mismos criterios que España o Gran Bretaña. De acuerdo con estos nuevos modelos, Singapur es tan viable como Indonesia y mucho más próspera, Abu Dhabi superior a Egipto; y cualquier punto perdido en el Pacífico puede aspirar a la independencia –y en su momento a contar con su propio presidente– en el caso de que posea la adecuada localización para una base naval por la cual compiten los Estados más potentes, alguna generosa dádiva de la naturaleza, como manganeso o suficientes playas y muchachas hermosas como para convertirse en un paraíso turístico. En términos militares, por supuesto, la mayor parte de los miniestados simplemente no cuenta, pero tampo-

6 Esta es probablemente la primera vez en la historia del moderno sistema estatal en que dos Estados a los que generalmente se considera "grandes potencias" económicas en el sentido tradicional –Alemania y Japón–, apenas han intentado hasta el momento alcanzar una posición militar correspondiente a su condición.

co cuenta hoy por hoy la mayor parte de los grandes Estados. La diferencia entre Gran Bretaña y Barbados, en este sentido, es ya sólo de grado.

Esta combinación de una nueva fase de la economía internacional y del peculiar equilibrio del terror nuclear del pasado reciente, no ha *creado* los divisivos nacionalismos de nuestro tiempo, pero sí les ha dado rienda suelta. Si las Seychelles pueden tener un voto en la ONU igual que Japón, y los kuwaitíes ser tratados como antiguos lores ingleses por el poder de su petróleo, entonces, desde luego, no hay razón para que lugares como la Isla de Man, las Islas del Canal de la Mancha (por mencionar unos candidatos cuyas razones para la independencia son, para los parámetros que hoy se manejan, mejores que las de muchos otros), Canarias o Córcega (cuyos movimientos separatistas están siendo apoyados invocando la teoría marxista) no puedan constituir entidades similares. Por supuesto, la nueva situación ha transformado las actuales perspectivas de minindependencia. Sin entrar a discutir sus méritos intrínsecos, las propuestas de constituir un Estado para una parte de Irlanda del Norte o una espaciosa república en el Sahara, con base en sesenta mil nómadas, no pueden ya excluirse *a priori* de una consideración seria, amparándose en razones prácticas. Aún más, el pequeño Estado "desarrollado" es hoy potencialmente mucho más próspero y viable y se lo toma más en serio que en ios siglos pasados. Si existen Islandia y Luxemburgo, ¿por qué no Bretaña o el País Vasco? Para los nacionalistas, que se entregan con facilidad al optimismo, y a quienes por definición sólo les preocupa su propio colectivo, tales argumentos son enteramente válidos.[7] Como muchos, alguna noche se les alterará el sueño por lo que podría llamarse "efecto de las islas Shetland" *(Shetland effect),* entendiendo por tal que no sólo los viejos o grandes Estados son vulnerables a la división. Pero –desde una perspectiva diferente– es posible contemplar la aparición del nuevo y divisivo nacionalismo en un contexto más amplio.

La soberanía como dependencia

La primera observación de quienes se sitúan en esta otra perspectiva sería que la multiplicación de Estados soberanos independientes cambió

7 Sin embargo algunos pueblos o Estados de reducidas proporciones han aprendido, probablemente a través de su amplia experiencia histórica, a reducir sus aspiraciones a una adimensión más modesta. Como ejemplos podrían aducirse los casos de los galeses –a diferencia de los escoceses y los eslovenos, respectivamente. Valdría la pena investigar los motivos de tales diferencias.

sustancialmente para la mayor parte de ellos el sentido del término "independencia", convirtiéndolo en un sinónimo de "dependencia", como anticiparon esos antepasados históricos del moderno neocolonialismo: los Estados latinoamericanos del siglo XIX. Podemos dejar de lado el hecho obvio de que muchos de los Estados antes mencionados conservan su independencia sólo porque se les tolera o protege (Chipre, el Timor exportugués, y Líbano ilustran lo que puede ocurrir cuando no se cuenta con dichas condiciones). En cuanto a su dependencia económica, lo es en dos sentidos: en términos genéricos, en el marco de una economía internacional en la que en condiciones normales no pueden influir con sus solas fuerzas;[8] y en términos específicos, y en proporción inversa a su dimensión, dependencia con respecto a las grandes potencias y a las compañías multinacionales. El hecho de que éstas hoy por hoy prefieran —o estimen indispensable— una relación neocolonial más bien que una dependencia formalizada no debería engañarnos. Muy al contrario. La estrategia óptima para una economía neocolonial instrumentada a través de las multinacionales es precisamente aquella en la que el número de Estados oficialmente soberanos hace que sea máximo; y su dimensión y su potencia media —es decir, su capacidad efectiva para imponer las condiciones bajo las que los países extranjeros y el capital extranjero habrán de operar dentro de ellos— sean mínimas. Incluso en los años veinte las auténticas repúblicas bananeras fueron las pequeñas (Nicaragua más que Colombia). Y en nuestros días es evidente que Estados Unidos o Japón y sus compañías preferirían tratar con Alberta antes que con Canadá, y con Australia Occidental antes que con Australia, cuando se trata de llegar a acuerdos económicos (en ambas provincias existen, de hecho, aspiraciones autonomistas). Este aspecto del nuevo sistema de Estados no debe pasarse por alto, aunque por supuesto no puede ser usado como un argumento *a priori* de carácter general para propugnar la existencia de Estados grandes con preferencia de los Estados pequeños, y mucho menos para defender los Estados unitarios con preferencia de los Estados descentralizados o federales.

Una segunda observación es que, independientemente de las circunstancias de cualquier caso específico, la situación actual estimula, y no sólo entre los nacionalistas, la suposición de que la independencia en

8 La circunstancia coyuntural del relativo dominio de algunos Estados productores de petróleo sobre el mercado mundial de la energía es una excepción. Ninguna otra materia prima, por desigual que sea su distribución geográfica, ha proporcionado a los pequeños Estados que disponen de ella recursos o fuerza comparables.

forma de Estado o su equivalente es el modo normal de satisfacer las aspiraciones de cualquier grupo que posee una base territorial (una "patria"), es decir una nación potencial.[9] Esto es erróneo por tres razones. En primer lugar, nada avala esta suposición, ni en la teoría ni en la historia, incluso ni en la práctica actual. En segundo lugar, esa línea de razonamiento descarta implícita o explícitamente las numerosas y –con todos sus problemas– posibles fórmulas, que combinan unidad nacional con delegación de poderes, descentralización o federación. Para citar algunos casos: Estados Unidos, Canadá, Australia, Alemania Federal, Italia, Yugoslavia, Suiza y Austria. En otras palabras, tiende a pasar por alto aquellos problemas de la "rebelión contra los grandes Estados" y las "demandas de autogobierno regional" (p. 253) que no pueden asimilarse a los problemas de nacionalismo que se expresan en términos separatistas; casos como el de Bretaña se hacen notar, mientras que casos como el de Normandía pasan desapercibidos.

En tercer lugar, y lo que probablemente es más grave, se deja de lado el problema de cómo organizar la coexistencia real de diferentes grupos étnicos, raciales, lingüísticos, etcétera, en áreas geográficas que son prácticamente indivisibles y que, desde luego, son las que constituyen la regla general.[10] Sin pretender nada contra las posibles buenas razones de –digamos– el nacionalismo flamenco, puede afirmarse que para cualquiera, excepto para los nacionalistas flamencos apasionados, los motivos de queja de esa nación parecen objetivamente más fáciles de solventar que, por ejemplo, el problema de los negros en Estados Unidos o el de los trabajadores emigrantes establecidos en cualquier parte de Europa.

Marxismo y nacionalismo

¿Requiere la presente fase del nacionalismo algún cambio en la actitud de los marxistas hacia este fenómeno? Si nos atenemos al libro de Nairn, la situación ciertamente parece requerir, más que los rituales

9 Véase la observación de Nairn, quien dice que el "auto-gobierno" es "la aburrida y habitual respuesta a los conflictos de nacionalidad" (p. 241). Como tantas veces, la tendencia a usar epítetos retóricos ("aburridas") debe poner sobre aviso a los lectores y debería haber puesto sobre aviso al autor.

10 El nacionalismo de Quebec, de carácter esencialmente lingüístico, es un excelente ejemplo de cómo se intenta resolver un problema de lenguaje, colocando al mismo tiempo a minorías étnicas proporcionalmente importantes –angloparlantes, emigrantes, esquimales e indios– precisamente en la misma situación que se desea eliminar para la población francófona.

golpes de pecho acerca de las deficiencias teóricas en este terreno, un recordatorio básico: los marxistas en cuanto tales no son nacionalistas. No pueden serlo en cuanto teóricos, puesto que pasa por ser teoría nacionalista (tampoco como historiadores, considerando la vieja y acertada observación de Ernest Renan, de que una característica esencial de las naciones consiste en que entienden mal su propia historia); ni pueden serlo en la práctica, dado que el nacionalismo, por definición, subordina a los intereses de su específica "nación" todos los demás. No necesitamos asumir una posición luxemburguista para afirmar categóricamente que cualquier marxista que, al menos en teoría, no esté dispuesto a contemplar los "intereses" de su propio país o pueblo subordinados a intereses más amplios, haría mejor en reconsiderar sus lealtades ideológicas. Esto, por otra parte, no tiene que aplicarse sólo a los marxistas. Israelitas y palestinos pueden pensar que la conservación o establecimiento, respectivamente, de sus Estados, merece una guerra mundial, o pueden actuar como si lo creyeran, pero el resto de los más de cuatro mil millones de habitantes del mundo difícilmente estará de acuerdo con ellos. El examen de si la actitud práctica se adapta a la ideología debe ser hecho, por supuesto, en relación con la gente o el país *a los que el marxista pertenece,* por obvias razones psicológicas y de otro orden. Para un marxista judío, incluso si desea preservar lo que es ahora un pueblo judío establecido en Israel, la prueba de fuego consistiría en que *no* fuera sionista. Este razonamiento general también podría aplicarse a los escoceses.

En la práctica, naturalmente, las pruebas de ese género no están tan definidas como en teoría. No tanto porque la mayor parte de los marxistas, empezando por Marx y Engels, estuvieron o están orgullosos de las comunidades nacionales, étnicas, culturales o de otro tipo a las que pertenecieron o pertenecen, sino que por razones obvias (que Nairn pone de relieve) la mayor parte de los movimientos socialistas operan, en la realidad, dentro de los límites de algún Estado o pueblo determinado –en los casos en que han tenido más éxito, de hecho, operan como movilizadores y representantes de determinadas naciones tanto como de sus clases oprimidas–, y los intereses de las entidades nacionales concretas a menudo claramente no son congruentes ni convergentes. Esta última circunstancia deja un amplio margen para la justificación y racionalización de las respectivas políticas nacionales por parte de los marxistas.

El problema reside precisamente en distinguir lo que es simple racionalización de lo que no lo es, tarea que, una vez más, parece más

asequible a quienes no pertenecen a esa determinada nación. Pocos marxistas que no sean chinos se dejarán impresionar por la defensa que los chinos hacen, en términos marxistas, de una política exterior que en los últimos años no ha parecido orientada a hacer avanzar la causa del socialismo no chino. En la actualidad, Eritrea y la república de Somalia (esta última autodefiniéndose marxista) justifican sin duda el intento de desmembramiento del Estado etíope con citas de Lenin, del mismo modo que el gobierno etíope (marxista) justifica la conservación de la unidad de su país. Quienes no pertenezcan a dichos territorios pueden fácilmente percatarse de que esas acciones, aunque no los argumentos, son aproximadamente iguales aunque ninguna de ellas se base en postulados marxistas.

Si bien los marxistas no son nacionalistas (aunque crean en el desarrollo nacional y dediquen la mayor parte de sus esfuerzos a sus respectivas naciones), necesitan, sin embargo, enfrentarse al hecho político del nacionalismo y definir las actitudes correspondientes a sus manifestaciones específicas. Esto ha constituido necesariamente para la mayor parte de éstos, incluso desde la época de Marx, no una cuestión de principios teóricos (excepto tal vez para la minoría de luxemburguistas que tiende a sospechar de las naciones *en block*), sino de juicio pragmático en función de circunstancias cambiantes. En principio, los marxistas no están a favor ni en contra de la independencia, como Estado, de nación alguna (que no es lo mismo que el concepto leninista de "derecho a la autodeterminación"), aun suponiendo que pueda existir otro criterio, además del puramente pragmático, acerca de lo que en cualquier caso particular constituye una "nación", si bien es cierto que en realidad esa actitud no beligerante puede hacerse extensiva a cualquiera, incluyendo a los propios nacionalistas, excepto en lo que se refiere, claro está, a su propia nación. Si cuentan con alguna imagen histórica del ordenamiento internacional de un futuro socialismo mundial, ésta ciertamente no consiste en un mosaico de Estados-nación homogéneos y soberanos, de amplias o, más bien, reducidas dimensiones como parece ser la tónica actual, sino en una asociación o unión organizativa de naciones, a la que posiblemente siga –aunque sobre esto apenas se ha insistido desde el *Manifiesto comunista*– la disolución final de las culturas nacionales en una cultura global, o, por decirlo en términos más genéricos, en una cultura común a toda la humanidad.

Dado que los marxistas consideran las naciones en el sentido moderno como fenómenos históricos más que como datos eternos *a priori* de la sociedad humana, su política no puede considerar las naciones

como realidades absolutas. ¿Cómo podría en realidad ser así en áreas como el Oriente Medio, donde guerra o paz giran fundamentalmente en torno a los problemas de dos "naciones" que, como Estados-nación territoriales, casi no habían sido ni concebidos en 1918? En pocas palabras, la actitud marxista hacia el nacionalismo, como parte de su programa, es similar en muchos aspectos a la actitud de Marx hacia otras abstracciones *a priori* de lo que, en su día, fue el radicalismo pequeño burgués, la "república democrática", por ejemplo. No es una actitud que carezca de comprensión hacia el fenómeno, pero es contingente y no absoluta. El criterio fundamental del juicio pragmático marxista ha sido siempre elucidar si el nacionalismo como tal, o cualquier caso particular de éste, hace avanzar la causa del socialismo; o, inversamente, cómo evitar que detengan ese proceso, o, incluso, cómo movilizar el nacionalismo como una fuerza que contribuya al progreso del socialismo. Pocos marxistas habrán sostenido que *ningún* movimiento nacionalista deba ser apoyado; ninguno que *todos* los movimientos nacionalistas contribuyan automáticamente al avance del socialismo y deban, por lo tanto, ser apoyados. Cualquier marxista, no perteneciente a la nación implicada, mirará con desconfianza a los partidos *marxistas* que coloquen la independencia de sus naciones por encima de cualquier otro objetivo, sin tener en cuenta la totalidad de las circunstancias pertinentes.

Lenin y la liberación nacional

A partir de Lenin, sin embargo, los marxistas han desarrollado una política nacional suficientemente vigorosa como para asociar el marxismo con los movimientos de liberación nacional en amplias zonas del mundo, inclusive en ocasiones para poner en marcha movimientos nacionales bajo dirección marxista. Esta política descansa esencialmente en tres elementos. En primer lugar, se amplía mucho más allá de los límites previstos por Marx y Engels la categoría de los "movimientos nacionales", considerados esencialmente "progresivos" en sus efectos; se incluye así en esta categoría la gran mayoría de los movimientos nacionales del siglo XX, especialmente cuando, como ocurrió durante el periodo antifascista, se amplía el concepto para abarcar las luchas de resistencia nacional contra las más peligrosas potencias ultrarreaccionarias. El nacionalismo "progresivo", y aunque Nairn parece no ser consciente de esta circunstancia, no ha estado limitado a la categoría de los movimientos dirigidos contra la explotación imperialista, que represen-

taba algo así como "la fase democrático-burguesa" en la evolución de los países menos desarrollados. En segundo lugar, se hace posible y deseable la existencia de movimientos marxistas revolucionarios que no funcionen simplemente como movimientos de clase de los explotados y oprimidos, sino también como punta de lanza en la lucha de naciones enteras por su emancipación; en pocas palabras, movimientos como los de los chinos, vietnamitas, yugoslavos, etcétera, así como también el comunismo gramsciano. En tercer lugar, se reconocen las fuerzas sociales que han dado realidad a los movimientos nacionales y el poder político de éstos, aceptando como cuestión de principios la autodeterminación, incluyendo la posibilidad de secesión, aunque Lenin, de hecho, no recomendara a los socialistas de los países afectados *favorecer* la secesión, excepto en circunstancias específicas y pragmáticamente indentificables.

A pesar de sus notables éxitos, esta política leninista no puede dejar de criticarse. Es difícil, en efecto, negar que sólo en pocos casos han tenido éxito los marxistas al llegar a ser la fuerza dirigente en los respectivos movimientos nacionales o al mantenerse en esa posición. En la mayor parte de los casos, especialmente cuando tales movimientos nacionales existían ya como fuerzas considerables o eran auspiciados por gobiernos estatales, los marxistas han entrado en una relación de subordinación respecto al nacionalismo no marxista o antimarxista, o han sido absorbidos por éste o marginados. Por lo que a esto se refiere, las alegaciones luxemburguistas no dejan de tener visos de realidad. Analizando retrospectivamente el movimiento político irlandés, por ejemplo, bien puede decirse que un partido obrero irlandés sería hoy más significativo y prometedor políticamente si Connolly no hubiera identificado, con su rebelión y su muerte, la causa de dicho partido con el fenianismo católico-nacionalista, convirtiendo así de hecho en imposible un movimiento obrero unido del norte y del sur. En lugar de transformarlo, el elemento marxista en el nacionalismo irlandés ha producido poco más que otro santo y mártir nacionalista; además de un matiz socialrevolucionario en los elementos radicales del IRA que, como demuestra la experiencia del Ulster desde 1968, no ha sido suficientemente fuerte para imponerese a la tradición de otro carácter tan rápidamente movilizada por y para los probos. El comunismo irlandes es insignificante; y el Partido Laborista Irlandés más débil que en cualquier otra área de las Islas Británicas. No pretendo sugerir, incluso si este ejercicio de la historia contrafáctica (es decir, de pura ficción) fuera posible, que el movimiento socialista irlandés habría tenido más éxito con-

cación de los Estados-nación *como tales*– en un motor histórico para generar el socialismo, ya sea para reemplazar o para suplementar el mecanismo histórico marxiano. Este, como hemos visto, incluye la formación de *algunos* Estados-nación como elemento esencial del desarrollo capitalista, y atribuye un papel estratégico crucial a *algunos* movimeintos de inspiración nacionalista; pero no ofrece lo que el nacionalismo requiere: carta blanca para *cualquier* Estado o movimiento político de este tipo. A decir verdad, la teoría del nacionalismo que Nairn emplea (pp. 334-50), y el propio autor considera un tanto improvisada, no intenta proporcionar dicho mecanismo, sino meramente señalar que la continua multiplicación de los Estados independientes ("fragmentación sociopolítica") en un proceso que a juicio de Nairn dista mucho de haberse completado (p. 356), es un subproducto inevitable del desarrollo desigual del capitalismo, y, por lo tanto, debe ser aceptado como un marco "establecido e ineludible" para las aspiraciones socialistas. Esto puede o no puede ser así, aunque sólo puede convertirse en una fuerza que los socialistas apoyen, en cuanto socialistas, si nos basamos en el supuesto –no demostrado en absoluto– de que el separatismo constituye, de por sí, un paso hacia la revolución.

En segundo lugar, y esto se refiere esencialmente a los nacionalistas más que a los marxistas, no hay forma de utilizar el argumento general de balcanización creciente como una razón específica para justificar la independencia de cualquier supuesta "nación". Suponer que la multiplicación de los Estados independientes pueda tener final, es suponer que el mundo pude subdividirse en un número finito de potenciales "Estados-nación" homogéneos, inmunes a posteriores subdivisiones, es decir, que dicho número de Estados puede determinarse *a priori*. Evidentemente este no es el caso, incluso si lo fuera el resultado no sería necesariamente un mundo de Estados-nación. El imperialismo británico actuó, es cierto, en forma interesada al utilizar contra el nacionalismo hindú el argumento de la multiplicidad de grupos lingüísticos en el subcontinente indio; pero –aunque no pretendamos negarles su "derecho a la autodeterminación"– no es evidente que la división de la región fronteriza de la India, Birmania y China en veinte Estados-nación distintos y soberanos sea practicable o deseable.[12] No necesitamos discutir aquí el su-

12 Utilizo los datos proporcionados por R. P. Dutt en *Modern India*, 1940, pp. 264-5, omitiendo las lenguas (o empleando la expresión de Dutt, "dialectos menores") habladas por menos de cincuenta mil personas; seis de las lenguas aludidas eran habladas por más de doscientas mil personas. En todo caso el argumento no depende de la exactitud de los datos.

puesto de que todas las naciones deban formar Estados soberanos separados o que estén destinadas a ello; baste señalar que cualquier número finito de tales Estados necesariamente margina de la posibilidad de convertirse en Estados a algunos candidatos potenciales. En pocas palabras, cualquiera que sea la valoración que se haga de la tendencia histórica general, el argumento para la constitución de cualquier Estado-nación independiente debe ser siempre un argumento *ad hoc*, lo que convierte en discutibles las razones que pretenden justificar *todos los casos* de autodeterminación a través del separatismo. La ironía del nacionalismo es que el argumento para la separación entre Escocia e Inglaterra es estrictamente análogo al argumento en favor de la separación de las islas Shetland de Escocia. Como análogos son los argumentos que se emplean contra ambas separaciones.

Sería absurdo, por supuesto, negar que la relación entre nacionalismo y socialismo plantea igualmente enormes dificultades para los socialistas no nacionalistas. Está, por ejemplo, el dilema subjetivo de los marxistas norteamericanos, quienes no pueden de modo realista aspirar al socialismo en un futuro previsible, en cuyo país –principal soporte del capitalismo y de la reacción internacionales– el nacionalismo es un concepto que viene en gran parte definido por la exclusión de gente como dichos marxistas, a quienes se tacha de antiamericanos. Al igual que los alemanes antifascistas en el periodo nazi, aunque con menos convicción, tal vez podrían consolarse con la idea de que ellos representan la "verdadera nación", por contraposición a la falsificada, pero en realidad no pueden evitar el nadar totalmente contra la corriente del "patriotismo" local. Tenemos, por otra parte, el hecho más general y –¡ay!– objetivo de que los movimientos y Estados marxistas no han encontrado una solución a la "cuestión nacional". Ni el austromarxismo ni el marxismo leninista (sin tener el poder) han sido capaces de evitar el desmembramiento de grandes partidos en secciones nacionales, cuando la presión nacional ha sido suficientemente grande; tampoco el leninismo ha sido, por cierto, capaz de evitar el desmembramiento de su movimiento internacional a lo largo de líneas fundamentalmente nacionales. Los Estados socialistas plurinacionales tienen lo que a simple vista parece un problema similar al de los Estados no socialistas en lo que se refiere a los nacionalismos internos. Por otra parte, los movimientos y Estados marxistas han tendido a convertirse en nacionales no sólo en la forma sino en la sustancia, es decir, a convertirse en nacionalistas. Nada sugiere que esta tendencia no vaya a continuar.

Si se admite lo anterior, el desfase ya evidente entre el marxismo como análisis de lo que existe o empieza a existir, y el marxismo como formulación de lo que queremos que ocurra, será mayor. Un aspecto más de la utopía tendrá que desmontarse o posponerse a un futuro no predecible. El mundo socialista no será –en caso de que empiece a existir en la presente contelación histórica, aunque ¿quién apostaría mucho a esa carta?– el mundo de la paz, la fraternidad y la amistad internacionales con el que han soñado filósofos y revolucionarios. No todos nosotros liquidaríamos tan rápidamente como Nairn esa "grandiosa tradición universalizadora" (que como él mismo dice remonta más allá de Marx) como una mera aberración del eurocentrismo, como una "fantasía metropolitana" (pp. 336-367): su teoría del nacionalismo, afortunadamente, es demasiado endeble para tentarnos a ello.[13] Sin embargo, desde 1914 hemos tenido tiempo suficiente para acostumbrarnos a un socialismo internacional –compuesto de movimientos o Estados– que se encuentra muy lejos de los sueños y esperanzas de los primeros tiempos. El peligro real para los marxistas es la tentación de acoger el nacionalismo como una ideología y un programa, en vez de aceptarlo en forma realista como un hecho, como un elemento en su lucha de socialistas (después de todo, uno no acoge favorablemente el que el capitalismo haya resultado ser mucho más resistente y económicamente viable de lo que Marx o Lenin esperaban, aunque no haya más remedio que aceptarlo). Aparte de que eso supondría abandonar los valores de la Ilustración, los de la razón y la ciencia, caer en dicha tentación implicaría renunciar a un análisis realista, marxista o no marxista, de la situación mundial. Por este motivo es que libros como el de Nairn deben criticarse, a pesar de su talento y la perspicacia de la que con frecuencia hace gala, o tal vez precisamente a causa de ello. La expresión de Karl Kraus acerca del psicoanálisis, acertada o no en lo que se refiere a Freud, puede igual-

13 El argumento de que el nacionalismo se deriva esencialmente de la reacción de las élites "periféricas" contra el avance y la penetración del capitalismo metropolitano descuida, entre otras cosas, el origen histórico del fenómeno y su papel en los países del "centro" del desarrollo capitalista, países que proporcionaron el modelo conceptual para los restantes nacionalismos: Inglaterra, Francia, EEUU, Alemania. De hecho, es fácil dar la vuelta al argumento manejado por Nairn, presentando al mundo moderno de naciones-Estado, de "entidades (territoriales) monoculturales, homogéneas y unilingüísticas, que ha llegado a ser el patrón normal de las Naciones Unidas" (p. 317), esencialmente como un producto –es de esperar que transitorio– de la moda eurocéntrica. Esta alternativa, por supuesto, constituiría un ejemplo de retórica política no más satisfactorio que el ofrecido en la versión de Nairn.

mente aplicarse a esta clase de libros: son al menos un síntoma de la enfermedad que pretenden curar.

Sobre The break-up of Britain

No es mi propósito discutir aquí el libro de Nairn detalladamente. En esencia, el libro contiene dos series de argumentos: un razonamiento específico, para explicar "el desmembramiento de Gran Bretaña", y un razonamiento general que pone de relieve la insuficiencia del marxismo, alegando –el autor perdonará tal vez una pequeña simplificación– que no reconoce que la división de los grandes Estados en Estados pequeños es una especie de ley histórica. El primero contiene observaciones interesantes, agudas y en ocasiones notables, sobre historia inglesa e irlandesa, aunque estas observaciones sean de inferior calidad en lo que se refiere a historia escocesa o galesa, las cuales adolecen en general de la tendencia a convertirse en invectivas antinglesas. El segundo razonamiento sufre de las habituales desventajas de los argumentos especiosos que quieren presentarse como gran teoría; como interpretación del marxismo, es discutible; como teoría del nacionalismo, y a pesar de su terminología neomarxista ("desarrollo desigual", referencias a Anderson y Wallerstein), no es muy diferente de otras que ahora son moneda corriente entre los académicos (*Cfr.* pp. 96-105 y cap. 9).[14]

Tiene más interés comentar la extensa, desapasionada y a menudo brillante investigación que Nairn hace de la "crisis de Inglaterra", dada la importancia de retroceder a las peculiaridades y compromisos de la revolución inglesa y el triunfo de la sociedad burguesa británica, por más que el análisis ofrecido por Nairn sea en algunos sentidos extraordinariamente completo y en otros extraordinariamente incompleto. Aún más, en ese terreno Nairn abre un campo nuevo desde el punto de vista

14 Excepto tal vez en la dudosa afirmación de que el nacionalismo decimonónico fue esencialmente una reacción contra "formas de Estado indudablemente arcaicas", tales como los viejos imperios plurinacionales o más bien pluricomunales (pp. 86-87, 317-318). Evidentemente, en parte consistió en esto, como no podía ser de otro modo, pero de ahí no se deduce que las formas arcaicas de Estado "estuvieran destinadas a desintegrarse en naciones-Estado con arreglo al modelo occidental (...) por la propia naturaleza del capitalismo". Como se puso de manifiesto anteriormente, los componentes de dichas entidades plurinacionales tendieron, tanto o más que a la desintegración mencionada (en el "centro" capitalista, definitivamente *más*), a olvidar sus particularismos para constituir naciones-Estado más amplias y unificadas, tales como Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia.

marxista, especialmente al relacionar la inadaptabilidad del capitalismo británico a las condiciones de la segunda mitad del presente siglo con las estructuras político-culturales y estatales, resultado de las peculiaridades de la "revolución burguesa" en Gran Bretaña. Es obligado reconocer la contribución de Nairn en este terreno. Sin embargo el autor utiliza argumentos de doble filo, los cuales hace un siglo podrían haberse utilizado perfectamente para explicar los triunfos y éxitos del capitalismo británico. Argumentos análogos podrían usarse de la misma manera en la actualidad para explicar el singular éxito de los capitalismos alemán y japonés y, plausiblemente, los logros económicos del socialismo alemán. En un sentido o en otro, dichas consideraciones podrían aplicarse incluso a cualquier país burgués, sin excluir, de acuerdo con la propia formulación de Nairn, a la Escocia de los siglos XVIII y XIX. ¿No sería, en efecto, tan cierto como para Inglaterra decir que "la clase y el Estado patricios (escoceses) proporcionaron las condiciones necesarias para la industrialización"? (p. 30). Esto es así porque, con base en el razonamiento del mismo Nairn, el "desarrollo desigual" excluye la posibilidad real de un caso-tipo de sociedad burguesa "pura" al cien por ciento. De todos modos, dado que ningún "país desarrollado" ha producido hasta el momento una revolución socialista, una variante de argumento histórico puede usarse para explicar el que no haya ocurrido en lugar alguno. Y, por el contrario, dado que un número creciente de los viejos "Estados-nación" muestran tendencias a la fisión, el análisis de la realidad británica en relación con su naufragio económico es poco convincente como explicación del fenómeno más general.

El libro de Nairn no constituye, en modo alguno, el único intento de diluir las diferencias entre los marxistas y el nacionalismo. Pero lo que convierte a libros como el suyo en un síntoma tan deprimente de nuestro tiempo, es precisamente que el autor *no es* el tipo de nacionalista que hoy ostenta una enseña marxista y antes de la segunda guerra mundial podría haberse orientado hacia la ultraderecha, *ni* el tipo de marxista que en el momento decisivo se descubre judío o árabe *antes que* marxista. Su cualidad principal ha sido siempre apreciar las automistificaciones de los que hablan de "desmistificación"; saber descubrir la endeblez intelectual existente tras ciertas expresiones políticas disfrazadas de análisis político, tras la negativa a reconocer ciertas realidades por desagradables. En casos en que ni sus emociones ni las de la mayor parte del mundo están básicamente implicadas, como en el caso del Ulster (sobre el cual, como el autor observa con certeza, poca gente fuera de Irlanda del Norte *se preocupa* realmente), su análisis adquiere

una implacable fuerza. Incluso su nacionalismo escocés –que no es lo mismo que su "ser escocés"– no parece tanto base y objetivo de su política, como una última retirada.

Porque cualquiera puede ser realista cuando las perspectivas son alentadoras. Las dificultades empiezan cuando, como en el presente, el análisis sugiere a observadores realistas como Naim conclusiones de un profundo pesimismo. Aunque Naim lo niegue, su actitud está fuertemente influida por la imagen de Walter Benjamin –que el propio autor cita– acerca "progreso" como un montón de restos que, mientras avanzamos de espaldas hacia el futuro, vemos acumularse tras las tormentas de la historia, con el temor de que tal vez el futuro no sea como lo deseamos o incluso como nos parecería tolerable (pp. 359-360 y 362). Los diversos mecanismos en los cuales los marxistas, basándose más o menos vagamente en los análisis de Marx, han confiado para la sustitución del capitalismo por el socialismo, no funcionan en los países desarrollados ni en la mayor parte del "tercer mundo", en sí mismo un concepto cuya vaguedad es, a estas alturas, obvia. En cuanto a los Estados socialistas, es difícil negar sus problemas internos y las incertidumbres de su propio futuro. Y se podría añadir que estos Estados, incluso para aquellos de nosotros que rehusamos minimizar sus extraordinarios logros históricos son, en su forma presente, difíciles de aceptar como modelos de un deseable futuro socialista.

La sociedad capitalista se encuentra hoy en una crisis global; pocos pueden creer, sin embargo, que el resultado probable o incluso posible a corto plazo en cualquier país sea de signo socialista. Entonces podríamos preguntarnos, ¿en qué se basarán nuestras esperanzas, si no en el voluntarismo o en un acto de fe de la inevitabilidad histórica? Pero los marxistas no han sido nunca voluntaristas ciegos ni se han basado en la inevitabilidad histórica ni en la generalización filosófica en abstracto; por el contrario, han pretendido siempre identificar específicas fuerzas sociales y políticas, coyunturas o situaciones específicas que pudieran contribuir a cavar la tumba del capitalismo.

La tentación del separatismo

En este contexto ha de examinarse la tentación del nacionalismo separatista, una fuerza sociopolítica activa, creciente e indudablemente poderosa, capaz, dentro de su limitado campo de acción, de dictar condiciones no sólo a los trabajadores, sino también a la burguesía y a los Estados capitalistas. Podría decirse incluso que el fenómeno se desarro-

lla visiblemente con la crisis de ambos. Nairn subraya acertadamente que los separatismos nacionales escocés y galés, que el autor juzga como una "huida antes que el barco se hunda", adquieren su importancia como movimientos a consecuencia de la crisis del capitalismo británico. Analizándolo más detalladamente, es igualmente cierto, aunque Nairn no lo diga, que ambos nacionalismos recibieron el grado de apoyo de las masas con el que actualmente cuentan, especialmente el de los trabajadores, como un resultado directo del fracaso del Partido Laborista Británico en los años sesenta. Mientras escoceses y galeses pusieron sus esperanzas en los distintos partidos que abarcando el país en su conjunto pretendían representar al "progreso y al pueblo" –primero al Partido Liberal, más tarde el Partido Laborista–, el apoyo de las masas al nacionalismo separatista fue (a diferencia de lo ocurrido en Irlanda) poco considerable. Y en forma similar a lo que sucedió en algunos otros Estados burgueses desarrollados –notoriamente en Estados Unidos–, el "partido del pueblo" pudo adquirir mayor fuerza y capacidad para servir a quienes lo apoyaban, ampliándose mediante una alianza que incluía a los trabajadores, los intelectuales, las minorías nacionales, raciales y religiosas, y los habitantes de las áreas geográficas deprimidas.[15] No hay razones, por tanto, para suponer que el descubrimiento por la clase media escocesa del potencial petrolífero de la zona –hecho en todo caso posterior a la aparición de un movimiento nacionalista de masas– habría hecho a la gran masa de los trabajadores escoceses más proclives a seguir automáticamente al Partido Nacionalista Escocés (SNP), ni que el argumento de una economía escocesa dinámica y floreciente que se ahoga debido a su relación con la económicamente atrasada Inglaterra habría sonado más convicente en Strathclyde que en cualquier otra parte fuera de los círculos nacionalistas escoceses.

¿No podrá esta inequívoca y formidable fuerza del nacionalismo –inseparable del "desarrollo" capitalista (o tal vez de cualquier desarrollo), generada constantemente por éste, que crece y se universaliza con

15 En un ensayo escrito en 1965, sugerí esto para el caso del Reino Unido pero indicaba: "Si con el declive del movimiento laborista tradicional las consignas nacionalistas llegaron o no a tener en el futuro una mayor atracción para las clases trabajadoras escocesa o galesa, es una incógnita a la que sólo el futuro puede responder". En la época en que el ensayo se preparaba para la imprenta (1968) ya era posible decir: "desde 1966, la desilusión con respecto al gobierno laborista ha convertido a los nacionalismos escocés y galés, por primera vez en la historia, en considerables fuerzas electorales" (*Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux XIX et XX siécles*, París, 1971, vol. I, p. 42). Nairn cita el ensayo, pero no mi argumento.

las desigualdades, tensiones y contradicciones engendradas por el capitalismo (pp. 334-340)– convertirse de algún modo en el enterrador del sistema capitalista? ¿No habrá de verse en dicha fuerza, aun con toda su reconocida ambigüedad ("el moderno Jano") algo no sólo inevitable sino también deseable si va a colaborar, por ejemplo, a restaurar "los verdaderos valores de comunidades más reducidas, más fácilmente identificables" (p. 253)? ¿Podrá como para Sherlock Holmes la eliminación sistemática de todas las hipótesis restantes hacernos llegar a la verdadera solución, por poco plausible que ésta parezca? Puede que tal vez sólo resulte ser "un rodeo en el camino de la revolución" (p. 90); sin embargo ¿existe otra opción si el camino principal ha quedado bloqueado o destruido? La tentación de asegurar que puede o debe ser así es grande, pero también es grande el peligro de que dicho rodeo se convierte en fin del viaje si el nacionalismo separatista (en la forma de un "desmembramiento de Gran Bretaña" o de cualquier otro país) resulta *no* ser "un hecho progresivo, un paso adelante no sólo para los pueblos de los propios nacionalismos afectados" sino también para Inglaterra y para el resto de los Estados actuales" (p. 89). "El neonacionalismo no necesitaría entonces otra justificación" (p. 90). "¿Quién puede negar en tal caso a escoceses, galeses, etcétera, la efectiva autodeterminación, no como una concesión piadosa, sino como una medida práctica e imperiosamente necesaria?" (p. 91). Hemos llegado así, insensiblemente, a un punto en el que la creación de otro Estado-nación se convierte en un fin por sí mismo, y el argumento de izquierda se confunde con el empleado por todas las Ruritanias del pasado. Los portavoces de éstas se preocupaban de asegurarnos –llegando incluso a creérselo ellos mismos– que lo que era bueno para Ruritania era bueno para el mundo; pero aun en el caso de que no fuera así, ellos seguirían adelante con su proyecto.

Nacionalismo y socialismo en Gran Bretaña

En todo caso, cualquiera que sea el argumento general teórico o histórico, las cuestiones fundamentales que habremos de planteamos deberán ser si el "desmembramiento de Gran Bretaña" u otros grandes Estados-nación ayudará a la implantación del socialismo, y si ello es tan inevitable como Nairn afirma o parece suponer. Estas cuestiones, sin embargo, no se refieren a la teoría general sino a la realidad concreta y a sus posibilidades de concreción. Mirando las cosas con objetividad, los efectos positivos para el socialismo resultantes del desmembramiento del Reino Unido, aunque haya quien los considere inevitables, no están,

hoy por hoy, a la vista. Podría ser cierto que "han aparecido finalmente fuerzas capaces de sacar de sus goznes al Estado (...) como heraldos de una nueva época", si, siguiendo a Nairn, contemplamos la previa destrucción de la vieja forma de organización estatal como una precondición necesaria o, incluso, como "el factor principal conducente a algún tipo de revolución política". Pero suponer que ese hecho por sí solo sería favorable a las fuerzas de izquierda es únicamente un acto de fe. La única respuesta a la pregunta de Nairn, "¿por qué no podría ser también verdad en el caso británico?", sería: ¿podrían indicarse las razones por las que sí debería serlo? Incluso si dejamos de lado por demasiado "electoralista" la probabilidad de que el Partido Laborista en la Inglaterra en declive fuera casi permanentemente un partido minoritario, el efecto más probable, con mucho, de una secesión de Escocia y Gales sería un enorme reforzamiento del nacionalismo inglés. Lo que en las circunstancias actuales equivale a decir de una estrema derecha xenófoba, virulenta y semifascista (se debe utilizar el término, pese a la devaluación a la que ha sido sometido por una ultraizquierda irresponsable).

Es fácil tomar a broma el hecho de que el nacionalismo inglés no ha sido como otros muchos (cap. 7, "The english enigma", pp. 291-305) y prever que después de algunos reveses Inglaterra "se convertirá en una nación como las otras" (!). Nairn, cuya generación ha tenido la suerte de no haber vivido el tiempo en que Alemania atravesó por un proceso semejante, puede muy bien llegar a arrepentirse de trivialidades políticas como: "a su debido tiempo los demás aprenderán a vivir con lo que resulte, que sin duda tendrá algunas compensaciones, además de amarguras y locuras ultranacionalistas". Es más sencillo, desde luego, analizar minuciosamente al excéntrico Enoch Powell –quien *no* se ha convertido en el dirigente del nacionalismo inglés– que al primer movimiento nacionalista inglés "como los demás", que realmente ha conseguido un notable grado de respaldo popular, incluso entre los trabajadores. ¿Cómo es posible hablar sobre el futuro del nacionalismo inglés en 1977 sin mencionar siquiera, si recuerdo bien, el National Front o a movimientos de índole similar?

A menos que uno sea galés o escocés, la perspectiva de que el desmembramiento del Reino Unido pueda con cierta probabilidad precipitar a cuarenta y seis millones de habitantes, de un global de cincuenta y cuatro millones, en la reacción política (podemos dejar de lado el millón y medio de habitantes del Ulster, como *sui generis*), no queda compensada por el posible avance del socialismo entre los ocho millones restantes; aunque en realidad, las razones para confiar en tal avance no son

muy convincentes. Lo mejor que puede decirse de un Gales independiente, es que probablemente no será muy distinto políticamente de lo que es Gales en la actualidad. Evidentemente estará *menos* cerca de la revolución socialista que los gloriosos días de la Federación de Mineros de Gales del Sur; empero no parece imposible que, enfrentados los laboristas con una auténtica competencia por parte de un partido nacionalista, el Plaid Cymru (afortunadamente también imbuido de las tradiciones políticas básicas del país, que son las de la izquierda histórica), traten de recuperar parte de su antiguo espíritu. Por otra parte, el triunfo del Partido Nacionalista Escocés (SNP), un clásico partido nacionalista pequeñoburgués de la derecha provinciana convertido súbitamente en gobierno, sólo puede conseguirse pasando por encima de los restos del Partido Laborista, de lo cual – ¡ay!– el Partido Comunista, cuyo historial como defensor del *pueblo* de Escocia es con mucho el mejor, es imposible que salga muy beneficiado. Cualquiera que piense que el Partido Nacionalista Escocés aceptará de buen grado transformarse en algo así como un partido socialista, no sabe de qué está hablando. El SNP podrá dividirse o no dividirse; el Partido Laborista quizá podrá recuperarse. Lo que puedan hacer *torys* y liberales escoceses, nadie lo sabe. Lo que con más seguridad puede preverse es que la política escocesa será compleja e impredecible y podría, incluso, convertirse en violenta si las esperanzas de prosperidad general de llegar a ser el Kuwait del norte o transformarse en una economía industrial cuyos problemas desaparecerían milagrosamente con la independencia –a diferencia, digamos, de los del nordeste inglés–, no se convirtieran en realidad. Lo cierto es que no será otra Noruega.

¿Es inevitable la separación?

El desmembramiento de Gran Bretaña, al menos por lo que a corto plazo puede conjeturarse, es por lo tanto una perspectiva a la que la izquierda tal vez tenga que resignarse, pero en todo caso no tiene por qué inspirar entusiasmo y sí algunos no muy halagüeños presagios. Esto no es un argumento en favor de mantener la unidad de éste o aquel Estado, por principio; sin embargo ¿es inevitable el desmembramiento de los Estados plurinacionales o territorialmente extensos? La experiencia por sí sola no permite afirmar tal cosa, aunque obviamente los separatistas aducirán que nada puede impedir el triunfo de su causa. Vamos a dejar de lado las tendencias de signo opuesto que en los pasados cincuenta años han convertido a Estados federales como Brasil, México y Estados

Unidos en entidades probablemente más unitarias y más controladas desde el centro que antes. Omitamos los ejemplos de delegación de poderes –como algo opuesto a la desmembración– que han tenido éxito hasta el presente, a partir de la segunda guerra mundial en la República Federal Alemana y en Italia. Nairn, que reconoce estos casos, indica que puede ser demasiado tarde para que otros hagan lo mismo, pero esta afirmación es sin duda discutible. De hecho la gran mayoría de los nuevos Estados creados a partir de 1945 no ha surgido de la división de Estados preexistentes, sino a través de la separación formal de sus metrópolis de territorios dependientes y delimitados dentro de fronteras preestablecidas.[16] Hay ejemplos de secesiones que han tenido éxito –notablemente la Bangla Desh con respecto a Pakistán–, aunque tal vez podrían encontrarse más ejemplos de secesiones fallidas (Biafra, Katanga, Azerbaiján, Kurdistán, etcétera). En realidad es una cuestión de poder, que incluye factores como la capacidad militar, la firmeza en la actitud de los respectivos gobiemos, la ayuda u oposición por parte de Estados extranjeros, la situación intemacional en general; y al respecto no es posible efectuar generalizaciones *a priori*. Concretamente, argumentar que la independencia como Estados de Escocia y Gales es "inevitable", supone que si la presión política de esas áreas resultara ser irrefenable, Inglaterra actuaría como Suecia con respecto a Noruega en 1905, o Dinamarca con respecto a Islandia después de 1944, lo que bien puede ser una suposición razonable, en todo caso nada tiene que ver con la inevitabilidad histórica.

Pero ¿es en realidad la presión separatista tan arrolladora? ¿Implica el nacionalismo el propósito de convertir a esas naciones en Estados independientes? La actual e innegable reacción no sólo contra la burocracia centralizada, sentida como tal por el individuo, sino contra otras entidades –no únicamente Estados– cuyas dimensiones dificultan las relaciones humanas, ¿es neceariamente "nacionalista" en su origen o en su carácter? Una vez más, a los nacionalistas les interesa afirmar que así es, por lo menos en lo que respecta a los Estados, siendo éstos las únicas entidades que ellos normalmente consideran. Pero aceptar esta suposición entraña peticiones de principio, no sólo en términos de análisis teórico, sino también de políticas concretas, que resultan inaceptables para

16 Omito, primero, los casos de ficción constitucional en los que los territorios de ultramar fueron oficialmente clasificados como provincias de la metrópoli (Francia, Portugal) y, segundo, los de división de Estados como consecuencia de conflictos de fuerza (Alemania, Corea, China, Taiwán, temporalmente Vietnam).

los marxistas. Supone aceptar el nacionalismo como lo que éste –o más bien los ideólogos y políticos que pretenden ser sus portavoces– dice de sí mismo; reconocer no hechos y problemas, sino declaraciones programáticas. Supone reconocer los problemas de las áreas industriales en declive (incluso negarlos) cuando se formulan en términos "nacionales" (el nacionalismo valón para los belgas, el caso de Strathclyde para el nacionalismo escocés), empero no reconocerlos cuando no son formulados en estos términos (el nordeste de Inglaterra). Supone tomar conciencia de la crisis de la vida rural cuando los propietarios de viviendas secundarias en una determinada zona, o quienes se desplazan a diario a esa zona por razones de trabajo, son "extranjeros", como en el norte de Gales, pero no cuando los protagonistas de estas situaciones o procesos son "nativos", como en Suffolk. Supone reconocer como "naciones" a quienes alzan su voz y no a quienes no lo hacen; arriesgarse a identificar los problemas de los judíos como pueblo (la mayor parte del pueblo judío, incluido el cien por ciento de la población de Israel, continúa viviendo en la diáspora y, probablemente, lo seguirá haciendo), con los problemas de un Estado que sólo incluye a la quinta parte de ellos. Supone, en fin, olvidar –como Nairn lo hace– la distinción entre "naciones" y movimientos con indudable peso político (escoceses, galeses, catalanes, vascos y flamencos) y los que constituyen –al menos en el presente– poco más que dudosas y borrosas construcciones ideológicas, como "Occitania".[17]

17 Occitanismo es el intento de establecer la "nacionalidad" de un área de dimensiones inciertas que abarca, para las versiones más radicales, la mayor parte o el conjunto del sur de Francia; área que constituiría una unidad por el hecho de utilizar dialectos y lenguas –difíciles de clasificar como un solo idioma– que no constituyeron la base del moderno francés convencional, caso aproximadamente análogo al del "bajo alemán" de las llanuras septentrionales que no se convirtió en la lengua alemana típica. "Excepto por lo que se refiere al auténticamente panoccitano mundo de los trovadores, nunca ha habido históricamente una conciencia unificada. La conciencia de singularidad siempre ha existido en términos de Auvernia, Languedoc, Limousin, Guyena, etcétera." (E. Le Roy Ladourie, "Occitania in historical perspective; *Review*, n. 1, 1977, p. 23). No hay razones suficientes para suponer que sus características comunes superen la heterogeneidad de los componentes del concepto de Occitania, ni pruebas de que, con anterioridad al actual movimiento occitano, Occitania se haya considerado a sí misma una "nación" o haya pretendido la independencia como tal. El mencionado movimiento occitano carece hasta el presente de un movimiento de masas similar al de vascos y catalanes (cuyas áreas geográficas, dicho sea de paso, coinciden en parte con el territorio que reclaman algunos occitanistas).

Incluso si decidiéramos no cuestionar la existencia del nacionalismo o –lo que sería menos prudente– las pretensiones de éste o aquel partido político o grupo ideológico de ofrecernos la única versión auténtica del problema, el número de preguntas que este planteamiento deja sin resolver es inmenso. ¿Qué había cambiado realmente en las aspiraciones de los galeses que hablan galés en Merioneth y Caernarfon cuando finalmente decidieron elegir un diputado del Plaid Cymru en lugar de un liberal o un laborista? Ciertamente, no habían adquirido de súbito un sentimiento nacionalista del que previamente carecían. A la inversa: ¿por qué más de la mitad de los germanoparlantes del Tirol meriodional votaron emigrar a la Alemania hitleriana en el plebiscito de 1939? Seguramente no es porque se consideraran a sí mismos éticamente alemanes o nacionalistas alemanes. ¿Eran los católicos irlandeses menos nacionalistas cuando apoyaron abrumadoramente a Parnell y a sus sucesores, que no pedían nada parecido a la independencia, que cuando años más tarde votaron por el Sinn Fein, que sí la solicitaba? ¿Son los galeses menos nacionalistas que los escoceses porque el Plaid Cymru es más débil electoramente que el Partido Nacionalista Escocés? Un observador desapasionado podría concluir lo contrario de la historia y del nuevo examen de los hechos ¿Mostrará el Plaid Cymru ser menos nacionalista que el SNP si, como es probable que suceda, resulta ser menos rígidamente partidario de la idea de romper todos los lazos con Inglaterra como parte del Estado británico? ¿Es suficiente poner de relieve lo obvio, al saber que en España los votos orientados hacia el catalanismo y hacia las diversas manifestaciones del nacionalismo vasco son exponentes del predominio de la idea nacionalista, sin invetigar hasta qué punto son votos que aspiran a la separación o votos en favor de otra forma cualquiera de asociación autonómica, y en este último caso de qué tipo?

Naciones y cambio histórico

Existe para marxistas y no marxistas, sin embargo, un conjunto más amplio de cuestiones que tales planteamientos nacionalistas pasan por alto. Es obvio o debería serlo, que las actitudes específicas de determinadas regiones o grupos nacionales no apuntan invariablemente en una única dirección, bien sea por razones de conveniencia política o por la inevitabilidad del cambio histórico. Nairn admite la primera de esas consideraciones cuando reitera que los intereses específicos de los protestantes del Ulster los llevaron con toda lógica a insistir en su unión

con Gran Bretaña, incluso hoy "la independencia se ve aquí como una maldición bíblica (...) la temida amenaza al final del camino".[18] La independencia política es sólo una opción más entre varias. En el curso del siglo XX, Tirol ha intentado mantener su marcada "identidad" y sus propios intereses a través de una extrema lealtad al imperio plurinacional de los Habsburgo, a través de la búsqueda de diversos grados de autonomía dentro de Austria, por medio de la integración en un *Reich* pangermánico y, en una ocasión, aunque por poco tiempo, jugando con la idea de una república tirolesa independiente.

La segunda consideración es asimismo relevante. Desde el punto de vista económico, es innegable la tendencia actual a transformar e integrar los intereses regionales en unidades más amplias. En los Estados Unidos, "donde por mucho tiempo la tendencia del viejo regionalismo sureño fue permanecer aparte del resto del país, los intereses regionales de dicha zona la impulsan en la actualidad a moverse en el mismo sentido que el conjunto nacional".[19] También podría ser que, por las razones ya discutidas anteriormente, fuese posible hoy por hoy combinar la integración económica con la existencia de pequeños Estados independientes, al menos mientras las empresas multinacionales puedan operar en condiciones que estimen satisfactorias. En todo caso, la cuestión no es si Frisia podría ser independiente de los Países Bajos y la Alemania Federal, o Salzburgo nuevamente independiente de Austria, sino si "siglos de historia mundial" apuntan de hecho en esa dirección y no en otra.

No suscito estas cuestiones para poner en duda la realidad y la fuerza actuales del nacionalismo, ni para discutir la observación empírica de Nairn de que, una vez que un movimiento nacionalista ha aparecido en la política de un país como movimiento de masas, es probable que continúe formando parte de la realidad política de ese país de una forma u otra. Tampoco entraña mi posición ninguna actitud preconcebida en favor de Estados pequeños o grandes, unitarios o federales de cualquier modalidad; ni respecto al separatismo en general o de cualquier caso

18 Nairn yerra al considerar esta actitud como "absurda" y al autogobierno como "la aburrida y habitual repuesta a los conflictos de nacionalidad: en el presente un producto típico de siglos de historia mundial". En situaciones desgraciadamente tan habituales como la actual del Ulster, donde la clara separación territorial de las diferentes comunidades es imposible, el "autogobierno" en sí es irrelevante a efectos de los conflictos de nacionalidad. En casos como éste, la división fracasa o sólo tiene éxito por medio de la expulsión en masa o el sometimiento por la fuerza del grupo que resulte ser más débil o se encuentre en minoría.

19 S. Lubell, *The future of American politics*, Nueva York, 1956, p. 135.

particular, en Gran Bretaña, o en cualquier otra parte. Lo que sí pretendo es que los marxistas no deberían sugerir el cuento de que el proceso de "fragmentación sociopolítica" o la transformación del nacionalismo en "una especie de norma universal" –incluso si aceptáramos esto sin profundizar en el análisis, cosa que no deberíamos hacer– nos permiten realizar pronóstico alguno acerca del futuro de cualquier Estado, región, pueblo, área lingüística o cualquier otro grupo u organización nacionalista. Y mucho menos que la historia se haya ido desarrollando exclusivamente en dirección a las específicas pautas políticas recomendadas por, digamos, el Partido Nacionalista Escocés. Pretendo sugerir, asimismo la necesidad de reconocer el carácter del nacionalismo como una variable tanto dependiente como independiente en el proceso de cambio histórico. En pocas palabras, al señalar la necesidad de efectuar un análisis marxista del fenómeno en general, decidamos o no aplaudirlo y oponernos a él en cualquier determinada versión o ejemplo concreto de él. Es evidente que ello entraña un continuo repensar y desarrollar el *análisis* marxista. No sólo porque los criterios marxistas sobre "la cuestión nacional" no son satisfactorios –a pesar de la existencia de un cuerpo de doctrina más amplio y valioso de lo que algunos críticos estarían dispuestos a admitir–, sino porque, sobre todo, el propio desarrollo de la historia universal hace cambiar el contexto, la naturaleza y el significado de "las naciones" y el "nacionalismo". No me parece, sin embargo, que Nair haya hecho una aportación útil o convincente a este respecto.

Los marxistas y el nacionalismo hoy

Mientras tanto, la *actitud* práctica de los marxistas con respecto a los problemas políticos concretos suscitados por "la cuestión nacional" apenas requiere modificaciones sustanciales. Los marxistas continuarán, sin duda, siendo tan conscientes de las nacionalidades y el nacionalismo como lo han sido durante la mayor parte del siglo XX: no podría ser de otro modo. Continuarán favoreciendo el más amplio desarrollo de cualquier nación y su derecho a la autodeterminación, incluyendo la posibilidad de secesión, condicionados sólo al propio carácter difuso y mudable de estos conceptos. Lo que –ha de repetirse una vez más– no supone necesariamente que vayan a considerar la secesión como deseable en cualquier caso. Continuarán sin duda, en la mayor parte de los casos, profundamente ligados a sus propias naciones, y continuarán defendiéndolas: su historial en los movimientos europeos de resistencia en el pe-

riodo hitleriano habla por sí solo. Sin embargo, a diferencia de los nacionalistas, continuarán reconociendo –generalmente antes que otros– las plurinacionalidades existentes tras la fachada de los Estados, pequeños o grandes. El mismo hecho de que no sean nacionalistas y su negativa a identificar "la nación", sus "intereses", "destino", etcétera, con éste o aquel programa nacionalista en un momento dado, seguirán haciendo de ellos defensores efectivos de naciones, grupos raciales, *distintos de los suyos* (como los comunistas ingleses han defendido coherentemente el carácter nacional de escoceses y galeses), y soliciten o no dichas naciones o grupos su separación como Estados. Los marxistas seguirán, por lo tanto, siendo enemigos no sólo del "chovinismo de la gran nación", sino también que en un mundo en gran parte formado de pequeñas naciones constituye una corriente nada despreciable. Puede que con este planteamiento no siempre acierten, aunque se diría que es más probable que se equivoquen si aceptan sin reservas cualquier supuesto nacionalista, como tantos marxistas han hecho por tanto tiempo en el asunto del Ulster. En muchas ocasiones –especialmente cuando estén en el gobierno– no conseguirán, ¡ay!, cumplir con sus propios principios. Cuando así ocurra, es de esperar que algunos de ellos tengan el valor de reconocerlo, como hizo Lenin cuando en su "testamento" criticó el comportamiento "chovinista" de Stalin, Dzerzhinski y Ordzhonikidze.

Nadie ha ofrecido razones convincentes por las que esta actitud, compartida por la mayoría de los marxistas (a pesar de las luchas de Nairn con el fantasma de Rosa Luxemburgo) no pueda proporcionar como punto de partida, un criterio adecuado para los problemas políticos a los que los marxistas habrán de hacer probablemente frente en este terreno. Incluyendo el "desmembramiento del Reino Unido", que, en la forma de secesión de escoceses y galeses, muchos marxistas no considerarían hoy por hoy como una solución deseable, a diferencia de la independencia del Ulster, que muchos de ellos recibirían con agrado. Lo que no quiere decir que no aceptaran el hecho consumado de la antes mencionada secesión o que, en otras circunstancias incluso la acogieran favorablemente. Esta actitud no garantiza el éxito, pero tampoco lo garantiza la sugerida por Nairn; la diferencia entre las dos radica en que una es menos autoengañosa que la otra. En la medida en que Nairn permanece dentro de las fronteras del marco convencional del debate marxista –ciertamente realista desde el punto de vista histórico o político– sobre la actitud con respecto al nacionalismo, sus juicios son, como mínimo, discutibles, aunque algunos estimemos incluso que son erróneos. En la medida en que Nairn trata de alterar los términos de ese debate, el

principal propósito de sus argumentos no parece ser, como apunta, convertir el marxismo "por primera vez en una auténtica teoría universal" o "separar lo duradero –lo 'científico' (...)– de la ideología, en nuestra *Weltanschauung*" (p. 363), sino simplemente cambiar de ideología y socavar la "ciencia".

Esto deja al marxismo a merced del nacionalismo. En esto, desgraciadamente, Nairn no está solo actualmente, en particular en aquellos países en los que los problemas relacionados con el tema nacionalista dominan el debate político. Como ha puesto de relieve Maxime Rodinson acerca del Oriente Medio árabe: "Por una parte el nacionalismo puro utilizaba justificaciones de carácter marxista y reclutaba propagandistas formados en el marxismo (...) Por otro lado el izquierdismo internacional (...) denunciaba vigorosamente a los regímenes puramente naciolistas (...), pero no daba menos importancia a la lucha nacional. El argumento sofístico para justificar esto era postular la fidelidad intransigente de "las masas" a la causa nacionalista en sus formas más extremas (...) Se situaba la revolución social en una óptica en último término nacionalista. De ahí que corra el riesgo de quedar subordinada al nacionalismo".[20] No se necesita ser un luxemburguista para reconocer los peligros de un marxismo que se pierda en el nacionalismo. Lenin no hablaba de los flamencos o los bretones, sino de lo que él veía como el caso más claro de nacionalismo antimperialista "progresivo" y "revolucionario", cuando advirtió a Zinoviev y a sus colegas que querían predicar "una guerra santa" en el Congreso de Bakú en 1920: "No pintemos de rojo el nacionalismo", dijo.[21] La advertencia sigue siendo válida.

20 *Marxisme et monde musulman*, París, 1972, pp. 564-565.
21 M. N. Roy, *Memoirs*, Bombay, 1964, p. 395.

Este libro fue impreso en noviembre de 1983 por Editorial Somos S.A., Avda. Copilco 339, Col. Copilco Universidad, México, D.F. Código Postal 04360. Tels. 658 64 65 y 658 71 32. Se imprimieron 2000 ejemplares.

MARXISMO E HISTORIA SOCIAL. Eric Hobsbawm

Los trabajos de Eric Hobsbawm, "popular" historiador inglés, tienen el raro privilegio de trascender los cenáculos especializados para llegar a un amplio sector de lectores interesados en los problemas sociopolíticos. La atracción del autor de *Marxismo e historia social* radica en la novedad de sus enfoques, así como en la destreza con que articula los análisis de las sincronías con las explicaciones de los movimientos y rupturas sociales.

El perfil intelectual de Hobsbawm está determinado por dos circunstancias: su condición de marxista de relevancia y su consecuencia en el oficio de historiador. Su obra, compenetrada con los intereses de las clases subalternas, nos muestra la otra historia del capitalismo; la de los humillados y ofendidos.



COLECCION FILOSOFICA